



Centro de Estudios Internacionales

“FRENTE AL FRACASO NO HAY ARGUMENTOS” O EL DISCURSO  
DEL BIENESTAR EN MÉXICO, 1970-1988

TESIS  
que para obtener el título de  
Licenciado en Política y Administración Pública  
presenta:

Rodrigo Salas Uribe

Director: Fernando Escalante Gonzalbo

Ciudad de México, mayo de 2021

## ÍNDICE

|  |     |
|--|-----|
| <i>Introducción</i> .....  | 1   |
| <i>Capítulo 1. Luis Echeverría y el problema del desarrollo</i> .....        | 16  |
| <i>Capítulo 2. José López Portillo en la encrucijada</i> .....               | 78  |
| <i>Capítulo 3. Miguel de la Madrid: Entre la tradición y el cambio</i> ..... | 144 |
| <i>A manera de conclusión</i> .....  | 185 |
| <i>Bibliografía</i> .....  | 192 |

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación nació como el estudio etnográfico de un hospital urbano en la Ciudad de México. Mi curiosidad se originaba en una idea sencilla: la provisión de la salud —y la salud en sí misma—, es un hecho político por excelencia. Los estudiosos de las ciencias sociales y las humanidades han reconocido durante siglos que en el centro de las tareas del Estado se encuentra la distribución de los recursos escasos. En nuestro contexto, ¿qué recurso es más valioso que aquel que dota de dignidad a la vida? A raíz de las circunstancias que trajeron consigo la propagación a escala mundial del SARS-CoV-2, me vi en la necesidad de interrumpir las preparaciones necesarias para el trabajo de campo. A pesar de ello, me negué desde el primer momento a abandonar mi hipótesis. Contrariado por este problema, llegué a la siguiente conclusión (no sin antes darle vueltas al asunto): no sólo la salud está inmersa, indudablemente, dentro de la acción pública; sino que es, quizá, su elemento fundamental, junto con el resto de las acciones que contribuyen a garantizar el bienestar en las sociedades contemporáneas.

Diversos estudios se han encargado de demostrar que el bienestar fue el elemento constitutivo del pacto posrevolucionario en México; más concretamente, que el discurso del bienestar se convirtió en la fuente principal de legitimidad y coherencia del régimen político.<sup>1</sup> Partiendo de esta idea, me interesa comprender la desarticulación de este discurso a partir de 1982, que significó también un cambio radical en las relaciones entre el Estado y las mayorías.

Así pues, mi objetivo es preciso: demostrar que antes y después de 1982 existen dos mundos radicalmente diferentes, y muchas veces incompatibles; con dos lenguajes distintos que definen la discusión pública. Para ello, es indispensable estudiar el discurso político —dominado por la figura del presidente de la República— por una razón: el presidente de los Estados Unidos

---

<sup>1</sup> Véase, a manera de ejemplo, a Rogelio Hernández, “La persistencia de una idea: el nacionalismo revolucionario. Del PRI a López Obrador”, *Foro internacional*, 2020, núm. 2, pp. 501-536.

Mexicanos, como jefe del Estado, cabeza del Gobierno y líder de facto del Partido se encontraba en una posición privilegiada para la transmisión de las ideas.<sup>2</sup> Además de contar con la atención de los medios de comunicación e instituciones públicas, fungía como núcleo del sistema político mexicano. Testimonio de la importancia del Ejecutivo es la crítica de Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, al “estilo personal de gobernar” de Echeverría.<sup>3</sup> Jorge Carpizo, también, vio en José López Portillo un ejemplo sin parangón del uso de las facultades metaconstitucionales del presidente (más allá de la constitución) para influir sobre la vida pública.<sup>4</sup> A lo largo del siglo, serían muchos los escritores, académicos e intelectuales que repetirían esta fórmula.

Debemos reconocer que, en los últimos años, se ha cuestionado la interpretación presidencialista de la historia de México. Juan Espíndola Mata, por ejemplo, estudia los orígenes, desarrollo y las distintas versiones del “mito presidencial”, para después poner en entredicho la visión de una sociedad sumisa alrededor de un Estado y un presidente con poderes ilimitados —demostrando también que la elección de gobernadores y políticos locales no respondía únicamente al designio del Ejecutivo, sino que los arreglos en las entidades jugaban un papel importante—. En todo caso, el mismo presidente en turno buscaba sembrar la fantasía de su

---

<sup>2</sup> A lo largo de este ensayo, utilizo en numerosas ocasiones la palabra partido con mayúscula para referirme al Partido Revolucionario Institucional. Con este dispositivo narrativo, busco transmitir al lector la lógica que gobernaba las relaciones políticas del sistema autoritario. Si bien en la Constitución nunca desapareció la competencia electoral, es cierto que el PRI ocupaba un lugar central y único en la vida pública del país. En muchas ocasiones, se ha discutido incluso hasta qué grado era posible separar partido, gobierno y Estado durante el periodo posrevolucionario.

<sup>3</sup> Su apreciación sobre la predominancia presidencial no carecía de cierto grado de exageración. Tomemos como ejemplo la siguiente sentencia: “puesto que el presidente de México tiene un poder inmenso, es inevitable que lo ejerza personal y no institucionalmente, o sea que resulta fatal que la persona del Presidente le dé a su gobierno un sello peculiar, hasta inconfundible[...] Más que nada, sin embargo, cuenta la debilidad de la tradición y de las instituciones, que permite al hombre, al individuo, desoirlas y hasta desafiarlas. Como en México no funciona la opinión pública, ni los partidos políticos, ni el parlamento, ni los sindicatos, ni la prensa, ni el radio y la televisión, un presidente de la República puede obrar, y obra, tranquilamente de un modo muy personal y aun caprichoso”. Véase a Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974, pp. 8 y 9.

<sup>4</sup> Jorge Carpizo, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo Veintiuno, 1996, p. 191.

poderío en la mente de los demás, más que aumentar en la práctica sus prerrogativas de forma ilimitada. Era así, pues, un problema de percepción.<sup>5</sup>

La recurrencia continua al hiperpresidencialismo como causa de las deficiencias y dificultades que experimentó el sistema político revolucionario lo convierten, verdaderamente, en el *mito* al que se refería George Steiner en su *Nostalgia por el absoluto*: compuesto por símbolos, rituales y gestos que constituyen, en última instancia, una imagen total del mundo, casi teológica, capaz de explicar todos y cada uno de los elementos de nuestra realidad circundante (desde la violencia represiva del aparato gubernamental, hasta la organización patrimonial y nepotista de un Estado corrupto), predecible e inclinada a la profecía. Si bien es cierto que la visión presidencialista es muchas veces inadecuada para comprender la complejidad de la organización política y social en el México post-revolucionario, sirve para constatar la relevancia del discurso presidencial y la centralidad que tomaba a los ojos de sus contemporáneos.

Este discurso, debo dejar en claro, no es el producto del pensamiento de un individuo. Todo lo contrario: refleja una realidad colectiva al apelar a un público que comparte sus premisas y sus valores. Así, para advertir el cambio fundamental que sufrió el discurso, es necesario observar la forma en la que los sujetos de la conversación se transformaron: el presidente, por un lado, y la sociedad con la que entra en diálogo, muchas veces en la forma de los académicos e intelectuales. El lenguaje en el que se comunican ya no es el mismo.

Vale la pena mencionar que el discurso presidencial no estaba compuesto únicamente por palabras. Iba siempre acompañado de distintas expresiones materiales y simbólicas del

---

<sup>5</sup> Juan Espíndola, *El hombre que lo podía todo, todo, todo: ensayo sobre el mito presidencial en México*, México, El Colegio de México, 2004. Además de Cosío Villegas y Carpizo, Espíndola identifica como autores del mito presidencial a una generación de escolares, periodistas y escritores extranjeros cuyo asombro frente al sistema político mexicano no podía disimularse. Entre ellos, destacan Frank Tannenbaum, Howard F. Cline, Stephen Goodspeed y el mismo Mario Vargas Llosa. Más interesante resulta que, más adelante, grandes personajes del panteón liberal como Enrique Krauze, Gabriel Zaid o Federico Reyes Heróles se hayan encargado de reafirmar esta visión, en medio de su embestida contra el estatismo revolucionario.

poder, cuyo objetivo era rodear al Ejecutivo de un halo de misticismo e incrementar la distancia que lo separaba de las persona común. El presidente en turno se convertía, de esta forma, en la encarnación de la Revolución Mexicana. Esto lo situaba más allá de un marco de referencia empírico, que distingue los hechos verdaderos de los falsos: bastaba con anunciar la reducción de la pobreza a niveles históricos para que la realidad, automáticamente, cambiara a ojos de los espectadores. El presidente era infalible. Sin embargo, decir que para el público toda promesa y todo comunicado oficial eran invariablemente ciertos, equivale a decir que toda información provista por el Estado era falsa por igual: la distinción se volvía imposible.

Claudio Lomnitz, Larissa Adler-Lomnitz e Ilya Adler, a partir de la observación de la campaña presidencial de 1988, vieron en los periodos que precedían al cambio de administración “una serie de eventos altamente ritualizados”, que encontraban una solución a las contradicciones inherentes al sistema político y permitían al candidato negociar con los líderes que representaban a los diferentes sectores. La presencia de petroleros, empresarios e, incluso, estrellas de televisión en los actos de campaña, señalaba los acuerdos alcanzados previamente. Así, la construcción de los hechos políticos —y por tanto de la realidad— se hacía a partir de la interpretación de señales.<sup>6</sup>

Mientras tanto, el candidato sufría una metamorfosis que se reflejaba en su presentación pública, en su forma de hablar y en su postura. A través de las fotografías y los medios de comunicación, se subrayaba su identificación con todos los sectores y se convertía en un símbolo de la unidad nacional. La presencia misma de acarreados era prueba de la lealtad y eficacia política de la que disfrutaban los gobernadores y líderes regionales, y definía la futura relación de los líderes con el candidato. La aglomeración de seguidores escenificaba la vigencia de las relaciones

---

<sup>6</sup> En este párrafo y los siguientes me refiero al artículo “El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en 1988”, *Nueva antropología*, 1990, núm. 38, pp. 45-81.

sociales. La elección de oradores para hablar de temas sustantivos ofrecía, también, información relacionada al papel que podrían jugar en el nuevo gobierno, al haber sido los encargados de entrar en contacto con personas clave en el área de políticas de la que se tratara.

La parafernalia que rodeaba al candidato en la forma de bandas musicales, trajes típicos y obsequios de muy distinta índole, servía para realzar el papel que cada región jugaba dentro del país, y para hacer partícipes a los asistentes de la gran *comunidad imaginada* que era la nación mexicana. La presencia indígena, de la misma forma, apuntaba siempre al origen cosmogónico del pueblo, y ayudaba a integrar a los grupos que componían a la comunidad a la estructura espacial corporativa del PRI y del gobierno.<sup>7</sup>

El presidente, entonces, era el representante simbólico del país, y poseía rasgos de un *hombre Dios*. Cada rasgo personal y cada elemento constitutivo de su historia de vida eran conectados metafóricamente o metonímicamente con grupos y sectores nacionales. En otras palabras, ocurría una *fetichización* del presidente de la República, dentro de la cual la historia de sus relaciones personales era igual a las relaciones políticas del Estado.<sup>8</sup> Producía, al mismo tiempo, fascinación: la gente que acudía a los eventos públicos llevaba a cabo esfuerzos sobrehumanos con tal de mirarlo de cerca, estrechar su mano, darle una palmada en la espalda o tocar su chamarra de cuero sin corbata o su guayabera.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> Claudio Lomnitz esboza una historia de la relación entre el ritual y la formación del espacio nacional en México, y habla de su importancia para incorporar a los grupos alejados de la esfera pública a la comunidad imaginaria en “Ritual, rumor y corrupción en la formación del espacio nacional en México”, *Revista mexicana de sociología*, 1996, núm. 2, pp. 21-52. Menciona, también, que el uso de recursos públicos con fines privados, en la mayoría de los casos, caracterizó a la celebración de los rituales, siendo así una forma de interacción social cercana al patrimonialismo, con una larga tradición y arraigada en la cultura política mexicana.

<sup>8</sup> Extraigo esta idea de las conclusiones de Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler, *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, México, Siglo veintiuno, 2004.

<sup>9</sup> Santiago Portilla, *Crónica del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Antecedentes. Campaña electoral y elecciones federales. 1987-1988*, México, FCE, 1992, cit. por Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler, *op. cit.*, p. 273.

Este cambio en el lenguaje de la discusión, sin lugar a dudas, no es abrupto; es un proceso gradual de socialización de nuevas ideas y nuevas expectativas, por medio del cual la comunidad abandona a su vez sus viejos conocimientos compartidos. Si para 1982 se hace explícita la ruptura de sectores importantes del Estado y del Partido en el gobierno con el régimen de López Portillo, es porque el disenso ha aparecido y se ha enraizado desde tiempo antes. Es un proceso asimétrico y fragmentario, también, en tanto que no todas las partes de la sociedad aceptan al mismo tiempo el nuevo lenguaje. Aún en nuestros días podemos ver los remanentes de la cultura política previa a la modernización neoliberal en sindicatos y organizaciones que sobrevivieron al pacto corporativo (no con sus propósitos originales intactos), e incluso en líderes y funcionarios que fueron educados en la década de 1970.

¿Por qué estudiar, sin embargo, un periodo que, para muchos, pertenece al panteón del siglo veinte mexicano? La respuesta es sencilla: las nuevas generaciones de politólogos y estudiantes de ciencias sociales nos hemos encontrado con serios problemas para explicar y entender fenómenos —como es el caso del resurgimiento del populismo— que tienen sus raíces en la tradición revolucionaria. La incapacidad hacer un esfuerzo auténtico de *traducción* da lugar a una miríada de explicaciones que ven en la irracionalidad o la mala voluntad el fundamento de las acciones del gobierno inaugurado en 2018. Prestar atención al periodo comprendido entre 1970 y 1988, y a los lenguajes que se enfrentaron a partir del fracaso del proyecto desarrollista, es una forma de redescubrir nuestra cultura política e identificar las raíces de la discusión actual alrededor del papel del Estado en el México democrático. El debate se cerró en los ochentas, sin lugar a dudas. Quizá es momento de abrirlo de nuevo.

RECONSTRUYENDO UNA MENTALIDAD



Juan Linz propuso la distinción clásica entre regímenes totalitarios y autoritarios a partir del análisis del caso particular de la España franquista. Entre las diferencias principales que separan a los sistemas políticos de la Unión Soviética o de la Alemania Nazi, de las dictaduras militares en Egipto o Turquía, Linz presenta una oposición entre ideología y mentalidad. Mientras que la primera se refiere a un sistema de pensamiento con cierto grado de desarrollo intelectual y organización interna; define a las mentalidades como formas de pensar y de sentir que proveen a las personas de marcos de acción difusos y difíciles de definir.<sup>10</sup>

Siguiendo el trabajo de Giovanni Sartori, en esta investigación utilizaré una visión más amplia, que sitúa ambos conceptos dentro de la categoría más general de *sistemas de creencias*. Estos sistemas están compuestos por elementos cognitivos y emotivos, que dotan de sentido e interpretación a la realidad, y se pueden articular de distintas maneras. Mientras que una ideología se caracteriza por ser un sistema de creencias cognitivamente cerrado, acompañado de una fuerte dimensión afectiva; podríamos concebir las mentalidades como sistemas menos rígidos y más cercanos al pragmatismo.<sup>11</sup>

En el caso del México post-revolucionario, el afecto parece ocupar un lugar central, mientras que la dimensión cognitiva es relegada a un segundo plano. Esto se hace patente, sobre todo, en la falta de coherencia interna que experimentó el nacionalismo revolucionario como mentalidad de los regímenes posteriores a 1920. Los planes sexenales carecieron de un núcleo de políticas que sobrevivieran a lo largo del periodo sin entrar en contradicción unos con otros, dando origen a proyectos dispares y de contenido muy distinto, siempre recurriendo a la promesa

---

<sup>10</sup> Juan J. Linz, "An Authoritarian Regime: Spain", en Erik Allardt y Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics: Studies in Political Sociology*, Nueva York, Free Press, 1970, p. 257.

<sup>11</sup> Propongo esta conceptualización partiendo de mi propia lectura de su artículo "Politics, Ideology, and Belief Systems", *American Political Science Review*, 1969, núm. 2, pp. 398-411.

de la Revolución Mexicana y la justicia social para justificarlos —pensemos en la diametral distancia entre el cardenismo y el alemanismo—.

En este punto, creo conveniente tratar de definir, aunque sea de forma general, los elementos principales del nacionalismo revolucionario.<sup>12</sup> Manuel Gamio, el padre de la antropología mexicana, Luis Cabrera y Andrés Molina Enríquez sentaron las bases de una filosofía política que se haría patente en la Constitución de 1917. El origen de la nación se situó en la experiencia de la Conquista. El mestizo es el verdadero protagonista de la historia, y la cultura queda definida como esa conjunción entre el viejo y el nuevo mundos. En el plano económico, el nacionalismo revolucionario rompe con el liberalismo del siglo diecinueve y ve al progreso como una responsabilidad de un Estado que vela por el interés público, protege a los trabajadores y conserva el dominio sobre todos los recursos naturales. El derecho de expropiación con fines de utilidad pública será una característica esencial del Estado mexicano a lo largo del siglo veinte. A ello se suma la discreción estatal para permitir o prohibir la acción de extranjeros en el país, la regulación de la inversión extranjera y la vigilancia de la preferencia a la contratación de mexicanos por encima de extranjeros.

Con el tiempo, a este conjunto de ideas se sumaron como símbolos de la soberanía la expropiación petrolera y la nacionalización de la industria eléctrica; el nacimiento de las grandes paraestatales como Pemex, la CFE o Telmex; y la labor educativa de la Secretaría de Educación Pública, la Universidad Nacional Autónoma de México y las universidades autónomas de los estados. Los grandes frutos de la industrialización, la urbanización y la modernización de la sociedad mexicana durante estas décadas, se incorporaron como legado inseparable de la mentalidad revolucionaria. Por último, debemos agregar a la ecuación la rectoría del Estado y

---

<sup>12</sup> En esta sección, recupero las ideas principales de un texto clásico de Claudio Lomnitz, “Hacia una antropología de la nacionalidad mexicana”, *Revista mexicana de sociología*, 1993, núm. 2, pp. 169-195.

sus instituciones sobre el desarrollo de las artes y de la ciencia (pensemos en el patrocinio al muralismo mexicano, o a la obra de Samuel Ramos y Octavio Paz).

Aun cuando podamos identificar ciertas dimensiones constitutivas de la ideología y la mentalidad como sistemas de creencias, debemos reconocer la presencia de heterogeneidad dentro de las sociedades. Mientras que las élites tienden a desarrollar sistemas de creencias más complejos, ricos y articulados; el público posee, en la mayoría de los casos, nociones ambiguas y poco articuladas, acompañadas de explicaciones mínimas. A partir de ello, podemos suponer que el presidente, como actor fundamental del sistema político, altos funcionarios, líderes políticos, académicos e intelectuales compartieron, durante el largo siglo veinte mexicano, una mentalidad mucho más estrecha y homogénea que el público general. Este último, en distintos momentos, se mostró más o menos receptivo o más o menos indiferente.

En estos términos, busco demostrar que, como consecuencia del desgaste de la mentalidad revolucionaria entre la élite política e intelectual, surgió, con toda claridad a partir de 1982, un nuevo sistema de creencias que llegó a articularse, hacia el final del siglo, como una mentalidad basada en las ideas del neoliberalismo. Esta transformación, por supuesto, fue gradual. Ya desde 1976, como mostraré más adelante, se configuraba una mentalidad opositora al régimen.

Decir que se produjo un cambio de tal magnitud es decir, al mismo tiempo, que se impuso una nueva forma de ver el mundo —tanto entre las élites como entre las mayorías—; una nueva forma de vida acompañada de una experiencia política diferente, con fundamentos distintos sobre la participación y el lugar que ocupa el individuo en la comunidad.

Además de analizar la producción presidencial, elijo retratar a académicos e intelectuales, como parte de la élite, basándome en una decisión práctica: su producción escrita es fácil de consultar, se encuentra, muchas veces, sistematizada y sus premisas son formuladas

explícitamente, por lo cual requiere de un trabajo más sencillo de interpretación. En vista del espacio y los recursos que circunscriben la investigación, sería poco razonable, e incluso contraproducente, tratar de reunir el sentir de otros actores políticos y administrativos, o de líderes populares.

Esto no significa, de ninguna manera, que los textos que voy a consultar no ofrezcan dificultad alguna al lector, cuando fueron escritos a 50 años de distancia. Debemos ser sumamente cuidadosos y evitar suponer el significado de las palabras, pues su sentido no es transparente. Ciertos matices en el uso de los conceptos escapan a nuestra comprensión. Un error manifiesto sería asumir que el término “bienestar”, por ejemplo, tenía las mismas implicaciones en ese momento, que aquellas atribuidas el día de hoy. Lo mismo ocurre con “modernidad”, “justicia”, “revolución” o cualquier otra categoría política.

Por ello, propongo seguir como principio básico el rechazo, en todo momento, del impulso inherente a todo ser humano de aceptar aquellas ideas más cercanas a nuestra propia existencia. Sin entrar en las particularidades del círculo hermenéutico que propone Schleiermacher, creo fundamental utilizar la *empatía* como herramienta que nos permitirá tratar de ponernos en el lugar de los autores a través del conocimiento del lenguaje, tal y como ellos mismos lo hablaban, para descubrir el significado concreto detrás de cada palabra. A la manera de Wittgenstein: la comunicación es un fenómeno espacial y temporalmente situado, que corresponde a una forma de vida cotidiana y a un orden que lo dota de lógica. En este mismo sentido, trataré de cuestionar y poner a prueba las preconcepciones que he adquirido sobre el periodo y su significado dentro de la historia del México del siglo veinte. Especialmente, me detendré en aquellos casos que entren en conflicto con nuestros prejuicios o que salten a nuestra

consciencia por su falta de naturalidad: el desconcierto suele encubrir cambios importantes en el uso del lenguaje.<sup>13</sup>

No me interesa, por lo demás, descifrar el pensamiento individual de Luis Echeverría o José López Portillo. Tampoco adentrarme en la bibliografía personal de Carlos Fuentes u Octavio Paz. Busco, a través de su diálogo, presentar al lector la discusión más amplia de una época; más concretamente, identificar el momento en que la mayoría de los actores relevantes para el sistema político dejaron de compartir el lenguaje de la generación que creció bajo la influencia directa de la Revolución Mexicana.

Considero importante detenerme en un punto: al estudiar los textos, no aspiro a descubrir una verdad objetiva que, en última instancia, permanecía oculta para los autores mismos por su proximidad a los hechos. Por el contrario, me propongo desarrollar un ejercicio interpretativo que se sume a una tradición viviente, por medio de la cual podremos replantear problemas actuales. Al reinterpretar nuestro pasado incidimos en la comprensión de nuestro presente.

#### NOTA SOBRE EL MÉTODO

Nuestras fuentes primarias serán principalmente discursos y textos escritos por los tres presidentes que corresponden al periodo 1970-1988. Nos centraremos especialmente en Luis Echeverría y José López Portillo. En segunda instancia, haremos una revisión menos exhaustiva de Miguel de la Madrid, con el propósito de observar la transformación radical del discurso revolucionario a partir de la crisis de la deuda y la nacionalización bancaria de 1982 —aquel momento profético al que nos referimos más arriba— que, a su vez, estuvo enmarcada dentro

---

<sup>13</sup> Algunas obras clave a tomar en cuenta, y que se encuentran detrás de la estrategia propuesta: Friedrich Schleiermacher, *Hermeneutics and Criticism*, Cambridge, University Press, 1998; Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, Oxford, Blackwell, 1999; Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method*, Londres, Continuum, 2006.

de un proceso global de cambio político y económico. Dentro de los textos reunidos, he clasificado como folletos a aquellos que tienen la intención expresa de exponer ideas políticas y plataformas de campaña. Fuera de ellos, incluí algunas novelas y autobiografías. También utilizo algunos documentos oficiales de importancia mayor como iniciativas de ley, programas y planes.

Al momento de elegir los textos, traté de buscar aquellos que realzaban y condensaban, de mejor manera, la centralidad que ocuparon el bienestar y la justicia social en el discurso oficial. En ese proceso, debo reconocer que mis propias preconcepciones sobre lo que significan ambos conceptos jugaron un papel importante. Para buscar en los discursos aquellos elementos relacionados con el bienestar, partí de la idea de que hay ciertas necesidades físicas y materiales que comparten todas las personas. La construcción de estas necesidades, por supuesto, es difícilmente objetiva: dentro de cada sociedad se identifica un conjunto de bienes, servicios y amenidades que definen la pertenencia al grupo e, incluso, llegan a convertirse en derechos cuando son incorporados a un marco jurídico.

En este caso, por lo tanto, me pareció importante prestar atención a ese conjunto de derechos sociales contenidos en la Constitución de 1917. Algunos de ellos son la salud, la educación, el trabajo digno, el ingreso mínimo y la vivienda. Por lo tanto, tendría sentido analizar aquellos fragmentos que reflejan la preocupación por garantizar su acceso, ampliar su cobertura o mejorar su calidad.

En el caso de la justicia social, consideré que era un concepto dirigido a la estructura de las sociedades. En particular, a la manera en que se distribuyen las oportunidades entre las clases y los individuos. Para mí, una sociedad justa es aquella en la que todos los seres humanos, sin importar su origen, son libres para perseguir la forma de vida que deseen. Esto conlleva, sin lugar a dudas, que posean una serie de capacidades mínimas que hacen de esa libertad una realidad efectiva. Dentro de este esquema, la única forma de desigualdad legítima es aquella que resulta

de la acción del Estado, cuyo objetivo es equilibrar la balanza a favor de aquellos que han sido históricamente desventajados.<sup>14</sup>

Por lo tanto, me detuve en aquellos relatos que apuntan a la responsabilidad del Estado mexicano por subsanar la *deuda histórica* de la nación con los indígenas, campesinos, obreros y clases populares, que han sido sistemáticamente excluidos de los frutos del progreso y el desarrollo. Debo resaltar que, en el caso de las mujeres, como grupo sujeto a la injusticia estructural, las referencias son escasas o prácticamente inexistentes dentro del discurso revolucionario.

Es importante mencionar que mis nociones previas son parte de un contexto distinto al del periodo que buscaba analizar. En todo momento tomé las precauciones necesarias para evitar leer los textos, tratando de forzarlos dentro de un molde o una definición previa. Si mis ideas como sujeto históricamente situado sobre el bienestar y la justicia social tuvieron alguna incidencia en la investigación, fue sobre todo al momento de determinar la atención que presté a distintos elementos discursivos. La definición real de ambos conceptos para los actores que estudiamos, si es que existe algo parecido, se encuentra en los textos y sólo en los textos mismos, muchas veces de manera ambigua y cambiante.

Para constatar los cambios efectuados en los discursos presidenciales, consideré importante identificar tres elementos: Primero, el papel que ocupan el bienestar y la justicia social en el discurso, así como las expectativas a las que dan lugar. Segundo, el recurso a la memoria histórica como forma de legitimación. El discurso revolucionario recurre constantemente al pasado. Este “eterno retorno” al origen del aparato político mexicano cumplía una función simultáneamente legitimadora y aleccionadora, convirtiendo en máxima la expresión de Carlos

---

<sup>14</sup> Debo estas nociones, en gran medida, a la lectura constante de John Rawls y Amartya Sen a lo largo de mi formación.

Fuentes: “la imaginación del futuro en el pasado como único futuro posible de mi raza y de mi tierra”.<sup>15</sup> El discurso oficial se encargaba de cristalizar el anhelo fundacional como objetivo del gran esfuerzo modernizador, y de fijarlo a manera de expectativa entre los distintos sectores que conformaban el pacto corporativo.

En tercer y último lugar, prestaré atención al uso de elementos afectivos en el discurso como forma de ofrecer a la ciudadanía una identidad y una forma de representación.<sup>16</sup> En este punto, de forma adicional, buscaré referencias directas al “pueblo” y analizaré aquellas expresiones tendientes a enaltecer la pobreza, la vulnerabilidad o el estatus de trabajadores y campesinos.

Para observar, por otro lado, el cambio en la élite académica e intelectual, decidí incluir aquellos textos literarios, artículos y ensayos de distinta índole. Elegí la mayoría de ellos por el impacto que tuvieron al momento de su aparición. Otros, simplemente porque me pareció que resumían, de manera particularmente clara, la oposición entre los dos discursos que se enfrentan en el momento de crisis. En todo momento, procuro utilizar las ediciones originales o facsimilares. Cuando no es posible, trato de citar la versión a mi alcance más cercana a la publicación inicial. En los casos en que recorro a ediciones más recientes, hago a un lado los comentarios posteriores y secciones aumentadas.

Por último, cada capítulo ofrece una visión general del sexenio que enumera algunas de las acciones más importantes de gobierno y resume el desempeño económico del país durante el periodo. Incluyo también una revisión de los hechos más importantes de política exterior. Con esto no busco de ninguna manera comparar el discurso con la realidad (como si de una

---

<sup>15</sup> Carlos Fuentes, *Terra nostra*, México, Planeta, 2002, t. 2, p. 617.

<sup>16</sup> Debo mis conocimientos sobre la importancia de la movilización de afectos como parte de la política populista a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que recuperan la tradición psicoanalítica de Lacán. En *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 2001; y *On the Political*, Londres, Routledge, 2005.



evaluación se tratara), sino simplemente ofrecer un contexto que, en todo caso, podría sugerir al lector que el contenido de los textos sirvió, en efecto, a manera de motivación detrás de las decisiones del Ejecutivo. Esto es relevante puesto que la mentalidad, como la he definido, orienta y define las acciones de los actores políticos al imponer una serie de nociones sobre el poder, lo público y el Estado. Por lo tanto, cambios deben reflejarse en mayor o menor grado en el comportamiento de la élite política.

Incluir el ámbito internacional, además, sirve para enfatizar la conexión de los sucesos que marcaron nuestra historia con las transformaciones que experimentó el resto del mundo de manera simultánea. Sería un grave error suponer que las causas del surgimiento de una nueva forma de pensamiento dentro de nuestro país se reducen a factores únicos de carácter nacional.

## CAPÍTULO 1. LUIS ECHEVERRÍA Y EL PROBLEMA DEL DESARROLLO

Para comenzar nuestra investigación, analizaremos el periodo que va de 1970 a 1976. Antes de presentar los textos de Luis Echeverría, presento información a manera de contexto. Hago un recuento de la situación en la que se encontraba el sistema político mexicano, hablando de sus orígenes posrevolucionarios y de su desarrollo hasta 1970. Después, arrojo algunos datos duros sobre su gestión. Resumo, también el contexto internacional, haciendo especial énfasis en el momento del *tercermundismo* y en el Movimiento de Países no Alineados. Por último, trato de identificar cuáles fueron las tendencias más importantes entre los académicos durante este sexenio e incursionaremos, muy brevemente, en el mundo literario.

Espero que estas secciones, más que un apartado tedioso, sean útiles para la mejor comprensión del discurso oficial. La intención no es presentar una colección inconexa de acontecimientos e ideas, sino reunir información a tener en cuenta durante la lectura de las fuentes primarias. Debo aclarar que, a fin de conceptualizar al régimen político y económico que marcó la década de 1970, utilizaré autores que escribieron en esos años. De esta forma, espero lograr aprehender, siguiendo la producción literaria de la forma en la que apareció en su momento, la visión sobre el Estado que imperaba entre los distintos actores. Estas definiciones del aparato público de ninguna forma pretenden ser atemporales, sino todo lo contrario: tratan de reconstruir el estado del arte como se produjo en un momento histórico particular, bajo circunstancias particulares.

En lo general, destaco tres características esenciales del periodo, que definen la forma en que las dimensiones política, económica e internacional se configuran. Por un lado, el sexenio de Echeverría representa el primer gran intento de renovar el sistema político y representativo,

para tratar de dar cabida en las instituciones oficiales al nuevo conjunto de intereses que aparecen a partir de 1968. El fracaso de la reforma electoral de 1973 es contrastante con los grandes logros alcanzados en materia de desarrollo social. Todo parece indicar que la estrategia presidencial otorgó mayor importancia al gasto público y a la expansión de la cobertura de las políticas sociales para hacer frente a la crisis de credibilidad a la que se enfrentaba el Estado revolucionario: el discurso sobre el bienestar y la justicia social va a ser el eje articulador de las acciones de gobierno y va a dominar, incluso, la política exterior, utilizando el tercermundismo, a su vez, como fuente de legitimidad al interior. Este déficit en la arena electoral y al interior del PRI, que comienza a ser una preocupación para los académicos, va a ser una carga cada vez mayor para el régimen y va a ser el origen de la crisis de racionalidad que plantea la nacionalización bancaria de 1982.

Por otro lado, la confrontación con el empresariado va a ser determinante y va a permitir al Ejecutivo forjar una identidad por oposición, a partir de la cercanía con el pueblo y las clases populares. Dentro de esta narrativa, la nación cobra un lugar importante: todos debemos supeditar nuestras esperanzas, ambiciones y afanes al interés colectivo de México. Aquellos que ponen su riqueza por encima del bien común son “vende patrias” que dependen del mercado extranjero.

Finalmente, entre algunos intelectuales, la figura de Echeverría va a adquirir rasgos proféticos y milenaristas; es el mesías que llega para hacer realidad las promesas olvidadas de la Revolución Mexicana. La idea del desarrollo se pone a debate y comienzan a manifestarse un conjunto de ideas liberales, sumamente críticas hacia el modelo autoritario. Para la opinión pública, el sexenio 1970-1976 va a definir el futuro inmediato del sistema político: la evolución o el colapso.

## LA EVOLUCIÓN DEL MODELO REVOLUCIONARIO

Coatsworth, al escribir sobre los orígenes del sistema político mexicano, veía en la Revolución Mexicana el establecimiento de un régimen corporativista moderno. Define el periodo de Lázaro Cárdenas como un momento fundamental de cambio, durante el cual se desarrollaron las organizaciones de masas y se ligaron con genuinas políticas reformistas que facilitaron la distribución de la tierra y la organización laboral. Desde su perspectiva, a partir de entonces el Estado dispuso de recursos políticos que le otorgaron un poder sin precedentes.<sup>17</sup> A eso se sumó la migración rural a gran escala, como consecuencia de un acelerado crecimiento industrial y una caída en la importancia del campo. De esta manera, el arreglo político se apoyó en una creciente base urbana para concentrar el poder en el gobierno nacional<sup>18</sup>

La consolidación del sistema político revolucionario por medio del partido, del desarrollo del aparato corporativo de masas —conformado por los tres sectores: obrero, campesino y popular—, y de la difusión ideológica y cultural que promovió el Estado nacionalista durante la primera mitad del siglo veinte, permitió la aparición de lo que Clark Reynolds llamaría el *ethos de la revolución*.<sup>19</sup> Esta configuración de actitudes exigía que el bienestar social fuera incluido como un objetivo dentro de las decisiones privadas del crecimiento económico. A partir de 1920, el crecimiento económico estuvo guiado por la participación del Estado en la formación de capital, adquisición de industrias clave (con el objetivo de sustituir con decisiones públicas la falta de iniciativa privada) y la expropiación. Así como por la identificación de los intereses del Estado con el sector privado, los subsidios y la protección del comercio interno. Todas estas medidas

---

<sup>17</sup> John H. Coatsworth, “Los orígenes del autoritarismo moderno en México”, *Foro Internacional*, 1975, núm. 2, p. 230.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>19</sup> Clark W. Reynolds, *La economía mexicana: su estructura y crecimiento en el siglo XX*, México, FCE, 1973, pp. 73-76.

tenían como objetivo último maximizar la utilidad social poniendo el máximo ingreso posible a disposición de las masas.

La solidaridad fue también utilizada como un insumo económico importante, en la forma de la organización sindical. Los agremiados vieron el aumento en sus salarios reales, mejores condiciones de vida y tuvieron acceso a beneficios de la seguridad social como la salud y la vivienda.<sup>20</sup> Concretamente, para 1970 —año en que Luis Echeverría comienza su mandato presidencial— Reynolds cree demostrar con el caso mexicano la hipótesis de Simon Kuznets sobre un ciclo de la desigualdad que durante un primer momento de la modernización aumenta para después disminuir una vez que los sectores productivos modernos incorporan a la mayoría de la población. Entre 1950 y 1957, observa una tendencia creciente en la disparidad del ingreso. A partir de ese punto, se mantiene constante e, incluso, disminuye.<sup>21</sup>

Sobra decir que esta interpretación ha sido criticada por autores más recientes como Thomas Piketty. En su análisis de la teoría de Kuznets, rechaza que la hipótesis del ciclo de la desigualdad pueda generalizarse más allá del periodo histórico en el que fue formulada. Si bien Kuznets respalda sus investigaciones con series estadísticas, se limita a observar los años comprendidos entre 1913 y 1948, durante los cuales los Estados desarrollados se involucraron en la planeación de la economía y en la provisión de derechos sociales como consecuencia de la experiencia de las dos guerras mundiales.<sup>22</sup> En todo caso, las observaciones de Reynolds, más que como testimonio de la influencia que ejercieron las ideas de Kuznets durante gran parte del siglo veinte, nos sirven para enmarcar las acciones de los gobiernos de la década del 70 dentro de una tradición y un modelo de desarrollo económico particular, definido por la recurrencia a un *ethos* que ponía en el centro de la acción pública las consideraciones sobre la distribución de

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>22</sup> Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014, pp. 23-27.

la riqueza. Este ethos revolucionario, como señaló Rafael Segovia, producía gobernabilidad y permitía la “cooptación y socialización de las élites políticas”, así como del sector empresarial, obrero, campesino y popular.<sup>23</sup>

Durante los treinta años siguientes a la presidencia de Cárdenas el país vio innumerables proyectos de construcción, diseño, planeación, infraestructura física y social. El programa de obra pública de los gobiernos desarrollistas se propuso hacer de la integración nacional una realidad. Hubo un proceso de “domesticación” de los recursos naturales (sobre todo de los recursos hídricos).<sup>24</sup> A principios de los años setenta, los mecanismos de representación del Estado revolucionario permitían también dirigir la inversión a las comunidades locales. Esta mediación fue indispensable para que los habitantes de las zonas rurales pudieran acceder a servicios y obras de irrigación, almacenaje, infraestructura agrícola y agua potable.

En el plano político, desde 1958 el PRI disfrutó de un periodo de poca competencia electoral, unidad hacia el interior y reconocimiento indiscutido a la autoridad del presidente. Al mismo tiempo, no hubo incorporaciones masivas, no se alteró el equilibrio de poder entre las centrales y los liderazgos se mantuvieron intactos.<sup>25</sup> En los años anteriores, el partido había logrado vincular las demandas cambiantes de los sectores, ordenarlas y organizar la incorporación gradual de obreros y campesinos al pacto social, gracias a su constante adaptación a las necesidades contingentes. Sin embargo, llegada la década de los sesenta, su estructura pierde flexibilidad. Su capacidad para acomodar a los nuevos actores encuentra su límite y se enfrenta, con dificultad, a episodios como 1968 o 1971.

---

<sup>23</sup> Véase a Rafael Segovia, “La crisis del autoritarismo modernizador”, en su *Lapidaria política*, México, FCE, 1996, p. 53, cit. por Fernando Escalante, “Menos Hobbes y más Maquiavelo. Notas para discutir la debilidad del Estado” en *Hacia la reconstrucción del país. Desarrollo, cultura e instituciones en regiones afectadas por conflicto armado*, Bogotá, Cinep, 2008, pp. 287-309.

<sup>24</sup> Enrique Provencio, “Inversión y obra pública en la integración interna” en Mariano Sánchez y Ricardo Becerra (coords.), *Las caras de Jano: Noventa años del Partido Revolucionario Institucional*, México, CIDE, 2019, p. 50.

<sup>25</sup> Fernando Escalante, “A fin de cuentas, ¿qué era el PRI?” en Mariano Sánchez y Ricardo Becerra (coords.), *op. cit.*, p. 214.

La década de 1970 se caracteriza por un intento de renovación del sistema corporativo para ampliar su capacidad de representar los nuevos intereses que aparecen en la escena pública. Se abrieron espacios para el sindicalismo independiente y se facilitó la incorporación de jóvenes y estudiantes a las organizaciones populares, en un intento por recuperar el apoyo de las mayorías. Las industrias más sofisticadas como la automotriz, la siderúrgica, la energética y las telecomunicaciones fueron puntos de conflicto entre los líderes oficialistas y los incipientes grupos de jóvenes obreros que contaban con mayor calificación y una tradición industrial, a diferencia de sus antecesores.<sup>26</sup> Surgieron movimientos como la Tendencia Democrática de Rafael Galván al interior del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), la Unidad Obrera Independiente (UOI) de Juan Ortega Arenas o el Frente Auténtico del Trabajo (FAT).

Para este punto, a la creciente crisis de la agricultura se sumaron las demandas no resueltas del reparto agrario. El ejido no podía competir con las nuevas técnicas de la agricultura comercial, altamente intensiva en capital, y su productividad se había estancado. Para subsidiar a las ciudades, la política económica descapitalizó al sector agrícola manteniendo bajos los precios de las materias primas.<sup>27</sup> Amplias movilizaciones campesinas, fuera de las organizaciones oficiales, presionaron al gobierno a llevar a cabo el reparto de tierra más significativo desde el cardenismo. La Confederación Nacional Campesina (CNC) perdió el monopolio sobre las demandas por la tierra y la administración decidió, tras la invasión por parte del Frente Campesino Independiente de tierras en los valles del Mayo y del Yaqui, a expropiar casi 100,000

---

<sup>26</sup> Ilán Bizberg, “Auge y decadencia del corporativismo” en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer, *Una historia contemporánea de México*, t. 1: *Transformaciones y permanencias*, México, Océano, 2009, p. 325.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 328.

hectáreas de irrigación, enfrentándose con los grupos empresariales agrícolas más importantes del país.<sup>28</sup>

En 1973, una reforma electoral limitada facilitó el acceso de los partidos de oposición a los escaños de representación proporcional en el Congreso. Permitió, también, que todos los candidatos utilizaran los servicios telegráficos y a los medios masivos de comunicación durante los periodos de campaña. El Partido Comunista Mexicano, sin embargo, siguió vetado del sistema de partidos. Junto a la crisis interna que azotó al Partido Acción Nacional a finales del sexenio, la exclusión del PCM contribuyó a que José López Portillo se presentara como la única alternativa en 1976.<sup>29</sup>

La reforma fue recibida entre distintos sectores como una decepción. Desde su llegada al gobierno, el presidente Echeverría había prometido que su gobierno se caracterizaría por una importante apertura política —herencia del movimiento de 1968 y de la presencia de los más de 15 grupos organizados que hacían uso de la violencia para promover el cambio social—.<sup>30</sup> Además de impedir la entrada de nuevos actores a la contienda, las modificaciones a la ley favorecían a los partidos vinculados al gobierno, como el PPS o el PARM. En lo general, la reforma de 1973 difícilmente representaba una renovación de la Ley de 1946, que otorgaba al Ejecutivo toda autoridad sobre el proceso y restringía la participación a las organizaciones legalmente reconocidas por el gobierno. El conflicto, propio de una sociedad cada vez más plural, no se reflejaba en el diseño de las instituciones electorales, cada vez menos preparadas para organizarlo y encontrar soluciones óptimas a la oposición de intereses políticos divergentes.

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 330.

<sup>29</sup> Reynaldo Ortega, “De la hegemonía al pluralismo: elecciones presidenciales y comportamiento electoral, 1976-2006” en Soledad Loaeza y Jean-François Prud’homme (coords.), *Instituciones y procesos políticos*, México, El Colegio de México, 2010, p. 412.

<sup>30</sup> Jean-François Prud’homme, *Coyunturas y cambio político*, México, El Colegio de México, 2014, p. 27.



Entre 1963 y 1971 el PIB creció en promedio a un ritmo de 7.1% anual, superando el rápido crecimiento demográfico. La población urbana pasó de representar 39.3% a 48.6% y la Ciudad de México experimentó un aumento en su población de 71% (de 5.2 millones de habitantes a 8.9). Como consecuencia de las inversiones orientadas a la industria, el sector agrícola se rezagó hasta alcanzar prácticamente su paralización. Mientras que el sector de transformación creció a pasos acelerados (9.3% anual), el sector extractivo a una tasa de 3.2% durante toda la década.<sup>31</sup> Los servicios gubernamentales disfrutaron de un periodo de expansión. En 1962, 6.9 millones de jóvenes formaban parte del sistema educativo nacional. Para 1971, la cifra alcanzaba los 11.9 millones. Lo mismo ocurrió con la población derechohabiente del IMSS, ISSSTE y Pemex, que aumentó de 4.8 a 13.2 millones.

Sobre este punto, recordemos que el régimen de protección social mexicano tiene sus propias particularidades. Surge en 1943, durante el auge exportador vinculado a las demandas de los países involucrados en la Segunda Guerra Mundial, y se organiza, desde un inicio, alrededor del Instituto Mexicano del Seguro Social. El IMSS se hizo cargo de los trabajadores en el sector formal de la economía. A lo largo del siglo veinte, las expansiones a la protección social fueron respuesta a movilizaciones y demandas obreras y campesinas, al interior de las centrales mismas del Partido. En 1960, por ejemplo, a un periodo de huelgas e invasiones masivas a predios particulares siguió la creación del ISSSTE, que permitió al IMSS aumentar su cobertura entre la población más vulnerable.<sup>32</sup>

En general, podemos caracterizar nuestro sistema de provisión como un sistema estatal-corporativo, dentro del cual las pensiones y servicios médicos están centralizados en el Estado,

---

<sup>31</sup> Enrique Cárdenas, *La política económica en México, 1950-1994*, México, El Colegio de México, 1996, p. 59.

<sup>32</sup> Ilán Bizberg, "Tipos de capitalismo y sistemas de protección social", en Ilán Bizberg (coord.), *Variaciones de capitalismo en América Latina: los casos de México, Brasil, Argentina y Chile*, México, El Colegio de México, 2014, p. 493.

y sectorizados de acuerdo a la pertenencia a la iniciativa privada o estatal. Para el resto de la población, se han construido, con el paso del tiempo, alternativas con un enfoque universal, como lo fue el Seguro Popular. En tanto que los sindicatos nunca lograron independizarse del régimen autoritario, el Estado de bienestar en México continuó dirigido hacia ellos y ofreció sistemas especiales para ciertos sectores con mayor relevancia en el plano político, como es el caso de Pemex, las Fuerzas Armadas o la CFE: la organización del sistema de provisión social es indisoluble de la organización del sistema de representación política. La expansión de la cobertura de los servicios de protección social fue un reto al que se enfrentaron con dificultad las administraciones de la década de 1970.

En el plano de la política macroeconómica, cuando Luis Echeverría entró a la presidencia, el empresariado nacional disfrutaba de barreras a la entrada para la inversión externa y permisos a la importación. Desde el periodo de Ruiz Cortines y López Mateos, se persiguió una política violenta de “mexicanización” de la economía.<sup>33</sup> El modelo de desarrollo se había volcado hacia el mercado interno con el objetivo de disminuir la dependencia de México frente al extranjero. Al mismo tiempo, el proteccionismo reforzó las estructuras oligopólicas dentro del mercado, provocando altos precios para los consumidores y baja calidad en los productos.<sup>34</sup> Las empresas, públicas y privadas, escondían ineficiencias con grandes costos para la sociedad.

Estas medidas coinciden con lo que Guillermo O’Donnell llamó la fase de profundización de la Industrialización por Substitución de Importaciones (ISI). En esta etapa avanzada de industrialización, los países en desarrollo debían dar un salto de la producción de bienes finales de consumo a la producción de los bienes intermedios y de capital necesarios para su manufactura. Los países latinoamericanos habían logrado extender el proceso productivo

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 68.

pero tenían dificultades para la integración vertical de la economía.<sup>35</sup> Para 1964, la discusión entre los economistas latinoamericanos ya hablaban de un agotamiento de la ISI.

En 1979, Albert Hirschman vio en el abandono de las exportaciones de materias primas, en la inflación descontrolada y en la desigualdad una barrera a la expansión de la industria.<sup>36</sup> A ello, debemos sumar los fallidos intentos de aumentar la recaudación fiscal para proveer al Estado desarrollista de una fuente estable de recursos. Las industrias intermedias y de capital, por otra parte, requieren de un mercado más amplio y demandan continuamente más capital, más importaciones de maquinaria y crean menos empleos (en una época de alto crecimiento de la fuerza laboral). Muchos analistas ven en los 70s la década en que el Estado debió haber iniciado la apertura comercial y la eliminación gradual del sesgo antiexportador. Sin embargo, más que reducirse, la protección se reforzó y aumentaron las empresas paraestatales o mixtas enfocadas a las ramas de bienes intermedios y de capital.<sup>37</sup>

En 1969, el Secretario de Hacienda Antonio Ortiz Mena insistía en la importancia de incrementar las exportaciones, mejorar la productividad y elevar la tasa de recaudación fiscal. Además, avistaba una oportunidad en el uso de la inversión privada. Por otro lado, veía un gran reto en la absorción de la fuerza laboral que se dificultaba por la baja oferta educativa para la mano de obra. Hoy, más que nunca, parece cobrar sentido su sentencia: “Todavía no se ha llegado a la etapa en que el desarrollo es irreversible; lo ganado puede perderse con relativa facilidad”.<sup>38</sup>

---

<sup>35</sup> Guillermo O'Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”, *Revista mexicana de sociología*, 1977, núm. 1, p. 17.

<sup>36</sup> Albert O. Hirschman, “The turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Economic Determinants” en David Collier (ed.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, University Press, 1979, p. 73.

<sup>37</sup> Enrique Cárdenas, *op. cit.*, p. 71.

<sup>38</sup> Antonio Ortiz Mena, “Desarrollo estabilizador: Una década de estrategia económica en México”, *El trimestre económico*, 1970, núm. 146, p. 441.

A manera de resumen, Luis Echeverría llega a la presidencia en una coyuntura crítica para el desarrollo nacional. Su gobierno se benefició de los frutos de un largo periodo de crecimiento económico y social, pero también se enfrentó a las debilidades estructurales que el planteaba el modelo de desarrollo. Para 1970, el partido y el sistema corporativo habían perdido flexibilidad. Cargaban con la inercia de 30 años de prosperidad y estabilidad económica, que se traducían en pocos cambios en las prácticas de gobierno. No había más incorporaciones masivas dentro los sectores y sindicatos, y las organizaciones oficiales comenzaban a mostrarse incapaces de incorporar al pacto social a las emergentes clases medias urbanas e industriales. Una década de políticas económicas basadas en el modelo ISI habían estancado el crecimiento de la agricultura y descapitalizado al campo. Además, el modelo mismo se enfrentaba a su agotamiento y las fuertes medidas proteccionistas impedían el aumento en la productividad y escondían un sesgo antiexportador.

Es en este contexto que, tras la crisis de 1968, el gobierno entrante decide embarcarse en un proceso de renovación de las instituciones políticas para reconstruir el vínculo con la ciudadanía. A continuación, trataremos de hacer un balance de la acción pública entre 1970 y 1976.

#### LOS DATOS DEL GOBIERNO DE ECHEVERRÍA

El objetivo de Echeverría al comenzar su encargo como presidente se puede resumir en una frase: el retorno al Estado. Llegó respaldado por un grupo de intelectuales de la Universidad Nacional, que formaron su círculo íntimo de asesores, y que creían que la única respuesta a la crisis política estaba en un activismo del sector público.

A pesar de que el primer año de gobierno se caracterizó por la restricción presupuestaria como intento de frenar la inflación y el crecimiento del déficit comercial, a partir de 1972 el gasto

y la inversión públicas incrementaron considerablemente. Solamente en ese año, el ejercicio fiscal aumentó 21.2% en términos reales.<sup>39</sup> Como antes, el intento de reforma fiscal fue obstaculizado por las amenazas del sector privado, sin embargo, eso no impidió a la administración continuar el gasto deficitario hacia 1973 y 1974. En este periodo, la tasa de inflación pasó del 5% al 23.8%.

El sesgo antiexportador se mantuvo a pesar de los incentivos fiscales introducidos con la intención de promover las exportaciones. Se estableció el uso de los Certificados de Devolución de Impuestos (CEDIS) como reembolso para las empresas exportadoras, se expandió la oferta de crédito mediante el Fondo para el Fomento de las Exportaciones de Productos Manufacturados (FOMEX) y se creó el Fondo de Equipamiento Industrial (FONEI) y el Instituto Mexicano de Comercio Exterior (IMCE).<sup>40</sup> Las medidas proteccionistas de mantuvieron e, incluso, aumentaron conforme se deterioró la cuenta corriente.

Hubo esfuerzos encaminados a recuperar la posición del campo en la inversión pública, pero no pasó de representar 17% del gasto para 1974.<sup>41</sup> Hubo una expansión del crédito agrario, se aumentaron los precios de garantía para productos básicos y se creó el Programa Integral de Desarrollo Rural (PIDER), que prestaba servicios de asesoría técnica y financiera a las comunidades rurales.<sup>42</sup>

Los subsidios de servicios como agua y transporte fueron, en la práctica, regresivos, pues transfirieron recursos del resto del país a la capital, en donde las condiciones de la ciudadanía eran mejores. La intervención directa en la economía se hizo notar con la creación de 108 empresas paraestatales entre 1971 y 1976.

---

<sup>39</sup> Carlos Bazdresch y Santiago Levy, "El populismo y la política económica de México, 1970-1982", en Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México, FCE, 1992, p. 273.

<sup>40</sup> Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros, *Development and Growth in the Mexican Economy: A Historical Perspective*, Oxford, University Press, 2009, p. 126.

<sup>41</sup> Carlos Bazdresch y Santiago Levy, *op. cit.*, p. 275.

<sup>42</sup> Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros, *op. cit.*, p. 125.

Este conjunto de medidas económicas tuvo buenos resultados en el campo de la redistribución. Entre 1970 y 1976 los salarios reales aumentaron más de 40% y el índice de Gini se redujo de 0.54 en 1968 a 0.49 en 1977.<sup>43</sup> A pesar de ello, los niveles de pobreza no experimentaron grandes cambios, debido al estancamiento rural.

Estos logros en el plano social, conllevaron grandes problemas macroeconómicos que pusieron en entredicho la sostenibilidad del nuevo modelo de desarrollo. Para esas alturas, era claro que tal nivel de gasto era insostenible. A ello se sumó la crisis petrolera de 1973, que detuvo el flujo de hidrocarburos desde los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) hacia occidente, como consecuencia de la participación de Estados Unidos en la Guerra de Yom Kipur. La abrupta caída en la oferta energética provocó un gran incremento en el precio del petróleo y una depresión económica seria entre los países industrializados. Los países exportadores de petróleo, que ahora recibían grandes flujos de dinero, colocaron su capital en los mercados financieros internacionales. Este exceso de liquidez, que correspondía a la baja demanda de capitales en el mundo desarrollado por su desaceleración, llevó a los bancos a ofrecer préstamos con tasas de interés cercanas a cero, e incluso negativas, a los países de Latinoamérica y del Tercer Mundo. En palabras de Victor Urquidi, los bancos extranjeros “competían por colocar sus financiamientos”. En el caso de México, sus yacimientos petroleros fueron vistos como garantía del crédito. Se hicieron planes para construir gigantescos gasoductos y establecer una gran industria destinada a la construcción de tubería para oleoductos. Se adquirió una flota de supertanques, se construyó un puerto petrolero y se comenzó a exportar petróleo a no menos de 16 países.<sup>44</sup>

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 128.

<sup>44</sup> Victor L. Urquidi, *Otro siglo perdido, las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, El Colegio de México, 2005, pp. 346 y 347.

Desde ese mismo año, comenzó un proceso acelerado de fuga de capitales como respuesta al crecimiento de la deuda pública. Sólo entre 1974 y 1976 la deuda externa se duplicó y al final del periodo el peso se devaluó 59%.<sup>45</sup> La inflación incontrolable y las fluctuaciones en el precio del petróleo ocasionarían, a la larga, la catástrofe de 1976. Por primera vez en 20 años, el gobierno de Echeverría recurrió al Fondo Monetario Internacional (FMI) para conseguir fondos adicionales. Se firmó un acuerdo de reestructuración económica, a cambio de la ayuda financiera, y como consecuencia hubo una gran contracción del crecimiento económico. En 1977 el aumento en el PIB no alcanzó 4%.<sup>46</sup> No resulta extraño que este episodio culmine, en 1975, con la publicación del famoso informe de La Comisión Trilateral, en donde se defendía que el desarrollo había llegado a su límite, y que las democracias iban a seguir acumulando demandas de parte de la ciudadanía hasta que las economías y los gobiernos se volvieran insostenibles. El exceso de democracia, dicen Crozier, Huntington y Watanuki, llevará a la pérdida de poder por parte de la autoridad, a la incapacidad de mantener finanzas equilibradas y a la desaparición del orden hegemónico global.<sup>47</sup>

#### EL PANORAMA INTERNACIONAL

La expresión *Tercer Mundo* tiene su origen en la Conferencia de Bandung de 1955, celebrada bajo el auspicio de Nasser, Nehru y Sukarno. De este mismo encuentro nació el Movimiento de Países no Alineados (MNOAL). La Conferencia marca el inicio de una nueva etapa dentro del pensamiento político y económico, dentro de la cual los países de Asia, África y América Latina redescubrieron su importancia en el escenario internacional. La idea detrás del *espíritu de Bandung*

---

<sup>45</sup> Carlos Bazdresch y Santiago Levy, *op. cit.*, p. 281.

<sup>46</sup> Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros, *op. cit.*, p. 130.

<sup>47</sup> Michel Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy: On the Governability of Democracies*, Nueva York, University Press, 1975, cit. por Fernando Escalante, *Historia mínima del neoliberalismo*, México, El Colegio de México, 2015, p. 106.

era desplazar el conflicto este-oeste de la Guerra Fría del centro del escenario, para poner el conflicto entre el norte y el sur globales en primer plano.<sup>48</sup> Tito sirvió de anfitrión a la Primera Cumbre de la MNOAL, que tuvo lugar en setiembre de 1961 en Belgrado.

Líderes políticos como Allende en Chile, Gadafi en Libia o Lumumba en el Congo, mantuvieron viva la tradición iniciada por la primera generación de Bandung. Mientras que la lucha de los fundadores se caracterizó por el anticolonialismo y el nacionalismo, las posturas del MNOAL a partir de los 1970s se orientaron claramente hacia la izquierda y abandonaron la ambigüedad del centro ideológico. El influjo de la Revolución Cubana se hizo patente en la experiencia de Vietnam, Camboya, Laos, Irán, Afganistán, Zimbabue, El Salvador, Guatemala y Filipinas.<sup>49</sup> Para esta generación, la Primera Conferencia Tricontinental de La Habana para la Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y Latinoamérica de 1966 fue el punto de partida de una agenda antiimperialista que se extendió a las Américas.

Tras la creación del Grupo de los 77 en la Conferencia sobre los Problemas del Desarrollo Económico de El Cairo en 1962, uno de los proyectos políticos más importantes del MNOAL, que además marcó un antes y un después en las relaciones norte-sur, fue la Declaración de las Naciones Unidas sobre el establecimiento de un nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) de 1974. En este documento, se agruparon las demandas de los países en desarrollo, que veían en el sistema económico internacional una herramienta para perpetuar la desigualdad entre las regiones. Entre las principales, se encontraba el control sobre las empresas multinacionales, la libertad de expropiación y nacionalización de la propiedad extranjera en sus territorios, la equidad en la compra de materias primas y la transferencia de tecnología. Además, con este arreglo, los países tercermundistas se proponían aumentar su poder de negociación al

---

<sup>48</sup> Mark T. Berger, "After the Third World? History, Destiny and the Fate of Third Worldism", *Third World Quarterly*, 2004, núm. 1, p. 10.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 19.



conformar un bloque que defendiera intereses y objetivos comunes, frente a las naciones industrializadas. Estas iniciativas de reforma serían, a la larga, bloqueadas por los países del llamado *grupo B*, que comprende a los miembros de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) de la región de Europa occidental, Estados Unidos, Canadá y Oceanía.

A esta primera etapa de encuentro entre los países en desarrollo se le conoce como la primera ola de la cooperación sur-sur (CSS). En años recientes, a partir del crecimiento de China como potencia económica y su creciente comercio en la región de Asia-Pacífico, se ha hablado de la segunda ola o del resurgimiento de la CSS. Se han hecho llamados a la acción para convocar a una “Bandung II”, que recupere el proyecto político de emancipación e independencia que representó la generación de Bandung y del MNOAL.<sup>50</sup> Si esta agenda logrará abrirse camino en un mundo tan polarizado como el de nuestros días, quedará por verse.

En el año de 1960 marcó el inicio del proceso de integración de las economías latinoamericanas. En este periodo, la preocupación principal de los economistas fue mejorar la posición de Latinoamérica como bloque regional frente a los países desarrollados. La firma del Tratado de Montevideo, origen de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), significó la gradual reducción de los aranceles y se propuso, en un inicio, un plazo de 12 años para la constitución de una zona de libre comercio. Sin embargo, diversos problemas de coordinación y la rigidez de los mecanismos de negociación obstaculizaron la consecución de los objetivos.

---

<sup>50</sup> Branislav Gosovic presenta un panorama general de la nueva ola de la cooperación sur-sur y de las acciones a seguir para su consolidación en “The resurgence of South-South cooperation”, *Third World Quarterly*, 2016, núm. 4, pp. 733-743. También, Gosovic y John Ruggie describen con mayor profundidad el proceso de surgimiento del NOEI en “On the creation of a new international economic order: issue linkage and the Seventh Special Session of the UN Assembly”, *International Organization*, 1976, núm. 2, pp. 309-345.

Desde el sexenio de López Mateos, la política exterior mexicana se acercó a los países tercermundistas. Dentro de sus giras diplomáticas, visitó países socialistas como Polonia y Yugoslavia, y puso especial importancia a la región latinoamericana. Sin embargo, la adhesión de México al bloque occidental nunca se puso en duda.<sup>51</sup> Echeverría fue el primer presidente que comprometió su política exterior con posiciones tercermundistas. La adhesión al grupo de los no alineados nunca fue confirmada, a pesar de los encuentros repetidos con los líderes del movimiento. Lo mismo ocurrió con la Organización de Países Exportadores de Petróleo, con la cual hubo un acercamiento significativo a pesar de que México nunca concretó su ingreso.

Echeverría intensificó las relaciones con los gobiernos de Cuba y de Allende, en Chile. No hace falta recordar que, tras el golpe militar de 1973, decidió romper las relaciones con la dictadura y recibir a un gran número de refugiados. Procuró también la diversificación de las relaciones económicas y persiguió el camino de la cooperación multilateral. Este acercamiento a Cuba, y las consecuentes fricciones con Nixon en Estados Unidos, fueron un recurso valioso para dotar al gobierno de legitimidad, remontándose a la tradición revolucionaria de Ruiz Cortines y López Mateos.

El caso más importante de la participación de la administración de Echeverría en el sistema internacional es la propuesta de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1974 y uno de los documentos constitutivos fundamentales del NOEI. Propuso también la creación del Sistema Económico de América Latina (SELA) y del Sistema para el Desarrollo del Tercer Mundo.<sup>52</sup> Entre los objetivos expresos de estas iniciativas, destacaba la “construcción de un nuevo orden

---

<sup>51</sup> Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1984, p. 185.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. , 187.

económico mundial[...] que posibilite al Tercer Mundo, desde sí mismo, la plena utilización de sus recursos y potencialidades en el marco de un proyecto común”.<sup>53</sup>

Sus viajes como jefe de estado incluyeron países como Japón, Guyana, Senegal, Argelia, Irán, Sri Lanka, Tanzania, Kuwait, Arabia Saudita, Egipto, Israel, Jordania, Trinidad y Tobago, Cuba, Guatemala, la Unión Soviética y la República Popular China, con la cual estableció por primera vez relaciones diplomáticas. Y dentro de las visitas que recibió durante su gestión se encuentran los primeros ministros de Ghana, Rumania y todos los presidentes Centroamericanos.<sup>54</sup>

Mario Ojeda, al evaluar los resultados de la política exterior de Echeverría, reconoce la adopción de una cantidad abrumadora de convenios de todo tipo, cuyo impacto es difícil de evaluar en su conjunto. En el plano económico, los beneficios no fueron tan grandes como se esperó en un primer momento. A pesar de los esfuerzos de diversificación comercial, entre 1970 y 1975 las exportaciones en el mercado norteamericano pasaron de representar 68.4% a 59.9%. La concentración de las importaciones se mantuvo prácticamente igual, e incluso aumentó un punto porcentual para llegar al 62%. El turismo no aumentó en la proporción esperada e, incluso, el superávit en la balanza de viajeros se redujo hasta llegar a decrecer en términos absolutos.<sup>55</sup>

Los beneficios más claros de los esfuerzos diplomáticos se tradujeron en la apertura para México de nuevas líneas de crédito, facilitando el crecimiento de la deuda externa hasta alcanzar cifras nunca antes vistas. La firma de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, por otro lado, a pesar de ser aprobada por una amplia mayoría compuesta por los países en desarrollo, no fue apoyada por las potencias industriales. Esto, de acuerdo al propio Ojeda,

---

<sup>53</sup> “El viaje presidencial por tres continentes”, *Comercio exterior*, 1975, núm. 9, p. 57.

<sup>54</sup> Mario Ojeda, *op. cit.*, p. 187.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 189.

le confirió el estatus más bien de declaración de principios, haciendo un llamado a “reordenar las relaciones internacionales sobre bases de mayor racionalidad, justicia y equidad”.<sup>56</sup>

En la región latinoamericana los logros tuvieron mayor alcance. El SELA permitió facilitar la coordinación de los precios de las materias primas, mejorar los términos del intercambio comercial y establecer mecanismos para mejorar las condiciones de la importaciones de bienes de capital y tecnología. Mientras que la propuesta del SELA estuvo inspirada en la fuerza que la OPEP había brindado a los países exportadores de petróleo, sus éxitos fueron mucho menores, pues el petróleo en sí mismo es un bien escaso que ofrece cierto grado de maniobra a sus productores.

Se impulsó también la creación del Instituto de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (hoy Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo A.C, organización consultiva de la ONU.) y se logró la reforma al sistema de votación de la OEA, que pasó de requerir una mayoría calificada para la toma de decisiones, a una mayoría simple. Gracias a este cambio fue posible, en 1975, levantar la prohibición a los países miembros de restablecer sus relaciones bilaterales con Cuba.<sup>57</sup>

Su estrategia arriesgada de mediación en el conflicto árabe-israelí y su acercamiento con Arafat, líder del Movimiento de Liberación Palestino, permitiéndole abrir una oficina de información en México, provocó un episodio de confrontación con Estados Unidos. El New York Times, incluso, llegó a publicar un desplegado promoviendo un boicot contra el turismo y los negocios en México, como consecuencia de nuestro voto a favor de la resolución 3379 de la ONU que definió al sionismo como una forma de racismo.<sup>58</sup> Mientras que para Ojeda este

---

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 192.

<sup>58</sup> Para un resumen más detallado del incidente y sus implicaciones, véase a Ariela Katz Gugenheim, “El boicot turístico a México. Controversias político-diplomáticas a raíz del voto mexicano en la Resolución 3379 de la ONU”, *Historia mexicana*, 2016, núm. 2, pp. 555-644.

episodio constituye un ejemplo de lo que él mismo llamó “una política de prestigio personal” de “provocaciones innecesarias, cuya conexión directa con los beneficios que habrían de reportar al país era difícil establecer”,<sup>59</sup> propongo interpretar los hechos a la luz de la plataforma político-ideológica del periodo Echeverría. Los acontecimientos no nos pueden resultar tan fútiles si consideramos el esfuerzo sustantivo de proximidad con los países de la periferia. Sin embargo, la pregunta pertenece a otra discusión que, por la extensión de este ensayo, no resulta conveniente abordar.

Otro momento bochornoso de la diplomacia echeverrista se suscitó en la inauguración de los Juegos Panamericanos en México de 1975. En esa ocasión, Echeverría declaró ante los periodistas la renuncia de México a sus derechos, históricamente defendidos, sobre parte del territorio de Belice. Guatemala, quien aspiraba a la anexión de la totalidad del país vecino, decidió a raíz de la declaración perseguir una política más violenta que, finalmente, provocó la incursión de Gran Bretaña en la zona con el objetivo de rechazar cualquier intento de invasión armada.

El gobierno mexicano decidió presentar ante las Naciones Unidas un proyecto de resolución que obligara a Guatemala y a los británicos a encontrar una solución pacífica. Posteriormente, en distintos mensajes dirigidos a los medios, Echeverría reconsideró su postura, reconociendo de nuevo los derechos de México sobre el conflicto y llamando a descartar toda medida unilateral.<sup>60</sup>

Éste es sólo un ejemplo entre varios casos de incongruencias en la práctica diplomática entre 1970 y 1976. Sin embargo, si algo queda claro, es que Echeverría y su círculo de asesores y expertos llegaron con la intención de cambiar radicalmente el papel de México en la discusión sobre el desarrollo y la cooperación internacional. La bandera del tercer mundo fue su fuente de

---

<sup>59</sup> Mario Ojeda, *op. cit.*, p. 196.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 201.

legitimidad en el plano global, y la respaldó con hechos concretos que lo acercaron a los países en vías de desarrollo y lo alejaron de los empresarios y de los países industrializados.

Más importante aun, es que esta bandera sirvió para refrendar, frente a la ciudadanía, que el gobierno inaugurado en 1970 seguía a cabalidad los principios manados de la Revolución Mexicana, no sólo hacia el interior, sino también mediante su política exterior. La postura de México a lo largo del periodo tenía como objetivo, además de fortalecer su papel en la esfera internacional, enviar un mensaje claro a las bases obreras, campesinas y populares: el Estado revolucionario está, por definición, del lado de los oprimidos. No debemos ignorar que la cercanía al MNOAL y a los países del Tercer Mundo sitúa nuestro caso dentro de un marco más general. Durante la década, jefes de Estado y gobiernos de todas las regiones van a compartir las mismas políticas redistributivas y discursos basados en la importancia de la intervención del Estado y de la reivindicación de las clases populares.

Finalmente, no podemos dejar de lado el hecho de que, para 1970, una noción del libre mercado apareció en la discusión internacional como respuesta a la crisis del modelo de desarrollo de la post-guerra. A diferencia del concepto de mercado que existió entre los 40s y 50s, que veía en las empresas y su administración eficiente el núcleo del sistema económico, los nuevos proponentes de la apertura comercial lo concibieron como un espacio de toma de decisiones descentralizada, que alcanzaba un equilibrio de forma instantánea y natural.<sup>61</sup>

Mientras que en Nueva York y Londres, el capital financiero reemplazaba al capital productivo a pasos agigantados, los economistas Friedrich von Hayek y Milton Friedman dirigían una avanzada contra el pensamiento keynesiano y la intervención de los estados en la economía. A pesar de que se habían inspirado en la obra de Adam Smith, sus presupuestos diferían de formas fundamentales. Mientras que Smith había escrito *La riqueza de las naciones*

---

<sup>61</sup> Daniel T. Rodgers, *Age of Fracture*, Cambridge, Belknap, 2011, p. 42.

enfocándose en su producción y distribución en las nuevas sociedades industriales, esta nueva generación de pensadores económicos se preocupaban más bien por su intercambio. Éste ataque se dirigió también contra la rama de la economía del bienestar que había monopolizado el debate académico durante la primera mitad del siglo veinte, con representantes como John Hicks, Nicolás Kaldor, Robert Solow o Paul Samuelson.

El departamento de economía de la Universidad de Chicago fue el origen de la nueva teoría económica. Sus integrantes eran críticos con las políticas macroeconómicas del gobierno estadounidense y lo veían como el único culpable de las dificultades. Desde un inicio, tuvieron acceso a la prensa para influir sobre la gran opinión pública, debido a sus contactos personales y al financiamiento de políticos conservadores. Inclusive, tras el golpe de Estado en Chile de 1973, los militares recurrieron a los graduados de Chicago para detener la inflación y la inestabilidad financiera. El mismo Friedman, en 1975, recorrió las universidades chilenas para defender su nueva doctrina libertaria.<sup>62</sup> En el Reino Unido, una crisis inflacionaria similar llevó a Margaret Thatcher al liderazgo del Partido Conservador.

#### LOS TEMAS DE LA ACADEMIA

En este momento, los académicos se preocupan por temas como el nacionalismo, el desarrollo, y la izquierda mexicana. Leopoldo Solís, por ejemplo, se pregunta por el papel que ocupan los economistas en el diseño de la política económica. En un artículo originalmente publicado en 1969, en la revista *Foro Internacional* del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, constata que los economistas, al igual que los otros intelectuales, se identificaron con la plataforma de los gobiernos posrevolucionarios y se emplearon en ellos.<sup>63</sup> Intenta encontrar una

---

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>63</sup> Los artículos que citaré a continuación fueron publicados en diferentes números de *Foro internacional e Historia mexicana*. Sin embargo, para facilidad del lector, presento la bibliografía recopilada en 1977. Leopoldo Solís,

explicación racional detrás del apoyo incondicional de los sectores progresistas hacia las medidas proteccionistas del Estado que, desde su punto de vista, tienden a ser más bien antidistributivas, pues las clases más vulnerables son las que gastan una mayor proporción de su ingreso pagando por bienes y servicios caros y de calidad inferior.

La respuesta, para Solís, se encuentra en la arraigada desconfianza que existe hacia las instituciones del libre mercado. En este texto de finales de los 60s, encontramos ya una defensa articulada de la liberalización y apertura económica, así como la idea de que detrás del estancamiento que empieza a mostrar la economía nacional se encuentran las políticas del modelo ISI que se han alargado demasiado.

No cabe duda que esto fue necesario para iniciar el desarrollo industrial, pero se ha demostrado que ya actualmente el desarrollo industrial en México no supera la norma internacional, es decir que no ha avanzado más de lo que era de esperarse para un país de su tamaño y producto *per capita* [*sic.*]; más aún, de 1950 a 1960 —la época de fuerte aumento en el uso de permisos de importación— el desarrollo industrial respecto a la norma internacional se deterioró. De hecho, ahora tenemos un menor avance industrial relativo que en 1950.<sup>64</sup>

Preconiza, incluso, que el crecimiento hacia adentro es incompatible con un proceso de redistribución del ingreso. Mientras que Solís no termina de desarrollar este argumento de forma convincente, su trabajo resulta interesante en tanto que clasifica a la *izquierda oficial* —expresión que se hace presente con frecuencia en textos académicos de este periodo— como un grupo débil y poco crítico, compuesto por aquellos que prefieren adscribirse al proyecto del partido antes que ser llamados antinacionalistas o reaccionarios. Es ilustrativa también la forma en que

---

“La política económica y el nacionalismo mexicano” en *Lecturas de política mexicana*, México, El Colegio de México, 1977, p. 65.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 66.



critica la falta de rigor matemático del “economista común” para quien son ininteligibles las consecuencias a largo plazo de sus prescripciones basadas más en la ideología que en el análisis científico de fenómenos como el equilibrio general, los precios o la balanza de pagos.<sup>65</sup>

Estas ideas, más que reflejar el influjo intelectual estadounidense —el mismo Solís cursó una maestría en economía en la Universidad de Yale—, muestran los cambios en la actitud de algunos académicos hacia el gobierno que comienza a hacerse patente a partir de 1970. No resulta sorprendente que los preceptos económicos comenzaran a monopolizar el debate dentro de universidades y centros de investigación, ni la importancia que, gradualmente, se concedió a las clases medias dentro de las consideraciones relativas al bienestar material de la sociedad.

Otro estudio interesante, representativo del análisis político que ocupaba a los académicos en esta época, es presentado por el profesor Peter H. Smith, de la Universidad de Columbia, en 1975. En esta ocasión, el profesor Smith hace un intento por estudiar a profundidad los mecanismos de movilidad política dentro de las instituciones. Recopila información detallada sobre los principales funcionarios del gobierno mexicano, principalmente relacionada a su lugar de nacimiento, nivel educativo, casa de estudios y ocupación. Este método, cercano a lo que los sociólogos organizacionales practican bajo el nombre de *prosopografía*, le permitió demostrar que, dentro de la élite política, dominaban aquellas personas provenientes del centro de la República, de capitales estatales o ciudades y practicantes de profesiones liberales.<sup>66</sup> No deja de causarle impresión que “tres cuartas partes de la élite política nacional provienen del 3% que representa el estrato superior de la población masculina adulta alfabetizada. Aun en el México posrevolucionario, la movilidad hacia arriba vía canales políticos

---

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>66</sup> Peter H. Smith, “La movilidad política en el México contemporáneo” en *Lecturas de política mexicana*, *op. cit.*, p. 124.

ha sido más la excepción que la regla”.<sup>67</sup> En términos generales, lo que Smith sugiere es que entre más alto sea el nivel de privilegio socioeconómico, más alto será el nivel del cargo conquistado. Más adelante, presenta diagramas de flujo y mapas muy similares a los usados hoy en día dentro del análisis de redes.

No presento este caso por su carácter anecdótico, sino porque refleja un cambio importante en la forma de estudiar los fenómenos sociales. Para 1975, comienza a configurarse una propuesta epistemológica que representa un giro desde la estructura hacia los actores y los individuos en el poder. Se va a recurrir a los estudios sobre las trayectorias de los funcionarios públicos durante los próximos años. Los trabajos de Rogelio Hernández sirven para ilustrar esta nueva preocupación y van a servir de ejemplo para muchos académicos del periodo.<sup>68</sup>

Es así como las ciencias sociales, por primera vez en nuestro país, le dan un lugar prominente a los actores que conforman al Estado, elaborando una “biografía colectiva a partir de una colección de individuos que comparten funciones, actividades y estatutos sociales”.<sup>69</sup> Se otorgó importancia a los nexos personales, las alianzas familiares, las lealtades, las clientelas; así como a los orígenes sociales, regionales, educativos y profesionales de los miembros de las élites. A estas innovaciones metodológicas, corresponden cambios importantes en la opinión pública. El Estado, poco a poco, deja de concebirse como un ente absoluto y autónomo que está más allá de la voluntad individual: “la historia del Estado no es independiente de la historia de los que lo sostienen, lo combaten o lo hacen funcionar”.<sup>70</sup> Se vuelve normal culpabilizar a los presidentes o a sus secretarios de Estado por el mal desempeño de la economía, consecuencia

---

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 127.

<sup>68</sup> Véase a Rogelio Hernández en *Formación y trayectoria de los secretarios de Estado en México 1946-1982*, México, FLACSO, 1985; o en “Los hombres del presidente de la Madrid”, *Foro internacional*, 1987, núm. 1, pp. 5-38.

<sup>69</sup> Isabelle Rousseau, “La prosopografía: ¿un método para el estudio del Estado?”, *Revista mexicana de sociología*, 1990, núm. 3, p. 240.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 241.

de la toma de malas decisiones. Lentamente, la distancia ritual y mitológica que separa al poder de los ciudadanos comienza a resquebrajarse.

Otros temas que cobran importancia en la década son, como cabría de esperarse, el sistema de partidos, la oposición y el problema de la democracia. Soledad Loaeza comienza su largo estudio del Partido Acción Nacional en 1974, con un artículo publicado en *Foro internacional*. Se continúan explorando las consecuencias de la Revolución Cubana y toman fuerza los estudios sobre las empresas y empresarios.<sup>71</sup>

Esta generación de académicos e investigadores se gestó con la lectura de personajes como don Daniel Cosío Villegas o Rafael Segovia, pioneros de las relaciones internacionales y la ciencia política en nuestro país. Su influencia no se restringía a los sectores más especializados, sino que participaron en la vida pública por medio de su participación en los medios, revistas y, en el caso de Cosío Villegas, por su cercanía al poder. A mi parecer, no hay mejor constancia de la figura que representaba entre la élite política mexicana que aquel fragmento de la introducción a *El estilo personal de gobernar*.

Como don Luis Echeverría se ha permitido el lujo de llegar a la presidencia sin haber pasado antes por mi cátedra, no ha habido entre él y yo siquiera ese recuerdo afectivo de maestro-discípulo. A pesar de esto, de ningún presidente de la República he recibido tantas muestras de consideración y de respeto como de él. No sólo eso, sino que desde que entramos en relaciones, ambos nos empeñamos en trazar una clara distinción entre las relaciones públicas y las relaciones personales, de modo que él puede considerarme

---

<sup>71</sup> Véase a Soledad Loaeza, “El Partido Acción Nacional: la oposición leal en México”; Olga Pellicer de Brody, “La revolución cubana y la izquierda mexicana”; y Carlos Arriola, “Las organizaciones empresariales contemporáneas”. Todos en *Lecturas de política mexicana, op. cit.*

un buen amigo, pero un mal escritor, y yo, a mi vez, puedo estimarlo más como amigo que como gobernante.<sup>72</sup>

En 1974, Rafael Segovia se ocupa también de lo que llama la crisis del autoritarismo modernizador. Argumenta que, como consecuencia de su proyecto modernizador, el Estado ha creado a tres nuevos sectores que demandan nuevas formas de organización y de participación política: los empresarios, los universitarios y los obreros. En este juego de intereses encontrados, el sistema político se enfrenta a la necesidad de diversificar, liberalizarse y aceptar la competencia.<sup>73</sup> Así, se presenta un dilema entre una marcha hacia el autoritarismo, que permita devolver al Estado revolucionario su monopolio sobre las fuerzas sociales, o hacia la democracia. Para ello, sería necesario construir instituciones que encaucen el proceso de reconstrucción de las relaciones políticas, sustituyendo el ejercicio personal del poder.

La garantía esencial del individuo se encuentra pues en las instituciones, en su inserción voluntaria en organizaciones libres. La institución limita al hombre pero a la par le protege contra actos de violencia muy superiores a su capacidad individual de resistencia. El orden institucional libre es equivalente del orden democrático, a condición de que el Estado regule los modos de conflicto y garantice la existencia de los actores reales.<sup>74</sup>

Analiza también la reforma política de 1973, cuyas intenciones expresas eran fomentar el pluripartidismo y permitir la entrada de los jóvenes a la contienda electoral. Segovia ve en la reforma un intento de institucionalizar los conflictos para reducirlos a términos ideológicos que pueden ser canalizados a través de los partidos.<sup>75</sup> La lógica detrás de este objetivo se resume en

---

<sup>72</sup> Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, *op. cit.*, p. 13.

<sup>73</sup> Rafael Segovia, "La crisis del autoritarismo modernizador", *op. cit.*, p. 53.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>75</sup> Rafael Segovia, "La reforma política: el Ejecutivo federal, el PRI y las elecciones de 1973" en *Lapidaria política*, *op. cit.*, p. 97.

que “un voto que no se dirija a un candidato del PRI es un voto en contra del Revolucionario Institucional, pero no un voto en contra del sistema político”.<sup>76</sup>

Las elecciones celebradas este mismo año vieron un crecimiento importante en la fuerza de la oposición. Esta nueva constelación del voto permite al profesor Segovia, inclusive, dedicarse a describir los patrones del voto de acuerdo a las distintas regiones y partidos. A pesar de que “para el PRI, la posibilidad de una derrota electoral real, capaz de cambiar el contenido de las instituciones políticas, es casi inexistente”,<sup>77</sup> los estudios electorales cobran sentido en medio de un momento en donde la pluralidad comienza a reflejarse en los comicios.

En la definición de Segovia del régimen revolucionario se observa, a su vez, la influencia de la obra de Juan Linz, quien en su famoso artículo de 1964 propone una conceptualización del autoritarismo como aquel sistema político con pluralismo limitado, que no cuenta con una ideología que se haga presente en todos y cada uno de los aspectos de la vida —como en el caso del totalitarismo—, y dentro del cual los líderes ejercen el poder sin límites claros pero, a final de cuentas, de forma predecible.<sup>78</sup> El mismo Linz incluye a México entre los países que han institucionalizado la participación limitada mediante la presencia de un partido predominante.<sup>79</sup> En todo caso, la fisonomía del corporativismo mexicano corresponde también a la descripción de Linz, particularmente cuando habla de la desmovilización de las mayorías. Uno de los mayores logros de la revolución institucionalizada fue incorporar a las masas de campesinos y trabajadores a las centrales, logrando reducir al mínimo todo conflicto fuera del control de la élite.

En sus comentarios finales, ve el origen de la inestabilidad dentro de los regímenes autoritarios latinoamericanos en el compromiso, aunque sea retórico, con la democracia. En el

---

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 118.

<sup>78</sup> Juan J. Linz, “An Authoritarian Regime: Spain” en Erick Allardt y Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics: Studies in Political Sociology*, Nueva York, The Free Press, 1970, p. 255.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 256.

caso de México, el Estado revolucionario se atribuía a sí mismo la tarea de construir los cimientos de una sociedad progresivamente más democrática. Esta consideración explica que Linz lo considerara como un caso límite, más cercano a los regímenes liberales que otros países de la región.<sup>80</sup>

El trabajo de Linz, claro está, fue recibido con entusiasmo en un momento en el cual las democracias occidentales buscaban extender sus formas de gobierno hacia el Tercer Mundo. En última instancia, la pregunta que motivaba el estudio de los autoritarismos se refería a las condiciones necesarias para el surgimiento de la democracia. La misma pregunta que explora Seymour Martin Lipset en su *Political Man*, en 1960, inaugurando toda una línea de pensamiento que llega hasta nuestros días, de la mano de politólogos como Samuel P. Huntington y su discípulo Francis Fukuyama. Esta empresa intelectual, podemos imaginarnos, no deja de estar emparentada con el proyecto de la entonces naciente economía de libre mercado.

#### EL DEBATE SOBRE EL DESARROLLO EN LA LITERATURA

Carlos Fuentes y Octavio Paz han sido, por excelencia, dos de las figuras más destacadas de las letras mexicanas. La década de los años setenta es un periodo interesante de producción literaria, en el cual los escritores entablan un diálogo frontal con el poder. En 1970, Paz publica una *Posdata* al *Laberinto de la soledad*, en donde profundiza su crítica al sistema político mexicano y, principalmente, a su noción del desarrollo. Reconoce que, inevitablemente, en todas las naciones subdesarrolladas se presenta una contradicción inescapable entre crecimiento y reformas sociales. Esta contradicción, por lo general, ha sido resuelta a favor del crecimiento económico.<sup>81</sup>

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 281.

<sup>81</sup> Octavio Paz, *Postdata*, México, Siglo Veintiuno, 1990, p. 58 (en adelante, *Postdata*).

Existen otras características que complejizan el problema de la modernización en estos países. En primer lugar, el Estado no es propiamente la expresión de una clase dominante, como lo concibió Marx. Por lo contrario, el surgimiento de un grupo económicamente preponderante es el resultado de la acción del Estado.<sup>82</sup> La aparición de los industriales y de las élites alemanistas representan en México la dirección del Estado del proceso de acumulación de capital, necesario para la construcción de una economía capitalista nacional. Ahora, la burguesía surgida en el periodo de Alemán tiene una estructura dual. Mientras que muchos de ellos se incorporan a las filas de la revolución institucionalizada como funcionarios técnicos y administradores, otros reciben, de manos del gobierno, monopolios y grandes oportunidades de negocio que les permite consolidar su poder dentro del sector privado.

En segundo lugar, hay restricciones muy graves a los movimientos de reforma social, pues los gobiernos no cuentan con una base económica previa que les permita afrontar el peso financiero de la distribución. Esta es “la gran limitación —sería más exacto decir: condenación— de todas las revoluciones en los países atrasados”.<sup>83</sup> Su gran crítica al posrevolucionario es la imposición, por parte de la porción más desarrollada del país, de una forma de modernidad que no corresponde con la verdadera realidad histórica y cultural de la mayoría de los mexicanos. Llega a decir que los intentos de aplicar fórmulas provenientes del Este o del Oeste conducen al desastre.

El desarrollo ha sido una verdadera camisa de fuerza. Una falsa liberación: si ha abolido muchas de las antiguas e insensatas prohibiciones, en cambio nos agobia con exigencias no menos terribles y onerosas[...] El otro México, el sumergido y reprimido, reaparece

---

<sup>82</sup> *Postdata*, p. 67.

<sup>83</sup> *Postdata*, p. 57.

en el México moderno: cuando hablamos a solas, hablamos con él; cuando hablamos con él, hablamos con nosotros mismos.<sup>84</sup>

Hacia el final del ensayo, Paz habla de la necesidad de la crítica histórica y del arte como herramientas de liberación. La glorificación de nuestro pasado prehispánico y la creación de ídolos entre los independentistas y revolucionarios, nos impiden acercarnos a nuestra historia para comprenderla y superarla, y nos hacen imposible reconocer las deudas históricas y desigualdades existentes en la actualidad.

¿Por qué hemos buscado entre las ruinas prehispánicas el arquetipo de México? ¿Y por qué ese arquetipo tiene que ser precisamente azteca y no maya o zapoteca o tarasco o otomí? Mi respuesta a estas preguntas no agrada a muchos: los verdaderos herederos de los asesinos del mundo prehispánico no son los españoles peninsulares sino nosotros, los mexicanos que hablamos castellano, seamos criollos, mestizo o indios. [Es la expresión de] un sentimiento de culpa sólo que, por una operación de transferencia y descarga estudiada y descrita muchas veces por el psicoanálisis, la culpabilidad se transfigura en glorificación de la víctima.<sup>85</sup>

En *El ogro filantrópico*, antología de ensayos publicada en 1979, Paz ofrece una salida en el zapatismo. Paradójicamente, el movimiento zapatista fue profundamente tradicionalista, pero en ese tradicionalismo residió su verdadero carácter revolucionario.

México no ha encontrado esa “forma”. En el zapatismo había probablemente el germen de la respuesta. Pero otra vez se han superpuesto formas externas a nuestra realidad y se han aplastado los gérmenes de salud que había en la revuelta zapatista.<sup>86</sup>

---

<sup>84</sup> *Postdata*, p. 109.

<sup>85</sup> *Postdata*, p. 155.

<sup>86</sup> Octavio Paz, *El ogro filantrópico: historia y política 1971-1978*, México, Joaquín Mortiz, 1979, p. 36 (en adelante, *El ogro*).



Paz hace una categorización de los movimientos armados. Ve en la *revuelta* una manifestación del tiempo cíclico: levantamientos populares contra un sistema injusto que se proponen restaurar el *tiempo original*, el momento inaugural del pacto entre iguales. Independientemente de la desconfianza de Paz hacia el Partido y sus instituciones, cabría preguntarse si, para 1970, la transformación que encabeza Echeverría no intenta presentarse, precisamente, bajo estos términos: como una revuelta que se propone restaurar el tiempo original de la Revolución Mexicana.

Entre otros temas que interesan a Paz en 1979 está el cardenismo, que evalúa por lo general como un periodo positivo, el crecimiento demográfico, la reforma político-electoral de 1973 y la presencia de la oposición —materializada en el PAN, el Partido Comunista y el Partido Demócrata Mexicano—, la investigación prometida por Echeverría sobre los eventos de 1971 y, no menos interesante, la reaparición del terrorismo en la figura de grupos guerrilleros que, poco a poco, se hacían presentes en la opinión pública.

Antes de terminar con *El ogro filantrópico*, me parece necesario rescatar algunas opiniones plasmadas en el debate convocado el 15 de noviembre de 1971 por Albert Hirschman, en la Universidad de Harvard, entre Frederick Turner, John Womack y Octavio Paz. Dentro de sus comentarios, el profesor Turner ve con preocupación el problema del Ejército Mexicano, y de un posible giro militar de tipo brasileño o peruano tras los sucesos de 1968 y 1971. Además, resalta el intento discursivo de Echeverría por “convertirse simbólicamente en otro Cárdenas”.<sup>87</sup> Incluso llega a reconocer que el presidente está haciendo esfuerzos sinceros, y que con el apoyo y las oportunidades adecuadas podría ir mucho más lejos en su proyecto redistributivo.

Womack, por su parte, habla del problema de Estados Unidos y la realidad geopolítica de México. Encuentro sumamente interesante su postura: México no podrá transitar hacia un

---

<sup>87</sup> *El ogro*, p. 134.

régimen liberal o democrático mientras no haya una transformación profunda de los intereses estadounidenses.

Si los Estados Unidos se mantienen en su actual organización económica y política[...] México debe pagar por la poca o mucha independencia que todavía retiene privándose de una actividad política libre y abierta[...] Es decir, mientras que los Estados Unidos sigan siendo lo que son, la conservación de la soberanía mexicana requiere de una política más bien cerrada y autoritaria[...] Creo que la política mexicana podría abrirse hasta cierto punto sin gran riesgo. Pero también creo que los Estados Unidos, tal y como son actualmente, limitan seriamente la posibilidad de nuevas libertades para los mexicanos dentro de México.<sup>88</sup>

*Tiempo mexicano*, de 1971, es quizá la obra de Carlos Fuentes que nos resulta más interesante por la visión que ofrece sobre la presidencia de Luis Echeverría, a un año de su toma de protesta. Comienza enfatizando la cercanía de 1910 y la promesa, en riesgo de quedar inconclusa, de la Revolución Mexicana. “Todos habíamos nacido cuando los cañones de la revolución aún estaban calientes”.<sup>89</sup> Es una oración que condensa, por un lado, el origen de la legitimidad de la autoridad política en un proyecto basado en la justicia social. Y por otro, la consciencia de una generación sobre los retos que, 60 años después, deben enfrentarse para mantener vivo un proceso ralentizado de modernización y redistribución. Si bien la Constitución de 1917 plasmó estos principios como ley suprema, el régimen se atribuyó la facultad exclusiva de hacer cumplir los derechos y de ordenar todas las formas de solidaridad.

La figura de Emiliano Zapata, y su lucha por unificar texto y realidad —la promesa jurídica y su aplicación—, ocupa un lugar prominente en el imaginario de Fuentes. Siguiendo el

---

<sup>88</sup> *El agro*, p. 138.

<sup>89</sup> Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1973, p. 61 (en adelante, *Tiempo*).

trabajo de John Womack, con la importancia que tuvo su libro *Zapata and the Mexican Revolution*, ve en la breve experiencia zapatista de Morelos el ideal del movimiento revolucionario. En este punto, coincide ampliamente con Octavio Paz.

En Morelos, en el año de la Arcadía, decenas de egresados de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo acudieron a trabajar en los campos con las comisiones agrarias creadas para legalizar las reclamaciones, medir las tierras y determinar los límites. En seis meses, los “ingenieritos de la ciudad se ganaron el respeto de los campesinos; juntos, aseguraron el renacimiento del centenar de pueblos del Estado de Morelos, que finalmente entraron en posesión de las tierras laborales, los bosques y las facilidades de riego.<sup>90</sup>

Para Fuentes, sin embargo, a este periodo verdaderamente transformador, siguió una ofensiva desde la élite de la Familia Revolucionaria, en lo que llamó “la revolución nacional contra la revolución local”, imponiendo un proyecto general de progreso.<sup>91</sup> El grupo de Sonora creó las condiciones propicias para el desarrollo económico, tras reconocer que su supervivencia en el poder dependía del deber social. Después del periodo cardenista, la historia política de México puede resumirse en “la inerte expectativa sexenal de que a un presidente malo suceda, con fortuna, un presidente bueno y a que, después de treinta años de mediocridad, se repita la grandeza de un Cárdenas”.<sup>92</sup> Ve también en el programa de Rubén Jaramillo una gran alternativa para la Revolución Mexicana.

Ahora, para Fuentes no es suficiente voltear al pasado con idealismo y al futuro con incertidumbre. La idea central, detrás del texto, es que se presenta a Luis Echeverría una encrucijada. Tiene, frente a él, el camino inmóvil de sus predecesores o la posibilidad de romper

---

<sup>90</sup> *Tiempo*, p. 138.

<sup>91</sup> *Tiempo*, p. 139.

<sup>92</sup> *Tiempo*, p. 165.

definitivamente con la inercia. Ve también con optimismo algunas acciones de sus primeros días de gobierno, como sus visitas a las regiones apartadas y olvidadas del país, su reconocimiento público de problemas escondidos por generaciones o su atención a viejas quejas campesinas de tierras y bosques, a pesar de que ello significaba enfrentarse a la iniciativa privada.<sup>93</sup> Fuentes dirige a Echeverría su predica, que anhela la construcción de un programa propiamente mexicano, tercermundista.

Política, economía, justicia, libertad y sociedad deben conjugarse en la creación de un modelo propio de desarrollo que nos salve de Estados Unidos y la URSS en su común desprecio hacia la autodeterminación e independencia de los países pequeños.<sup>94</sup>

Una de las posturas que más críticas acarrearón a Fuentes fue su defensa de Echeverría tras los acontecimientos del 10 de junio de 1971. Estaba convencido de que los hechos no respondían a una decisión tomada por la presidencia, sino que formaban parte de un intento de desestabilización orquestado por el gobernador de Nuevo León, Eduardo Elizondo; hombre cercano a los empresarios y con quien el presidente había tenido un desencuentro a raíz de su intento por eliminar la autonomía de la universidad autónoma del estado.<sup>95</sup>

Desde la perspectiva de Fuentes, las señales de apertura de Echeverría habían despertado la furia de los emisarios del pasado. Incluso, insiste en que el presidente libra una lucha en dos frentes: contra los enemigos del gobierno, representados por los grandes empresarios, y contra los mismos funcionarios dentro del gobierno que se oponen al cambio con tal de conservar sus privilegios, y están dispuestos a todo.<sup>96</sup> Para demostrarlo, cita una declaración del entonces presidente de la Coparmex, Guajardo Suárez, cuando reconoce que “la derecha es tan fuerte que

---

<sup>93</sup> *Tiempo*, p. 166.

<sup>94</sup> *Tiempo*, p. 178.

<sup>95</sup> *Tiempo*, p. 167-171.

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 179.

puede infiltrar muchos grupos juveniles para promover el radicalismo verbal y es espontaneísmo de izquierda.<sup>97</sup> En las páginas finales, habla desde su compromiso ideológico con la izquierda.

Fomentar el deseo revolucionario sin organización, estrategia u objetivos políticamente viables y concretos es fomentar el ascenso del fascismo nacional que se aprovecha del movimiento de la izquierda desorganizada.<sup>98</sup>

El asunto no queda ahí. *Terra nostra* es, posiblemente, la obra maestra de toda su producción novelística. Mientras que la cuestión principal que plantea Fuentes en la novela de 1975 es la construcción de la hispanidad, no deja de ser sorprendente por su relación con la realidad del México echeverrista. Desde mi perspectiva, *Terra nostra* es el gran intento del escritor por sistematizar y unificar su pensamiento estético, filosófico y político. Al mismo tiempo, transpone la historia de 1968 al reinado de Felipe II en la España del siglo dieciséis.

En entrevista para el programa *A fondo* de RTVE en 1977, Fuentes habla de su interpretación de la derrota de los comuneros a manos de Carlos V en Villalar como el fracaso de la promesa de la modernidad en España y la restauración de una forma de gobierno medieval y autoritaria, que interrumpió un proceso de democratización que había comenzado por la introducción de garantías y, y la independencia de los municipios: “El experimento democrático que pudo haber cambiado totalmente la ruta política de la América española fue frustrado en ese momento”.

El conflicto de Felipe II, presente a lo largo del libro, entre su afán por detener la historia, congelarla en el pasado y reducir el mundo a lo certero e inamovible; contra la posibilidad del cambio, de la revuelta, del mañana; es un espejo del sentido histórico que cobró el sexenio 1970-

---

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 184.

1977. La consciencia del monarca, que carga con el asesinato a traición de un grupo de jóvenes rebeldes, se debate con su anhelo antihistórico.

Ustedes están locos, están enfermos, descansen, regresen a sus hogares, el carnaval ha terminado, la fiesta no puede ser eterna, las desarmadas cruzadas del alma rebelde y aspirante terminan sacrificadas en las piras funerarias de los castillos señoriales, pierdan las ilusiones, no piensen lo imposible, acepten el mundo como es, no sueñen[...] No duden, no piensen, no sueñen, niños infelices: éste es el mundo, aquí termina el mundo, no hay nada del otro lado del mar y quien se embarque a buscar nuevos horizontes sería un miserable galeote en la nave de la estulticia: la tierra es plana y es el centro del universo, la tierra que ustedes buscan no existe, ¡no hay tal lugar, no hay tal lugar!<sup>99</sup>

El relato de *Terra nostra* es, ante todo, una defensa de la utopía, de la lucha por la justicia y la felicidad en la tierra. En otras palabras, que cobran especial relevancia, es una llamada a perseguir en el futuro *lo que pudo haber sido*: el triunfo de la reforma en España, el éxito de las Comunidades y su aspiración libertaria o la consumación de la Revolución Mexicana. La historia es un movimiento recursivo, las oportunidades se repiten, al igual que su frustración: la huida de Quetzalcóatl y su regreso en Cortés. Sólo cuando todo lo que pudo ser ocupe su lugar en el mundo, habremos superado nuestra tragedia. En la disyuntiva entre la permanencia y el cambio del régimen se expresan, simultáneamente, los episodios críticos de nuestro pasado. Así, la *memoria* vincula en el discurso de fuentes la tarea revolucionaria —la justicia social y el bienestar— con la reivindicación de *los vencidos*

Sabiendo lo que no fue, sabremos lo que clama por ser: cuanto no ha sido, lo has visto, es un hecho latente, que espera su momento para ser, su segunda oportunidad, la ocasión de vivir otra vida. La historia sólo se repite porque desconocemos la otra posibilidad de

---

<sup>99</sup> Carlos Fuentes, *Terra nostra*, *op. cit.*, t. 1, p. 137 (en adelante, *Terra*).

cada hecho histórico: lo que ese hecho pudo haber sido y no fue. Conociéndola, podemos asegurar que la historia no se repita; que sea la otra posibilidad la que por primera vez ocurra.<sup>100</sup>

En Paz y Fuentes no hay distinción entre arte y política. Me atrevería a decir que su obra entera es política —en el caso de Paz, esta postura corresponde a su cercanía con el surrealismo—.<sup>101</sup> Su gran obsesión es la historia inconclusa. La recurrencia que nos impide alcanzar la libertad y la justicia social. De esta forma, su empresa intelectual toda aspira a desentrañar el problema del bienestar. No podemos imaginarnos un *boom* latinoamericano sin la búsqueda del bienestar como trasfondo de la creación literaria. La Revolución Mexicana (no la de 1910, otra más difícil de materializar) es el gran fin de nuestra historia. Y para 1970, uno ve con escepticismo el intento de reinención de Echeverría, y el otro con gran optimismo. Paz no se distancia de los versos de *Piedra de sol* cuando dice “el origen se aleja, el fin se desvanece”.<sup>102</sup> Y con más razón, al escribir en 1974, parece plasmar su pronóstico: “la procesión del año: cambios que son repeticiones”.<sup>103</sup>

En conclusión, para personajes como Octavio Paz y Carlos Fuentes, el periodo echeverrista representa un momento de definición: la Revolución Mexicana puede solidificarse y recurrir al autoritarismo, o caminar hacia delante y encontrar un nuevo modelo de desarrollo que realice todas las promesas de 1910. En esta coyuntura, Emiliano Zapata y Rubén Jaramillo ofrecen modelos alternativos. El esfuerzo tercermundista, inclusive, se traduce en esas

---

<sup>100</sup> *Terra*, t. 2, p. 567

<sup>101</sup> Ya en 1951, Paz firma, junto a André Bretón y otros treinta y un escritores, un manifiesto en forma de octavilla titulado *Haute Fréquence (Alta frecuencia)*, en donde se pone de manifiesto que la transgresión del surrealismo no se dirige a contradecir las formas temporales, pasajeras; sino a luchar contra el escándalo que constituye el espectáculo del mundo y sus instituciones. Se dedica a la resolución de los principales conflictos que separan al hombre de libertad, para devolverle los poderes de los que ha sido despojado por las formaciones políticas tradicionales, comenzando por la España oprimida por el franquismo.

<sup>102</sup> Octavio Paz, *Obras completas*, t. 7: *Obra poética*, México, FCE, 2014, p. 545.

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 584.

experiencias arraigadas en lo local. Echeverría, entonces, voltea a ver a Paz, Fuentes, Fernando Benítez (y su suplemento México en la cultura) y Womack, en busca de respuestas.

Cierro esta sección con un fragmento de *La región más transparente*. En una discusión que sostienen Manuel Zamacona, joven intelectual, y Federico Robles, banquero de renombre, se ilustra de forma inigualable el dilema al que Echeverría se enfrenta al llegar a la presidencia.

La Revolución, al recoger todos los hilos de la experiencia histórica de México, nos propuso metas muy claras: reforma agraria, organización del trabajo, educación popular y, por sobre todas las cosas, superando el fracaso humano del liberalismo económico, anticipando el de los totalitarismos de derecha e izquierda, la necesidad de conciliar la libertad de la persona con la justicia social[...] Frente a este problema universal, ¿no cree usted que México encontró un principio de solución en el movimiento de 1910 a 1917? ¿Por qué no lo desarrollamos? ¿Por qué nos quedamos con las soluciones a medias?<sup>104</sup>

Una vez que hemos bosquejado el contexto político, económico, internacional, académico y literario del periodo, podemos dedicarnos a la lectura de las fuentes primarias. He agrupado el contenido cronológicamente. Es decir que iniciaremos con materiales de la precampaña y campaña presidencial, seguiremos con los discursos internacionales pronunciados en las giras del presidente Echeverría alrededor del mundo y concluiremos con los informes presidenciales, que abarcan hasta el 1º de septiembre de 1976.

#### CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

En octubre de 1969, el Partido Revolucionario Institucional publica el *Ideario* del entonces precandidato a la presidencia de la República, Luis Echeverría Álvarez. Este documento presenta

---

<sup>104</sup> Carlos Fuentes, *La región más transparente* en *Obras reunidas*, t. 2: *Capital mexicana*, México, FCE, 2007, p. 234.



una versión bien estructurada y accesible de la plataforma de campaña. Es interesante, a 50 años de distancia, contar con una fuente directa tan esclarecedora como esta. Aún más impresionante resulta, en los tiempos del *nems flash* y la ausencia de categorías en los debates cotidianos, que el primer capítulo esté dedicado a los conceptos políticos que guían el resto del ensayo.

Desde el primer momento, inicia su discurso sobre filosofía política recalcando que la única indicadora del horizonte mexicano debe ser nuestra propia realidad, y no la ajena. Aunque parecemos encontrarnos frente a una frase prosaica, habría que detenernos a analizar las implicaciones de definir lo político a partir de las circunstancias concretas.<sup>105</sup>

Otro concepto que llama la atención al instante es *la inconformidad como elemento creador*. Echeverría, en un discurso dirigido a estudiantes de la UNAM, intenta separar su movimiento de los preceptos tradicionales de Díaz Ordaz cuando dice: “tengo fe en la juventud porque la juventud es inconforme”.<sup>106</sup> Esta expresión es una muestra fehaciente de la estrategia política que sigue el echeverrismo: incorporar a las nuevas clases universitarias para poder darle cauce a las demandas populares dentro de las instituciones del partido —objetivo prácticamente abandonado apenas iniciado el sexenio—. Además, en esta sección encontramos una primera declaración de principios, formulada de forma negativa, poniendo un alto a una situación que no puede perpetuarse más, y con la que fácilmente podrían identificarse los disidentes y opositores al régimen autoritario. Así, la inconformidad se vuelve un valor clave para un gobierno que “sigue siendo revolucionario”.

Estoy inconforme con que hay analfabetos y niños sin escuela en el país; estoy inconforme con que aún haya campesinos sin tierra, sin trabajo y con que haya obreros

---

<sup>105</sup> Luis Echeverría, *Ideario*, México, PRI, 1969, p. 9 (en adelante, *Ideario*).

<sup>106</sup> *Ideario*, p. 19.

desocupados[...] estoy inconforme con la ignorancia y la injusticia; estoy inconforme con que haya aún gente que padezca sed y hambre en muchos sitios del país.<sup>107</sup>

Las innovaciones en el discurso político desde la cúspide no son menores. Echeverría intenta disminuir la distancia entre su electorado más renuente y, como Fuentes enfatiza, denuncia problemas de largo aliento que poco se habían mencionado en público. Reconoce que el proyecto revolucionario ha fallado e, incluso, lanza una ofensiva contra las burocracias corruptas que no llevan a cabo su labor de transformación. Más adelante, se apropia del eslogan “la autocrítica propicia el progreso”. Es preciso confrontar las ideas y la marcha del progreso con las realidades del país. Esta inclinación es, claramente, un dispositivo afectivo.

Lo que hemos comenzado a decir no puede desvincular el pensamiento del sentimiento. Todo será producto de sentir profundamente los problemas de México, de pensar, de reflexionar hondamente en los sentimientos del pueblo mexicano. Sí, pensar con el corazón; sí, sentir con la cabeza, eso integra al ser humano.<sup>108</sup>

Este uso de elementos afectivos que, además, hace explícito un rechazo a las formas rígidas de argumentación que representan a los sexenios pasados, busca generar lazos de identidad con las mayorías. Es una operación simbólica, en donde el estadista da importancia a la percepción del ciudadano y afirma ponerse en su lugar. Los sentimientos del pueblo encarnan por igual a un obrero industrial que a un vendedor de cuello blanco o a un elemento de la clase media educada. Resulta completamente comprensible que Echeverría haya elegido manifestarse de esa forma, en alguna ocasión, frente a la Alianza de Camioneros de la República Mexicana.

Intentó también recuperar una concepción colectiva de la sociedad, que no deja de atestiguar las ideas sobre la vida en comunidad que se profesaban, en ese entonces, entre los

---

<sup>107</sup> *Loc. cit.*

<sup>108</sup> *Ideario*, p. 22.

países socialistas de tradición marxista. A pesar de que hoy en día nos resultaría difícil pensar en estos términos, las palabras que Echeverría pronuncia frente a los trabajadores de Pemex son muy esclarecedoras y pueden ser útiles, por su cariz romántico, para imaginar una forma de pertenencia y de identidad diferente a la que ofrece un régimen plural de libre mercado.

Pensemos que todos debemos supeditar nuestras esperanzas, ambiciones y afanes al interés colectivo de México, con espíritu de solidaridad social, pensemos que la colectividad está antes que nosotros; que nosotros, cada uno en particular, somos transitorios, somos accidentales, somos intercambiables. Lo que importa es el espíritu y el cuerpo total de México.<sup>109</sup>

Dejando de lado la veracidad de las intenciones de Echeverría el hombre, este discurso representa la lógica detrás de la construcción de la experiencia individual a partir de lo colectivo. Al menos, esas son las ideas que se ofrecen en respuesta a la creciente atomización de la sociedad, cada vez más difícil de agrupar bajo una misma bandera.

Una vez que ha hecho énfasis en la importancia de la unidad para superar los desafíos nacionales, recurre a la Revolución como fuente de la justicia social. De esta forma, dota a su programa de gobierno de una base de legitimidad, tanto moral como jurídica (al mencionar la Constitución del 17). Por ello, es lógico que comience con la reforma agraria como la gran promesa de su sexenio. Sobre todo, promete hacer cumplir los ideales de Zapata —dentro del margen de la ley, si es que eso es posible—. Recordemos el papel que juega Zapata en las letras mexicanas como prototipo de único camino posible de la Revolución Mexicana. Este mensaje, además de estar dirigido a los sectores campesinos, entra en diálogo frontal con los universitarios y los intelectuales. De cualquier manera, Echeverría está demostrando que ha escuchado a las voces más importantes dentro de la crítica.

---

<sup>109</sup> *Ideario*, p. 23.

Otro punto en el que busca diferenciarse radicalmente de sus antecesores es en el papel histórico que debe ocupar la juventud. Entre los movimientos de masas que aparecieron en el siglo veinte, tanto en la izquierda como en la derecha, las juventudes conformaban la avanzada de los ideales revolucionarios. Juventud era sinónimo de transformación, mientras que vejez sinónimo de inmovilidad. El hecho de que Echeverría reconozca que “la revolución fue hecha por la juventud” y que, desde entonces, promueva como necesidad fundamental de una reforma política ampliar la edad de voto a los 18 años, es una forma de restablecer el pacto con las nuevas generaciones y responder a los cambios demográficos que se habían desarrollado en las últimas décadas. En retrospectiva, podemos decir que estos intentos de democratización difícilmente tenían en cuenta que la estructura de la sociedad estaba experimentando transformaciones importantes. La aparición de una clase media, urbana y letrada cada vez más importante, como consecuencia del mismo desarrollo propiciado por el Estado revolucionario, conllevó la aparición de necesidades y demandas distintas, que no podían ser resueltas por medio de la simple participación electoral.<sup>110</sup>

Entrando de lleno en el ámbito de la política social, el precandidato traza un plan basado en la extensión de los servicios médico-asistenciales y de la seguridad social al campo. Condena que los esfuerzos sanitarios se hayan reducido a la comunidad de las ciudades. En estas ideas, se manifiesta francamente un intento de construir la imagen rural del proyecto de gobierno, alimentándose de un recurso al zapatismo para ampliar su legitimidad entre la clase campesinas.

El 15 de noviembre de 1969, Luis Echeverría compareció ante la IV Convención Nacional del Partido para protestar como candidato a la presidencia de la República. En su

---

<sup>110</sup> Para 1980, se estimaba que la clase media, definida como aquel “grupo que llevan a cabo tareas no manuales, que reside en su mayoría en centros urbanos y que desarrolla actividades ubicadas en el sector secundario y predominantemente en el sector terciario de la economía” representaba un 33% de la población. Véase a Soledad Loeza y Claudio Stern, *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, El Colegio de México, 1990.

discurso dedicado a las bases priistas, en el Palacio de los Deportes, trazó como gran eje de su programa de gobierno el desarrollo económico con objetivos sociales.

Los objetivos de nuestro desarrollo económico son esencialmente humanistas: se encaminan a lograr el más rápido crecimiento del país a través de la mejoría de sus hombres, de sus familias, de sus localidades, de sus regiones, de todas sus entidades políticas. Los cimientos económicos de México están ya erigidos, pero ahora nos aguarda lo más difícil: edificar sobre esos cimientos una estructura social plenamente justa.<sup>111</sup>

Con estas palabras, genera una expectativa clara entre el electorado. El modelo de desarrollo económico, que se ha alejado gradualmente de su vocación redistributiva, sufrirá un cambio de orientación. Se ha invertido en la producción, en infraestructura y en industrialización, pero ahora llega una etapa de repartición de los beneficios del crecimiento.

Enaltece el papel de los obreros y campesinos cuando declara que “el esfuerzo manual no es mercancía sino respetable fuerza creativa para la transformación social: trabajo es patriotismo”.<sup>112</sup> Introduce también, por vez primera, el problema de la educación. Ningún avance social es posible sin la educación popular. La universalidad de la educación primaria es posible, la nación debe producir maestros y aulas. Además, “las secundarias y preparatorias, las normales, los tecnológicos y las universidades son fuerza motriz para la transformación”.<sup>113</sup>

El Instituto Politécnico Nacional ocupa un lugar crucial dentro del desarrollo de la producción de bienes tecnológicos y de capital al interior del país. Echeverría rechaza el colonialismo tecnológico y propone la creación de cuadros técnicos que puedan investigar para satisfacer las necesidades de nuestro propio proceso productivo y cultural.<sup>114</sup>

---

<sup>111</sup> Luis Echeverría, *Pensamiento, doctrina: Discursos campaña electoral 1969-1970*, México, PRI, 1970, p. 24(en adelante, *Pensamiento, doctrina*).

<sup>112</sup> *Pensamiento, doctrina*, p. 27.

<sup>113</sup> *Pensamiento, doctrina*, p. 33.

<sup>114</sup> *Loc. cit.*

En otro discurso, pronunciado dentro de la gira en Michoacán el 21 de noviembre en Tiquicheo, Echeverría recurre a una frase muy significativa para defender el camino propuesto de libertades y justicia social: “queremos libertad con pan”.<sup>115</sup>

A la Revolución Mexicana se le plantean con frecuencia cierto tipo de incentivos. Se le señalan caminos procedentes del extranjero, a fin de que, con procedimientos que destruyan libertades, se apresuren procesos económicos[...] La Revolución Mexicana nunca ha pensado establecer una dictadura para rápidamente nivelar el estilo de vida de todos los mexicanos.<sup>116</sup>

Incluso habla, en la dimensión electoral, de la construcción de una *democracia social*, que permita al pueblo, mediante sus representantes, participar en la formulación de las políticas concretas que se traduzcan en cambios en las condiciones de vida de las mayorías.<sup>117</sup>

#### MÉXICO ANTE EL MUNDO

Sus intervenciones en el ámbito internacional demuestran que su concepción del bienestar no se limita a las fronteras nacionales. Frente a las Naciones Unidas, siempre defendió la importancia de la reforma del sistema económico mundial, que beneficiaba a los países desarrollados. En su discurso pronunciado ante la Asamblea General de la ONU en octubre de 1971, Echeverría incursiona en la esfera de la Economía Política Internacional.

Los mecanismos de comunicación han modificado las nociones de tiempo y espacio[...] esto agudiza los contrastes, hace menos tolerable la pobreza, más patentes las injusticias

---

<sup>115</sup> *Pensamiento, doctrina*, p. 84.

<sup>116</sup> *Pensamiento, doctrina*, p. 83.

<sup>117</sup> Luis Echeverría, *Práxis política*, México, Cultura y Ciencia Política, 1970, p. 75.

de la guerra de agresión y las faltas que se cometen en contra de la cooperación internacional.<sup>118</sup>

Pugró además por el fin de la era de la servidumbre, para dar paso a una nueva economía social e igualitaria que permitieran a todos por igual alcanzar la libertad, la salud, la alimentación, la vivienda, la educación y el pleno empleo. Su discurso frente al mundo tiene su núcleo articulador, y la fuente de su legitimidad y prestigio, en la defensa del bienestar como derecho de todas las naciones, sin importar su riqueza.

Las demandas de la mayoría internacional no deben ser desoídas. Nuestros pueblos buscan respuestas y soluciones a problemas que arrastran desde hace muchos siglos, y quieren encontrarlas pronto.<sup>119</sup>

Su oposición a los centros de influencia mundial, que imponen a los demás países las condiciones para el intercambio, es una clara estrategia de formación de un enemigo. Al trazar esta línea entre los países del Grupo de los 77, en desarrollo, y los países del norte que impiden su acceso al desarrollo social y a los beneficios de la ciencia y el progreso material, Echeverría utiliza un discurso antagónico.

Ningún equilibrio puede fundarse sobre la inconformidad de la mayor parte de los habitantes del mundo. Nuestros pueblos tienen conciencia de que su miseria produce riqueza para otros[...] Negarse, en cambio, a cooperar para que disminuyan las disparidades entre los pueblos, es evitar que adquieran contenido real los principios de las Naciones Unidas.<sup>120</sup>

---

<sup>118</sup> Dirección General de Documentación e Informe Presidencial, *México ante el mundo: Textos internacionales del Presidente Luis Echeverría, Diciembre 70/agosto 74*, México, Secretaría de la Presidencia, 1974, p. 50 (en adelante, *Textos internacionales*).

<sup>119</sup> *Loc. cit.*

<sup>120</sup> *Textos internacionales*, p. 124.

El 10 de abril de 1973, el presidente compareció ante los delegados permanentes de la UNESCO. En esta ocasión, trajo el problema de la desigualdad también al frente de la cultura. Denunció el uso del progreso científico y tecnológico para consolidar el poder de los grandes centros de decisión que, en lugar de ponerlo a la disposición del mundo subdesarrollado, se esforzaban por crear una demanda artificial de satisfactores y una ética manipulada que encubren la servidumbre. Las desigualdades, entre personas y naciones, y su tolerancia implica reconocer que existen diversas categorías de seres humanos.

El pensamiento cosmopolita convencional nos hace creer que en el subdesarrollo impera la lógica de lo local, frente a un proyecto universal importado desde las metrópolis. Sin embargo, para Echeverría la historia prueba lo contrario. Fueron los conquistadores quienes exportaron particularismos intransigentes, despreciaron culturas y crearon rupturas entre los pueblos que persisten hasta el día de hoy, todo ello con el propósito de facilitar la ocupación.<sup>121</sup>

El manejo deliberado de los medios de comunicación para crear una economía de lo superfluo, avasallar la imaginación y provocar serviles reflejos imitativos, contrarresta los esfuerzos de liberación humana. Si la sociedad homogénea, que la ciencia ha vuelto posible, entrañara la sustitución del pensamiento crítico por el automatismo de las conciencias, habríamos aceptado la más intolerable de las dictaduras.<sup>122</sup>

Al visitar la Unión Soviética y China, hablaba incluso de que “el heroísmo del pueblo vietnamita enterró la prepotencia bélica como factor de la historia”.<sup>123</sup> Por cierto, debemos señalar que ambos países apoyaron con entusiasmo la aparición de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Entre las razones que lo llevaron a iniciar la gira se encontraba, precisamente, agradecer el respaldo de las naciones del Segundo y Tercer mundos y promocionar

---

<sup>121</sup> *Textos internacionales*, p. 279.

<sup>122</sup> *Textos internacionales*, p. 280.

<sup>123</sup> *Textos internacionales*, p. 317.



el subsecuente desarrollo de las relaciones sur-sur en este marco. Durante este viaje, por ejemplo, se celebró el primer convenio comercial sino-mexicano.

Propuso también frente a la FAO, en febrero de 1974, la Creación de un Banco Mundial de la Alimentación y la Investigación, que pusiera en funcionamiento una reserva de cereales en patrimonio común de todos los países. En un mensaje dirigido a la Nación desde la Plaza de la Constitución, a su regreso de Italia, condenó a aquellas sociedades opulentas que ven en los recursos naturales del Tercer Mundo sus reservas privadas.<sup>124</sup>

El periodo echeverrista se caracterizó por un fuerte activismo en el campo internacional. El presidente llevó a los foros más importantes de la comunidad internacional su discurso basado en la lucha por la igualdad y el bienestar. Resulta cuando menos extraño, si no es que preocupante, que hoy en día los planes de estudios de Relaciones Internacionales dediquen poca atención al sexenio 1970-1976. Los textos internacionales de Echeverría deberían ocupar un papel más importante dentro de la discusión de los teóricos de las RRII mexicanos y latinoamericanos simplemente por su relevancia histórica y, además, porque no carecen de ideas bien articuladas que puedan dialogar con la disciplina en la actualidad. Si a la larga la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados fracasó en su cometido, al mismo tiempo las soluciones planteadas en esta década perdieron el interés de los universitarios.

#### INFORMES DE GOBIERNO

Al concluir su primer informe de gobierno en septiembre de 1971, Echeverría ofrecía una lista de los principales objetivos que su administración, recién inaugurada, perseguiría durante los siguientes seis años. De estos 16 puntos, que conciernen a todos los sectores de la intervención gubernamental, 4 apuntan directamente al bienestar de las mayorías: la gran reforma del sistema

---

<sup>124</sup> *Textos internacionales*, p. 438.

educativo, la distribución del ingreso, la mejora de la vida en los centros urbanos y en las regiones más apartadas, y la integración al desarrollo de las zonas marginadas.<sup>125</sup> Al mismo tiempo, realza la importancia de su periodo como momento de cambio y de definición del modelo de desarrollo que guiará la acción pública en el futuro.

Encontramos, por cierto, algo parecido en su discurso de toma de protesta como presidente de la República, en diciembre de 1970. Este discurso, además, es interesante en tanto que presenta, con suma claridad, la mayor preocupación de Echeverría al inicio de su mandato: el desarrollo ha sido exitoso, pero no ha cumplido con su propósito social. El equilibrio de las instituciones y el incremento de la riqueza no son la solución a los grandes problemas de México.

La excesiva concentración del ingreso y la marginación de grandes grupos humanos amenazan la continuidad armónica del desarrollo[...] Alentar las tendencias conservadoras que han surgido de un largo periodo de estabilidad, equivaldría a negar la mejor herencia de nuestro pasado. Repudiar el conformismo y acelerar la evolución general es, en cambio, mantener la energía de la Revolución.<sup>126</sup>

Un año después, al iniciar su segundo informe de gobierno, el presidente defiende un concepto de desarrollo que se aleja de la ortodoxia, y que va a conservar los próximos cuatro años. El verdadero desarrollo es un proceso cualitativo. Sus efectos no pueden, ni deben, medirse en la escala del PIB o del crecimiento de las exportaciones. De hecho, el crecimiento económico puede, y suele, ir acompañado del retroceso.

Un crecimiento cuyos beneficios se concentraran en pequeños grupos o regiones, una restauración virtual de antiguas pseudoaristocracias, un gigantismo urbano originado en la miseria rural, no sería sino apariencia de desarrollo.

---

<sup>125</sup> Dirección General de Documentación e Informe Presidencial, *Seis informes de gobierno*, México, Secretaría de la Presidencia, 1976, p. 32. (en adelante, *Informes*).

<sup>126</sup> Luis Echeverría, Discurso de toma de protesta como presidente de México, s.p.i.

Este argumento busca justificar algunas medidas económicas de su administración, que, en sus propias palabras, pone el poder adquisitivo de las clases populares por encima del ritmo de crecimiento. No podemos dejar de notar las similitudes con la retórica que el presidente Andrés Manuel López Obrador ha desarrollado durante su primer año de gobierno.

Más tarde, Echeverría declara que es *el bienestar* la razón de su programa económico. El impulso que el Estado da a la economía nacional debe ser progresista. Las inversiones en infraestructura, en capacidades productivas y en todos los demás ámbitos está orientada por la tarea de mejora de las condiciones de vida de la ciudadanía. El motor mismo del crecimiento será la política de vivienda, de empleo, de salarios justos y de redistribución entre las regiones y los grupos sociales.<sup>127</sup> Dedicar también algunos minutos a hablar de la cuestión fiscal, y de la necesidad de elevar la recaudación proveniente de los deciles de mayores ingresos para incrementar la autonomía del Estado respecto a los créditos internacionales o nacionales, en su trabajo en búsqueda del beneficio colectivo.

Es de notar que, de acuerdo a las cifras proporcionadas, casi un tercio de la inversión total se destina a programas de beneficio social. Se enfatiza que en la distribución de los recursos se privilegia a las entidades de menor desarrollo, orientando el gasto bajo un principio de equidad que pone primero a los más vulnerables.<sup>128</sup> Reitera, de nueva cuenta, el carácter cualitativo del programa económico de la administración. La insistencia en este punto a lo largo del informe, por sí misma, nos habla de su prioridad dentro del mensaje dirigido a la ciudadanía.

Las metas económicas que nos hemos trazado son eminentemente cualitativas. Hemos creado las bases, a casi dos años de gobierno, de un desarrollo que permite un a mejor

---

<sup>127</sup> *Informes*, p. 39.

<sup>128</sup> *Informes*, p. 40.

distribución del ingreso y corrige gradualmente los desequilibrios sectoriales y regionales.<sup>129</sup>

El Ejecutivo parece supeditar la formulación del programa de gobierno en su totalidad al criterio de la justicia social, y no tiene miramientos al momento de comunicarlo. Dentro de este plan, se hacen grandes inversiones en el sistema educativo y en la seguridad social. No tenemos más que imaginarnos la dimensión de los incrementos que la administración otorga a estas áreas del desarrollo social —estamos hablando de un país cuyo PIB, en esos momentos, crecía a una tasa de alrededor del 7%—. Basta con poner de ejemplo el incremento presupuestal de 23%, en relación con el año anterior, al ramo educativo. De todas las aulas que había erigido el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas desde su creación en 1944, 20% se construyeron exclusivamente en 1971. En tan sólo un año el Instituto Nacional Indigenista duplicó sus Centros Coordinadores, encargados, entre otras cosas, de la educación entre la población indígena.

Incluye dentro de sus preocupaciones principales la disparidad que existe entre los trabajadores que forman parte de un sindicato y los que sólo se contentan con recibir las prestaciones mínimas establecidas en la ley. Recordemos que las brechas en las prestaciones laborales siguen siendo un serio problema hoy en día, principalmente entre quienes están incorporados a la seguridad social y quienes trabajan en el sector informal de la economía. Hubo un aumento de 20% en los salarios mínimos y ocupó el centro de la política de generación de empleo el sentido distributivo.<sup>130</sup>

Se plantea también la necesidad de transformar a las instituciones de la seguridad social para adaptarse al medio rural. Es interesante, sin embargo, que dentro de un proyecto

---

<sup>129</sup> *Loc. cit.*

<sup>130</sup> *Informes*, p. 43.

reformador tan amplio no se haya contemplado en ningún momento la universalización de los servicios de protección social, ni siquiera como alternativa. Tal parece ser que las presiones provenientes de la estructura representativa del PRI ocupaban un lugar demasiado importante como para poner en peligro la relación con las centrales, principales beneficiarias de la fragmentación de la oferta en salud.

Vemos que hay un intento consistente por hacer partícipe al campo de los beneficios del crecimiento y de la solidaridad social. Más aún, la creación del INFONAVIT busca garantizar el derecho a la vivienda en todas las regiones del país. Este es, quizá, uno de los momentos más importantes de la administración. A un año de su aparición, el Instituto operaba con una capacidad de construcción de 100 mil casas al año.<sup>131</sup>

Hacia el final del informe, al hablar del sector salud, encontramos una idea de extrema importancia para nuestra investigación. El presidente ve en la salud y el bienestar social los medios y fines del proceso revolucionario.<sup>132</sup> En otras palabras, podemos decir que sin salud y bienestar social la Revolución misma carecería de sentido, junto con el sistema político que la ordena y su modelo de desarrollo.

En su tercer informe de gobierno, el sistema de abasto popular ocupa un lugar destacado. Ve en la acción de la CONASUPO una “forma racional y justa de transferir ingresos a los grupos de menor poder adquisitivo y de fortalecer la alianza entre el régimen revolucionario y las mayorías nacionales”.<sup>133</sup> Se introduce también el Fideicomiso de Interés Social para el Desarrollo Urbano del Distrito Federal (FIDEURBE), la Procuraduría de Colonias Populares y se habla con entusiasmo de los programas de regeneración de ciudades perdidas, dirigidos a las zonas

---

<sup>131</sup> *Informes*, p. 44.

<sup>132</sup> *Informes*, p. 45.

<sup>133</sup> *Informes*, p. 69.

deprimidas.<sup>134</sup> Estos proyectos van más allá del puro combate a la pobreza, y reflejan un compromiso amplio con los incipientes derechos a un medio ambiente sano, a la vida en la ciudad e, incluso, a los espacios verdes. Además, se insertan en el programa de crecimiento económico, que orienta el desarrollo del sector de la construcción a la satisfacción de las necesidades de las personas desprovistas. Es difícil decir cuáles fueron los resultados concretos de la política de desarrollo urbano de Echeverría, especialmente a tantos años de distancia, ante la ausencia de registros precisos del gasto público, y tras los grandes cambios que ha sufrido la periferia de las ciudades.

En materia de desarrollo urbano, hemos dado una atención preferente a las obras de infraestructura y al mejoramiento de las zonas populares. Grandes colonias y aun verdaderas ciudades de desposeídos, sin calles ni servicios, fueron transformadas en escenarios dignos para la vida humana, como ha ocurrido en el caso de Ciudad Nezahualcóyotl[...] Continúan los trabajos del Plan Acapulco, así como el esfuerzo federal de mejoramiento urbano en Ciudad Juárez, Ciudad Madero, Matamoros, Nuevo Laredo, Tampico y colonias populares de Veracruz.<sup>135</sup>

Ya en este momento, comienza a manifestarse una creciente oposición entre la política de Echeverría y el empresariado. Es falso, sin embargo, que la animadversión del Ejecutivo vaya dirigida a todos los integrantes de la clase empresarial por igual, como lo han hecho ver algunos analistas del periodo. El mismo presidente diferencia claramente entre una clase de empresarios solidarios y leales a la revolución, sin los cuales el progreso no sería posible, y un grupo de individuos, eminentemente extranjerizados, que sólo actúan de acuerdo a sus intereses privados. Por medio de esta distinción, construye dos figuras que seguirán presentes en el vocabulario

---

<sup>134</sup> *Informes*, p. 79.

<sup>135</sup> *Informes*, p. 78.

político hasta nuestros días: el empresario patriota y el “vende patrias”. En la figura del vende patrias se reafirma la idea dependentista de la burguesía nacional, supeditada a los grupos económicos de los países centrales. Aún teniendo este matiz en consideración, es cierto que el discurso presidencial abandona la relativa moderación que lo había caracterizado en periodos anteriores, y se acerca cada vez más a las clases vulnerables en busca de complicidad.

El Gobierno de México no podría pedir a las clases populares que resistan ellas solas el peso de la inflación, mientras ciertos grupos minoritarios aprovechan, en su beneficio, las condiciones del mercado.<sup>136</sup>

Esta tendencia hacia la precarización de la relación del gobierno con un sector transnacional — o llamémosle globalizado— del empresariado va a continuar a lo largo del sexenio. Con motivo del cuarto informe, la postura oficial comienza a acercarse a la hostilidad.

El apoyo y fomento que damos a la actividad industrial no busca favorecer, entiéndase bien, a una clase minoritaria y determinada, que es la que importa más artículos suntuarios, la que sigue llenando las páginas sociales de damas enojadas ante el hambre del pueblo, sino el reparto equitativo de los beneficios que la producción debe dar a todos los que intervienen en ella.<sup>137</sup>

En el mismo informe, destaca dentro de la política social la creación del Fondo Nacional para el Fomento y Garantía al Consumo de los Trabajadores (FONACOT), un mecanismo eminentemente financiero con el objetivo de aumentar el ahorro entre las familias trabajadoras y combatir la subida de los precios, no sin advertirle a sus detractores del sector privado que, con su eficaz funcionamiento, desmentirá sus sinrazones.<sup>138</sup>

---

<sup>136</sup> *Informes*, p. 81.

<sup>137</sup> *Informes*, p. 101.

<sup>138</sup> *Informes*, p. 108.

El Gobierno de la República reitera su decisión de llevar hasta sus últimas consecuencias la lucha que dirige contra el acaparamiento y la especulación, contra la intermediación necesaria y el desmedido afán de lucro que propicia la elevación de los precios.<sup>139</sup>

Antes de continuar, conviene mencionar que la Primera Convención Nacional de Salud, celebrada en julio de 1973, permitió al gobierno federal formular el primer Plan Nacional de Salud 1974-1983, evento importante dentro de la búsqueda de la administración por ampliar la cobertura, particularmente entre la población no derechohabiente.

Para 1975, en su quinto y penúltimo informe, Echeverría inaugura su discurso con un ataque frontal a los defensores del modelo estadounidense de desarrollo. Tras rechazar tajantemente que sea posible aplicar las mismas fórmulas a todos los países, por encima de los valores propios, denuncia por primera vez la presencia del *colonialismo interno* en nuestro país. Debemos darle la importancia debida a este hecho. El que estas declaraciones se encuentren en primera plana, y al comienzo del documento, dice mucho sobre la situación en la que se encuentra el Ejecutivo para ese punto.

Los intentos por controlar la inflación no han sido exitosos. Conforme se acerca el final del sexenio, la situación macroeconómica se deteriora y la respuesta de Echeverría es, cada vez más, radicalizar su visión social para encontrar el apoyo del pueblo. Entra, además, en pleno combate con los sectores financieros y empresariales que se han alejado del proyecto y de las instituciones revolucionarias. Esta decisión coincide, sin duda alguna, con su política exterior, que se ha vuelto plenamente contestataria en su oposición a las políticas comerciales de los países industrializados. Este proceso es esencial para comprender el periodo sucesivo de López Portillo, pues mientras que el sistema político, desde la Presidencia, trata de incorporar a las clases medias y al sector estudiantil, al mismo tiempo genera una ruptura con el empresariado, que a la larga

---

<sup>139</sup> *Loc. cit.*



desencadenará los eventos de 1982 y la posterior apertura del régimen económico. Tratando de brindar a las instituciones un mayor contenido social, Echeverría propicia el desencuentro con otro sector, cuyo poder se encuentra en ascenso. Parece ser que conforme empeora la situación macroeconómica y la relación con el capital financiero, más importancia adquiere el bienestar y la redistribución dentro del discurso oficial y más recurre el presidente a ellos como último recurso. Al perder lentamente el control de la economía a manos de un mercado globalizado, el Estado retrae violentamente sus funciones a la dimensión social.

México, en 1975, fue sede de la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer de las Naciones Unidas. Echeverría dedica unos comentarios y, una vez más, articula el tema con el combate contra la desigualdad y la pobreza.

Hicimos ver que si bien en todos los sitios del planeta la mujer sufre una situación desigual, es en los pueblos del Tercer Mundo donde este tipo de injusticia adquiere su dimensión más grave, pues no hay peor forma de explotación y de discriminación femenina, que la de aquellas mujeres que no tienen pan, escuela o medicinas para sus hijos.

Llegamos, finalmente, al sexto informe de gobierno de 1976. Entre sus primeras palabras, el presidente Echeverría llama *programa del pueblo* al programa que se propuso en 1970 y que se cumplió a cabalidad. A penas a unos momentos de iniciado el discurso, dirige otra advertencia a sus adversarios de la clase empresarial.

Hoy como ayer, deben entenderlo los conservadores, los peones de intereses extranjeros y los pusilánimes: al pueblo, a nuestro pueblo, corresponde ser el protagonista de su historia.

Llama la atención que llame *conservadores* a sus contrincantes cuando, en estricto sentido, son ellos los que promueven un cambio radical en la política económica de los gobiernos revolucionarios.

Esto adquiere sentido si pensamos, como Echeverría y sus coetáneos, en la Revolución como un movimiento progresivo que, paulatinamente, se acerca a la consecución de un fin racional y moralmente superior. Este pensamiento *revolucionario*, con apego al significado original del término, ve en los intentos de las élites nacionales e internacionales por recuperar su control sobre la toma de decisiones y su predominancia sobre la sociedad una fuerza de la *reacción*. Para que esta tesis sea comprensible, debemos pensar en la historia del siglo veinte dividida en un antes pre-revolucionario y un después. Los ataques desde las clases privilegiadas al programa revolucionario son intentos por restaurar el régimen pre-revolucionario, por más que pretendan ser un camino hacia la modernidad. Las conquistas alcanzadas por los sectores obreros, campesinos y populares aún son reversibles y pueden perderse a manos de los grandes terratenientes por medio de un proceso de *contrarrevolución*.

Al sintetizar las 40 reformas y adiciones a la Constitución aprobadas durante su período, reconoce haber transformado el derecho mexicano para ponerlo al servicio de pueblo. La característica que comparten las iniciativas es tratar, de distintas formas, de sujetar el proceso de desarrollo a las demandas de las mayorías y a la garantía del bienestar por igual a todos los ciudadanos.<sup>140</sup> Dedicó un párrafo, también, a hablar de los viajes que hizo a todas las zonas del país. No puedo dejar de hacer un símil con la actual política de visitas a las entidades del presidente López Obrador y sus comentarios al respecto.

Como lo ofrecí a la Nación, no ha habido una semana del sexenio en que, en promedio, no hayamos visitado algún rincón de la provincia mexicana. No existe sitio alguno del país alejado del interés y de la solidaridad del Gobierno Federal. En cada región siempre encontré en sus hombres, en sus mujeres, en sus jóvenes, el mismo deseo de superación,

---

<sup>140</sup> *Informes*, p. 166.

la misma comprensión, el mismo apoyo y la misma entrega al engrandecimiento de la patria. De todos ellos guardaré siempre un recuerdo imperecedero.

Es el mismo intento por acortar la distancia entre el mandatario y sus bases electorales, por ofrecer una imagen empática y cercana a las realidades del día a día. Un intento por establecer un vínculo personal con el ciudadano y hacer desaparecer, de un momento a otro, la barrera que las burocracias y la administración técnica levantan entre pueblo y gobierno.

Todavía, durante su último año de gobierno, se crea el Instituto de Seguridad Social de las Fuerzas Armadas Mexicanas (ISSFAM) —un éxito más de las presiones de grupos organizados dentro del pacto corporativo— y hay un intento por emprender una gran reforma penitenciaria que da origen al Instituto Nacional de Ciencias Penales. En el centro de la iniciativa se encuentra la preocupación por el bienestar de los reclusos, y trata de girar hacia una política de rehabilitación a través de la educación y del trabajo, más que de castigo. Se anuncia la construcción y mejoramiento los penales, así como la desaparición de Lecumberri, que pone fin a “una larga secuela de injusticias y vejaciones a la dignidad humana”.<sup>141</sup> Nace también la empresa de Promoción y Desarrollo Industrial (PRODINSA), con el objetivo de vender productos elaborados al interior de los penales para brindar a los internos de fuentes honestas de ingresos.

Antes de concluir su último discurso frente al Congreso de la Unión, Echeverría esboza una teoría del bienestar dentro de la Revolución Mexicana.

Es en la política social donde los gobiernos surgidos de una revolución ponen a prueba su legitimidad y su eficacia. Las conquistas populares no se traducen a la realidad por el solo hecho de haber quedado plasmadas en la Carta Fundamental. Su aplicación exige el

---

<sup>141</sup> *Informes*, p. 169.

impulso constante y organizado de las nuevas fuerzas sociales para avanzar en la destrucción de las estructuras del pasado y construir las del porvenir.<sup>142</sup>

Y aún más, acusa a las administraciones anteriores de haber postergado las obligaciones emanadas de la Revolución y que dan razón de ser al sistema político mexicano en su conjunto.

En 1970 los postulados esenciales de la Constitución que disponen el reparto equitativo de la riqueza y la justicia en las relaciones colectivas habían sido sometidos a graves aplazamientos. Con el abandono circunstancial de los principios y la desviación de los objetivos, se cultivó una mentalidad individualista a ultranza y fuimos víctimas de una penetración ideológica cuyo máximo signo de éxito es el enriquecimiento de una minoría a costa de la explotación del hombre y cuya concepción de la vida se reduce a un sentido de la competencia que desconoce los más altos valores humanos.<sup>143</sup>

Recurre nuevamente al origen revolucionario, sobre todo a la gesta de Emiliano Zapata, para dejar en claro que las instituciones deben su creación a los campesinos y a los obreros. El discurso alcanza su punto culminante cuando ve en las masas populares a los “verdaderos autores de Derecho Social Mexicano, precursor en el mundo”.<sup>144</sup> Con esto, el presidente traza explícitamente una línea desde el pasado, momento en que se manifiesta la voluntad general, como origen de la legitimidad de todos los actos de su gobierno. Pasando por el campo de la política económica, hasta el área de la política social propiamente dicha, la administración no ha hecho más que seguir las prescripciones asentadas en la Constitución. El verdadero autor del sexenio 1970-1976, incluyendo sus aciertos y sus errores, es el pueblo de México. Reafirma también que, a diferencia de Estados Unidos con su *self made man* o de la Unión Soviética con su

---

<sup>142</sup> *Informes*, p. 177.

<sup>143</sup> *Loc. cit.*

<sup>144</sup> *Informes*, p. 178.

*proletarios de todos los países...*, los campesinos y obreros mexicanos son el actor histórico de la Revolución Mexicana y los gobiernos que le siguen.

Una vez más, y a manera de despedida, se lanza contra el bloque de países industrializados al denunciar como ilegítimo el derroche de bienes a través de hábitos de consumo inmoderados, en el mundo desarrollado, mientras que dos terceras partes de la humanidad padecen hambre. Arremete también, por obvias razones, contra los tenedores de crédito.

Hay quienes desde algunas empresas privadas critican el subsidio al consumo popular. Olvidan o pretenden pasar por alto que son ellos precisamente los que, a pesar de haber gozado en el pasado de subsidios de todo orden, no han puesto los satisfactores fundamentales al alcance de las mayorías, ni han creado, con sus ganancias, los suficientes empleos para reducir la marginación social.<sup>145</sup>

Este episodio, curiosamente, termina de forma muy similar a la salida de López Portillo en medio de la crisis de la deuda de 1982 y el decreto de nacionalización bancaria. Aunque la retórica echeverrista no alcanza el nivel de dramatismo de su sucesor, los elementos constitutivos del discurso populista ya están presentes y abren la puerta a un periodo de alta inestabilidad e incertidumbre, no sin grandes expectativas entre la ciudadanía por una verdadera transformación de sus condiciones de vida.

Es posible pensar que Echeverría, con tal de demostrar a la nación que el Partido y su gobierno eran más necesarios que nunca y eran no sólo capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias y dificultades, sino que serían los únicos que verían por la consecución de la justicia social, permitiera el florecimiento de demandas emergentes que, a la larga, no podrían ser satisfechas unilateralmente desde la lógica estatal. Sobre todo, a partir del momento en que

---

<sup>145</sup> *Informes*, p. 181.

el crédito internacional le cerró las puertas a América Latina y no hubo más remedio que reducir el gasto, estabilizar y seguir las prescripciones de la nueva escuela de pensamiento liberal que comenzaría en Inglaterra y tendría sus efectos más radicales en los países pobres.

En los últimos minutos de su intervención, y tras hablar sobre la amplia participación del electorado en los comicios de 1976, hace constar que no hay más camino que aquel que la Constitución demanda. Y la Constitución, por supuesto, demanda la conclusión de la obra revolucionaria.

El significado de los comicios: el sentido con que se expresó la voluntad de los mexicanos es inequívoco. No se trata, por cierto, de un refrendo al desempeño concreto de este Gobierno, cuyos alcances los habrá de considerar la historia. Se trata de la continuidad profunda que la Nación espera en su esfuerzo por el desarrollo. Se trata de una decisión irrevocable: la de seguir avanzando por el rumbo que la Constitución señala.

Así, hace constar que su gobierno se encausó dentro del único camino posible, el de la Constitución, el de la Revolución institucionalizada. No puede verse como un conjunto de acciones aisladas, resultado de su gestión y sólo su gestión, sino que debe ser considerado una simple interpretación de la labor histórica, casi teleológica, inaugurada en 1910. Labor que debe continuar, con el amplio apoyo de las mayorías y de las clases populares. Las últimas páginas de la historia que escribió Echeverría deben ser un excursus sobre la *continuidad*, sobre todo, porque se trató del sexenio del *cambio*. Y, para finalizar, no deja de hacerse presente una dimensión *proustiana* en la búsqueda del mandatario, ya sea que leamos sus palabras de manera literal o figurativa. Quizá, en esta ambivalencia, radica la riqueza de este periodo de nuestra historia.

Son precisamente las acciones no cumplidas y los silencios cómplices del pasado lo que obligó en estos años, al pueblo y al gobierno de México, a realizar un esfuerzo sin

precedentes, para recuperar *el tiempo perdido* [letra cursiva agregada] y restaurar el rumbo de la Revolución.

Sería importante contrastar, en otros trabajos, el contenido del discurso oficial con su realidad en la práctica cotidiana. De la misma forma, no estamos en ningún momento evaluando la veracidad o el grado de cumplimiento de los preceptos expuestos por el presidente en sus mensajes al público. Esas interrogantes quedan, desgraciadamente, fuera del espacio con el que contamos para la presente investigación. Sin embargo, eso no representa un obstáculo a nuestros fines.

Lo que nos hemos propuesto ha sido recrear el contenido del mensaje presidencial, tal y como fue formulado. Y, sobre todo, observar su relación con el bienestar. Hasta este punto, revisado el periodo de Echeverría, puedo decir que nuestra tarea marcha bien. Ahora, debemos fijarnos en su sucesor. Al igual que a Echeverría, la *comentocracia* lo ha relegado a aquel episodio oscuro de la historia mexicana pre-1982. Con más razón, nos vemos obligados a hacer un esfuerzo para descifrar el sexenio que comienza en 1976 e identificar el programa político-económico que trató de constituirse, con poco éxito, como alternativa a la liberalización del último tramo del siglo veinte.

## CAPÍTULO 2. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO EN LA ENCRUCIJADA

Para estudiar el periodo presidencial de López Portillo, comprendido entre 1976 y 1982, comienzo haciendo un recuento de las condiciones económicas del sexenio. A continuación, hablo sobre algunos de los hechos más importantes de su gobierno, así como sobre las reformas que impulsó desde el Ejecutivo. Posteriormente, examino brevemente la política internacional y la proyección de México hacia el exterior durante su mandato. Termino las consideraciones previas revisando el papel de los académicos e intelectuales dentro de la discusión pública, y tomando nota de las transformaciones principales que sufrió el mundo de la cultura.

Una vez que cuento con los elementos mínimos para ofrecer una visión general del contexto, analizo la producción discursiva. Primero, por medio de la obra novelística; después, a través de discursos de campaña y discursos pronunciados en los estados, textos doctrinarios, documentos internacionales y, por último, informes de gobierno. De esta forma, busco ofrecer un panorama lo suficientemente amplio, pero accesible, de la persona pública construida por el presidente, prestando especial atención a su relación con las reivindicaciones sociales y redistributivas.

Para este periodo, podemos definir tres rasgos constitutivos. El primero, y más relevante para nuestra investigación, es la aparición de una ruptura en el seno del Estado entre aquellos que defienden la continuidad del modelo revolucionario, y los partidarios de la apertura y modernización de la economía. Esta ruptura, a su vez, está enmarcada dentro de la caída del estatismo a nivel mundial, y la avanzada del neoliberalismo entre los gobiernos de los países desarrollados; y se refleja en el debate intelectual —en última instancia, la aparición de *Nexos* y de *Vuelta*, tras la salida de Julio Scherer del periódico *Excelsior*, es resultado de esa escisión—.



El segundo rasgo definitorio es el adverso panorama económico que acompaña a la crisis de la deuda latinoamericana y que va a marcar, hasta nuestros días, la relación entre el Norte y el Sur global, un tema muy estudiado por la academia en estos años. En un contexto de agotamiento de recursos materiales que pone en riesgo la operación del Estado, y ante la incapacidad de la administración monetaria para detener la salida de capitales del país, López Portillo va a optar por romper las reglas del juego en un último intento de defensa del arreglo revolucionario.

El tercer y último rasgo es un gasto en política social históricamente alto, siguiendo la tendencia del sexenio anterior. En todo caso, podemos decir que el discurso de bienestar de López Portillo está acompañado de acciones contundentes, de forma mucho más clara que en el caso de Echeverría. La cercanía a las mayorías, y el enfrentamiento con el sector privado va a ir en aumento a partir del segundo año de gobierno, alcanzando magnitudes insólitas. A medida que la economía se deteriora y el Ejecutivo pierde la capacidad para guiar a la sociedad y ejecutar sus políticas, la retórica va a ocupar un lugar cada vez más importante como sustento de la acción pública y va a radicalizarse como nunca. A un Estado cada vez más debilitado en la realidad, se contraponen dentro del discurso oficial un Estado cada vez más fuerte e indispensable para la sociedad.

#### CRÓNICA DE UNA ECONOMÍA INESTABLE

En septiembre de 1976, durante su último informe de gobierno, Luis Echeverría anunció la primer gran devaluación del peso, tras dos décadas de paridad fija frente al dólar y firmó un acuerdo de rescate con el FMI. José López Portillo tomó posesión en medio de las súbitas contracciones de la demanda agregada y el colapso de la actividad industrial. Antes que nada,

trazó un plan de recuperación económica a partir de tres etapas; cada una de dos años de duración: recuperación, estabilización y crecimiento.<sup>146</sup>

Durante 1977, la administración federal cumplió a cabalidad con los requisitos impuestos por el organismo internacional. El PIB no creció más que 3.4%, al mismo ritmo que la población, y el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos se redujo 56.6% gracias a la aplicación de políticas económicas ortodoxas. Este panorama cambiaría de forma radical tras el anuncio de cuantiosos descubrimientos petroleros en el sureste del país, a principios de 1978, sumado al inicio de la producción del gran yacimiento de Cantarell, encontrado en 1971 y cuyas obras de ingeniería habían comenzado en 1974. Recordemos que este complejo extractivo llegó a ser considerado uno de los 100 campos petroleros más importantes del mundo, y a contribuir con el 45% de la producción mundial.<sup>147</sup>

Las expectativas generadas a partir del crecimiento inusitado en el sector de hidrocarburos, acompañado por el aumento constante en los precios del crudo, tuvo como consecuencia el abandono del plan de recuperación económica y la subsecuente expansión del gasto público. En total, aumentó 10 puntos porcentuales del PIB entre 1978 y 1981. En este periodo, México accedió a los fondos de los mercados financieros internacionales, a través de créditos de largo plazo. Mientras la deuda externa crecía a un ritmo moderado, la economía experimentó un proceso de petrolización. Para 1981, 75% de las exportaciones estaban relacionadas a esta industria y más del 40% de la recaudación fiscal provenía de los ingresos petroleros.<sup>148</sup> México había recibido, además, más de 20 millones de dólares exclusivamente

---

<sup>146</sup> Enrique Cárdenas, *La política económica en México, 1950-1994*, *op. cit.*, p. 108.

<sup>147</sup> Véase a Daniel Romo, “El campo petrolero Cantarell y la economía mexicana”, *Problemas del desarrollo*, 2015, núm. 183, pp. 141-164.

<sup>148</sup> Enrique Cárdenas, “El dominio del PRI en tiempos de cambio económico” en Mariano Sánchez y Ricardo Becerra (coords.), *op. cit.*, p. 113.

dirigidos al desarrollo de la industria petrolera, la perforación, la extracción, construcción de oleoductos, puertos y transportación marítima e industrias petroquímicas.<sup>149</sup>

Al interior del gabinete presidencial, conformado por perfiles diversos —herencia del sexenio anterior—, se formaron dos grupos que defendían cursos de acción opuestos. Por un lado los llamados *estructuralistas*, bajo el liderazgo de la Secretaría de Patrimonio y Fomento Industrial de José Andrés de Oteyza, promovían el crecimiento del gasto público deficitario y el fortalecimiento de las empresas paraestatales para poder llevar a cabo un programa de industrialización apresurada. En el otro, se encontraban los *monetaristas*, encabezados por David Ibarra Muñoz, primero, y luego Jesús Silva Herzog, a la cabeza de la SHCP; y por Gustavo Romero Kolbeck, Miguel Mancera y Carlos Tello, como directores generales del Banco de México. Los monetaristas argumentaban a favor del control del déficit y anunciaban el riesgo de la creciente dependencia frente a la deuda externa.

Desde luego, los primeros partían de un análisis optimista del mercado petrolero mundial a futuro. Y, sorprendentemente, los economistas mexicanos no fueron los únicos que se equivocaron en el pronóstico. En 1980, por ejemplo, el Banco Mundial en su *World Development Report* afirmaba que la tendencia a la alta en el precio de los hidrocarburos continuaría hasta alcanzar un punto máximo en 1990. El mismo reporte del año siguiente predecía un crecimiento anual de 10% nominal.<sup>150</sup>

A partir de junio de 1981 la cotización internacional del crudo comenzó a debilitarse. Frente a estos primeros avisos, la administración de López Portillo decidió mantener al mismo el precio por barril para las exportaciones. La respuesta de los compradores fue inmediata. Pemex sufrió la cancelación de casi todos los contratos con el exterior. El gobierno se vio

---

<sup>149</sup> Víctor L. Urquidí, *Otro siglo perdido, las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, *op. cit.*, p. 319.

<sup>150</sup> Nora Lustig, *México: Hacia la reconstrucción de una economía*, México, El Colegio de México, 1994, p. 42.

obligado a pedir extensiones en los plazos de la deuda de vencimiento inmediato y a seguir contrayendo préstamos ahora con elevadas tasas de interés.

Los analistas han visto la falta de una respuesta oportuna desde la presidencia como una consecuencia de la incapacidad de concertar acuerdos al interior del gabinete sobre qué medidas convenía adoptar para corregir el desequilibrio externo. Las dos opciones presentes en el debate eran incompatibles: realinear el tipo de cambio o imponer controles a las importaciones y a la salida de capitales.<sup>151</sup> Frente a la ausencia de alguna giro convincente en la política económica, aumentó la fuga de capitales y para marzo de 1982, el gobierno tuvo que devaluar el peso hasta alcanzar los 45 pesos por dólar.

Este año estuvo marcado por un ajuste caótico que consistió en la adopción de políticas incongruentes. Inicialmente se adoptó un paquete de contracción fiscal con reducciones importantes en la inversión pública. En la práctica, resultó prácticamente imposible disminuir el nivel del gasto debido, mayoritariamente, a las presiones existentes por la conclusión de las obras que ya habían sido comenzadas. A pesar de que se había prescrito un aumento a los salarios mínimos no mayor a 10%, para el mes de abril se decretaron incrementos de emergencia que representaron un incremento de hasta 30%. Se propuso aumentar el precio de los bienes y servicios ofrecidos por las empresas del Estado, disminuyendo también los subsidios a los alimentos básicos. Sin embargo, estas medidas fueron pospuestas durante meses.<sup>152</sup>

Para hacer frente a las obligaciones derivadas de los créditos suscritos a corto plazo, la administración recurrió como prestatario a Pemex y a Nafinsa. También convocó a los acreedores a firmar un convenio que permitiría a México seguir contrayendo deuda a cambio de

---

<sup>151</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>152</sup> Ernesto Zedillo, "Mexico's Recent Balance of Payments Experience and Prospects for Growth", *World Development*, 1986, núm. 8, p. 977.

ciertos compromisos financieros. Sobra decir que tan sólo 75 de los 650 bancos invitados aceptaron participar en el acuerdo.

El 6 de agosto de 1982, se ordenó una suspensión temporal de las operaciones de cambio en moneda extranjera a todos los bancos. Dos semanas más tarde, Jesús Silva Herzog se reunió con representantes de los principales prestamistas para solicitar una moratoria en el pago de la deuda con una duración de 3 meses. Al mismo tiempo, promovió la creación de un comité de trabajo para la renegociación y reestructuración de la deuda. Las instituciones financieras internacionales vieron con confianza los esfuerzos del Secretario de Hacienda y, durante unas semanas, el Banco Internacional de Pagos y el Departamento del Tesoro estadounidense abrieron de nuevo sus líneas de crédito.

El anuncio de nacionalización bancaria y de control de cambios permanente terminó abruptamente con el optimismo en la comunidad financiera. Durante los últimos meses del sexenio, los acreedores extranjeros temieron la posibilidad real de que López Portillo desconociera la deuda.<sup>153</sup>

En conclusión, dos factores se conjuntaron a partir de 1981 para dar origen a una de las peores crisis de racionalidad al interior de la administración pública mexicana.<sup>154</sup> Primero, los riesgos económicos asociados a un auge exportador de recursos naturales. Los economistas han llamado a este fenómeno “la enfermedad holandesa”, tras la experiencia de los Países Bajos en el mercado del gas natural. Cuando los ingresos de divisas aumentan considerablemente en un sector productivo, la moneda se aprecia, poniendo en desventaja los otros productos de

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, p. 978.

<sup>154</sup> Francisco Gil Villegas ve en 1982 una crisis surgida en la esfera económica que se traslada, en forma de una crisis de racionalidad, a la esfera administrativa y se extiende a los primeros meses del nuevo gobierno de Miguel de la Madrid. Las tensiones en el aparato estatal se hicieron sentir entre los funcionarios salientes y el equipo del presidente electo. Véase “La crisis de legitimidad en la última etapa del sexenio de José López Portillo”, *Foro internacional*, 1984, núm. 98, pp. 190-201.

exportación. Al aumentar la dependencia de la economía nacional de una industria en específico, la vulnerabilidad es alta en vista de futuras fluctuaciones en la demanda.<sup>155</sup>

En segundo lugar, la incapacidad de la administración de tomar decisiones oportunas o de conducir una política macroeconómica coherente. Por más obvio que parezca, no podemos dejar de reconocer que estas fallas en el aparato gubernamental no pueden atribuirse únicamente a la persona del presidente López Portillo, a sus características psicológicas e individuales, o a una supuesta intransigencia que se acercaría más a la necedad. La escisión dentro del gabinete, así como las opciones de desarrollo que se debatieron, eran la manifestación de un momento de incertidumbre a escala global.

#### HECHOS DE GOBIERNO

José López Portillo inauguró su periodo con una Alianza para la Producción, que se proponía incorporar a todos los grupos sociales en el proceso de recuperación económica. Esta respuesta a la crisis de 1976 resultaría inoperante sin las reformas política, administrativa y fiscal que la acompañaron. Algunos ven en este conjunto de medidas no un proyecto nuevo, sino otro intento de “apertura democrática”, tras el fracaso de Echeverría.<sup>156</sup>

El 9 de octubre de 1977, López Portillo presentó al Congreso la iniciativa de reforma a la Ley Federal electoral, para sustituirla por la nueva Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LOPPE), tras un periodo de discusión, durante el cual se consultó a asociaciones políticas, instituciones académicas y ciudadanos. La reforma de 1977 fue una respuesta a la candidatura única de 1976, que puso en entredicho el carácter democrático del

---

<sup>155</sup> Para un análisis clásico del fenómeno y su efecto desindustrializador de la economía véase a Max Corden y Peter Neary, “Booming Sector and De-Industrialization in a Small Open Economy”, *The Economic Journal*, 1982, núm. 368, pp. 825-848.

<sup>156</sup> Xavier Gamboa, “1977, año de la reconstrucción: reforma política y alianza para la producción en el agro mexicano”, *Estudios políticos*, 1978, núm. 13-14, p. 103.

régimen y su capacidad para encausar las demandas de la ciudadanía dentro del sistema electoral de partidos. Introdujo la modalidad de “registro condicionado”, que permitía a los partidos obtener el registro, comprometiéndose a obtener al menos 1.5% del voto en las próximas elecciones. Marcó el inicio, también, del actual sistema de subsidios públicos a los institutos políticos, reconociendo su derecho de contar con los recursos suficientes para poder llevar a cabo sus actividades en igualdad de condiciones. Se amplió el número de diputados plurinominales, electos bajo el principio de representación proporcional, y se creó la figura de los diputados de minoría en los Congresos estatales. Para garantizar que estas medidas beneficiaran exclusivamente a la oposición, se definió que partido con más de 60 diputados de mayoría relativa tenía derecho a la representación proporcional.<sup>157</sup>

Se incorporó a la Comisión Federal Electoral a los representantes de los partidos con registro condicionado y se les permitió acceder al Comité Técnico encargado de la supervisión del Registro Nacional de Electores. Todos ellos, además, contarían con el apoyo logístico necesario para imprimir carteles y folletos, realizar actividades editoriales y recibirían espacios obligatorios en radio y televisión. Aparecían también las llamadas asociaciones políticas, instituciones mucho más laxas, y que podrían participar en las elecciones en coalición con partidos con registro. La creación, por otro lado, de las coaliciones y frentes otorgaba la posibilidad a la izquierda mexicana, fuera del PRI, de crear alianzas para mejorar sus resultados electorales.

La reforma tuvo un impacto inmediato en la vida electoral del país. En las elecciones intermedias de 1979, participaron siete agrupaciones políticas. Tres partidos obtuvieron por primera vez su registro condicionado, cuatro agrupaciones fueron formalmente reconocidas y,

---

<sup>157</sup> Jean-François Prud'homme, *op. cit.*, p. 38.

de ellas, tres participaron en coalición con otros partidos. Tan sólo en 1982, siete candidatos compitieron por la Presidencia.<sup>158</sup>

La promulgación de la Ley de Amnistía, junto con la incorporación del Partido Comunista Mexicano (PCM), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el Partido Demócrata Mexicano (PDM), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Partido Social Demócrata (PSD) logró canalizar las tensiones políticas a las instituciones electorales; el conflicto social se desplazaría gradualmente, a partir de ese momento, hacia la arena electoral.

En cuanto a la organización interna del PRI, los intentos de reforma habían sido frustrados. Como maquinaria electoral, el Partido había sido efectivo, sin embargo, se había mantenido a la sombra del Ejecutivo, como un organismo subordinado a los deseos sexenales de cada presidente, perdiendo paulatinamente la capacidad de representar los distintos intereses de la población. Ya en la década de 1960, Carlos Madrazo había advertido los riesgos que acarrearía la falta de democracia en la elección de presidentes municipales, síndicos y regidores. La cómoda posición de las corporaciones y la influencia de los mandatarios habían monopolizado la nominación de candidatos, entregando los puestos de elección popular a políticos fieles a los líderes de los sectores y al Ejecutivo, en detrimento de la representación real de la sociedad.<sup>159</sup>

El rechazo a las reformas desde las élites del Revolucionario Institucional era prueba de que “su confianza se basaba en la incapacidad para entender el entorno político en el que funcionaba. Si algo había sido reiteradamente criticado por algunos priistas desde la formación del PRI, era que sus obligadas tareas electorales habían cancelado su tradicional capacidad para

---

<sup>158</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>159</sup> Rogelio Hernández, *Historia mínima del Partido Revolucionario Institucional*, México, El Colegio de México, 2016, p. 132.



hacer política, es decir, actuar en la sociedad para advertir sus demandas y prever los cambios”.<sup>160</sup>

A esta incapacidad se debe, en gran medida, la crisis de racionalidad al interior del aparato estatal que definió el final del sexenio.

Por otro lado, no resulta un hecho menor la promulgación de la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal, que convierte a las secretarías en las cabezas de sector de las empresas paraestatales y crea la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP). La profesora Isabelle Rousseau, a partir de su estudio prosopográfico de las élites mexicanas entre 1970 y 1995, no deja de observar que el núcleo del equipo económico de 1976-1982 se forma en 1965, dentro de la Comisión de Administración Pública (CAP). En estos años dentro de la Secretaría de la Presidencia, López Portillo coordina la creación del Programa de Acción del Sector Público 1966-1970 y conforma sus ideas de renovación de la burocracia.<sup>161</sup>

La nueva Secretaría aglutinó las funciones de programación, presupuestación, evaluación y control, antes dispersas en las secretarías de Hacienda, Patrimonio Nacional y Presidencia. Concentró, también, los tres planes sectoriales elaborados al inicio del sexenio para formar el primer Plan Global de Desarrollo en abril de 1980, antecesor del Plan Nacional de Desarrollo y su Sistema Nacional de Planeación Democrática.<sup>162</sup>

Desde la SPP se implementaron algunos de los programas más importantes del periodo. El Sistema Alimentario Mexicano (SAM), que busca combatir la pobreza entre la población rural y alcanzar la autosuficiencia agrícola, es posiblemente la política más representativa de la administración. Para incrementar la actividad productiva, el Estado se dispuso compartir el riesgo asociado al mercado agropecuario y pesquero. Se ofreció un ingreso mínimo a los

---

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>161</sup> Isabelle Rousseau, *México: ¿una revolución silenciosa? Élites gubernamentales y proyecto de modernización (1970-1955)*, México, El Colegio de México, 2001, p. 117.

<sup>162</sup> María del Carmen Pardo, *La modernización administrativa en México, 1940-2006*, México, El Colegio de México, 2009, p. 126.

campesinos en respuesta a los siniestros, préstamos, precios de garantía, investigación en las zonas de cultivo, creación de infraestructura y facilidades para la tenencia de la tierra y la mecanización del trabajo.<sup>163</sup> Como resultado de la aplicación del SAM, entre 1980 y 1981 la producción de los 25 principales cultivos a nivel nacional tuvo un incremento de 9.3%. En el caso particular del maíz y el frijol, el aumento fue de 19.2% y 51.2% respectivamente.<sup>164</sup>

Otro gran proyecto de la administración, coordinado desde la SPP, fue la Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (Coplamar). Con el propósito fundamental de generar información y proponer vías de acción para atender a los sectores más vulnerables de la sociedad, sus investigaciones dieron lugar a siete volúmenes publicados en conjunto con la Editorial Siglo XXI.<sup>165</sup> La iniciativa Coplamar es, quizá, la contribución más tangible e importante del gobierno de López Portillo a la lucha contra la pobreza en nuestro país, y refleja un verdadero esfuerzo operativo y financiero, más allá de las palabras. En particular, significó el acceso para muchas personas, por primera vez, a los servicios de salud no contributivos, a través del programa IMSS-Coplamar. Debemos considerar que el Plan fue una de las políticas prioritarias del sexenio si tratamos de evaluar la importancia efectiva que tuvo la búsqueda del bienestar en el periodo.

Junto al Coplamar, otro de los grandes esfuerzos de López Portillo por materializar sus promesas se desarrolló en el plano tributario, el Congreso aprobó la reforma a la Ley de Coordinación Fiscal en 1978. En el centro de los cambios introducidos a la Hacienda pública se encontraba un nuevo sistema de distribución de los ingresos entre la federación y los estados. Al mismo tiempo, se amplió la base del impuesto sobre la renta para incluir todo tipo de ingreso,

---

<sup>163</sup> Nora Lustig y Rosario Pérez, “Sistema Alimentario Mexicano: antecedentes, características, estrategias y efectos”, *Problemas del desarrollo*, 1982, núm. 51-52, p. 269.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 282.

<sup>165</sup> Julio Boltvinik presenta un resumen detallado de la estructura, contenidos, resultados, aciertos y limitantes de la investigación Coplamar en “Treinta años de la pobreza en México. Una mirada desde Coplamar”, *Estudios sociológicos*, 2012, núm. extraordinario, pp. 83-110.

ya fuera en efectivo o en especie. Se aumentaron también las deducciones a los sectores de bajos ingresos, trasladando la carga fiscal a las clases media y alta. Se introdujeron ajustes de acuerdo a la inflación al momento de calcular el impuesto sobre la renta y se creó un nuevo impuesto corporativo.<sup>166</sup> A pesar de que las modificaciones no fueron de largo alcance, su impacto en la economía familiar fue definitivo: entre 1978 y 1981, los 5 deciles de ingreso más bajos pasaron de representar 58% de las contribuciones, a tan sólo un 28%, mientras que las contribuciones del decil más alto fueron del 8% a un 25% del total.<sup>167</sup> En todo caso, la preponderancia del sector energético como fuente de ingresos se mantuvo. Valdría la pena preguntarnos por qué, dentro del proyecto transformador de López Portillo, no hay un esfuerzo por llevar a cabo una reforma fiscal más profunda, que permitiera financiar las costosas políticas redistributivas.

En resumen, estas tres iniciativas, además de marcar el periodo de López Portillo, sirven en la práctica para contrastar las intenciones y promesas hechas en el discurso con el esfuerzo real que llevó a cabo la administración para materializar sus principios sociales. En general, podemos decir que durante gran parte del periodo, el gasto en políticas sociales y redistributivas fue muy alto y se dirigió por primera vez a áreas como la atención en salud a la población desprotegida. La modificación fiscal requirió, además, de una inversión importante de capital político que, a la larga, demostró ser demasiado cara y terminó con la ruptura entre el gobierno y empresariado. Haciendo a un lado las peculiaridades de la crisis de la deuda y del manejo del sector de hidrocarburos, el nivel de gasto asociado a la búsqueda del bienestar contribuyó de manera importante al colapso de las finanzas públicas. Sin embargo, gran parte de los logros alcanzados durante el sexenio se perdieron tras la crisis económica de 1982, que tuvo un impacto

---

<sup>166</sup> Para una descripción detallada véase a Francisco Gil Díaz, "Some Lessons from Mexico's Tax Reform" en David Newbery y Nicholas Stern (eds.), *The Theory of Taxation for Developing Countries*, Oxford, University Press, 1987, pp. 333- 360.

<sup>167</sup> Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros, *op. cit.*, p. 131.

catastrófico sobre las finanzas populares y significó la pérdida de patrimonio para millones de familias.

#### MÉXICO ANTE EL MUNDO

La política exterior de López Portillo se ha dividido tradicionalmente en dos periodos. El primero de ellos, que abarca desde 1976 hasta 1979, se caracteriza por el intento constante de acercamiento a Estados Unidos. Disminuye, en comparación a su antecesor, la prioridad de la actividad internacional dentro del programa de gobierno. Pareciera, en los primeros años de su gestión, que toda la atención se centra en la recuperación económica. A pesar de ello, uno de los eventos más notorios del sexenio, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Reino de España, ocurre en 1977. En este contexto, la cancillería se enfrenta a un episodio bochornoso, a partir del nombramiento del expresidente Díaz Ordaz como embajador. Tras la renuncia de Carlos Fuentes a la embajada en Francia y un breve pero intenso desencuentro con Echeverría, entonces representante ante la UNESCO, renunciaría a su encargo a penas un mes después de su toma de protesta.<sup>168</sup>

Otro tema recurrente en la agenda internacional mexicana es el petróleo. A partir de la Revolución Iraní de 1979, la presidencia firmaría importantes acuerdos comerciales con Israel, que pronto ocupó uno de los primeros lugares entre los clientes de Pemex. Aún así, no deja de visitar países como la Unión Soviética, China y Japón para promover su incorporación al Protocolo Adicional II del Tratado de Tlatelolco.

Las relaciones mexicano-estadounidenses comenzaron a deteriorarse a raíz de un conflicto en el campo energético: la construcción del gasoducto Cactus-Reynosa, cancelado por

---

<sup>168</sup> Carlos Rico, *Hacia la globalización*, México, El Colegio de México, 2000, p. 74.

el gobierno mexicano y desviado hacia Cadereyta, Nuevo León.<sup>169</sup> De ese momento en adelante, la tensión continuó en ascenso, sólo para alcanzar sus puntos más álgidos durante la explosión del pozo petrolero Ixtoc I en el Golfo de México y a raíz de la negativa de las autoridades migratorias de permitir el reingreso a México del Sha Pahleví.

No podemos dejar de lado la decisión anunciada por el presidente López Portillo, en 1980, de posponer la entrada de México al Acuerdo General Sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). Las divisiones al interior del gabinete también se hicieron notar en el debate a favor y en contra de la adhesión. Entre los defensores del nuevo foro comercial se encontraban los liberales, que creían que la competencia obligaría a los sectores productivos mexicanos a aumentar su eficiencia. En oposición, estaban aquellos que veían un efecto devastador a corto plazo sobre el mercado nacional, así como los promotores la cercanía a los países en desarrollo dentro de la UNCTAD.<sup>170</sup>

El segundo periodo de la política exterior de López Portillo se caracteriza por una amplia capacidad internacional, consecuencia de la disponibilidad de un bien escaso. Se retomaron muchos de los temas centrales del programa echeverrista y se retomó el camino de la diversificación. Renació también el énfasis subregional con la visita en julio de 1980 a Cuba, el rechazo al bloqueo impuesto por Estados Unidos y la presencia militar en la isla. Se rompen relaciones con el régimen de Somoza, en Nicaragua, y México encabeza un movimiento de oposición dentro de la Organización de Derechos Humanos a la iniciativa norteamericana de intervención.<sup>171</sup>

Hacia los últimos años del periodo, México se ofreció como mediador en el conflicto Cuba-Estados Unidos, en las negociaciones de paz en El Salvador y mediante la promoción de

---

<sup>169</sup> *Ibid.*, p. 81.

<sup>170</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p. 93.

la firma de tratados de no agresión entre Nicaragua y Estados Unidos. Los resultados de esta iniciativa fueron limitados, y conllevaron grandes costos para el régimen de López Portillo, azotado por la opinión pública. Octavio Paz, durante este periodo, criticaría asiduamente la política exterior mexicana, rechazando el camino autoritario que representaba la Cuba revolucionaria, y que comenzaba a adoptar el sandinismo. Reprobaba, además, que México tomara partida en El Salvador, permitiendo la incursión de las grandes potencias de la Guerra Fría en el territorio latinoamericano. Su denuncia alcanza su punto más álgido con el discurso que pronunciaría en 1984, tras recibir el Premio de la Paz de la Asociación de Editores Libreros Alemanes, en Frankfurt, y que publicaría en *Vuelta* bajo el título de “El diálogo y el ruido”.<sup>172</sup>

La respuesta desde la izquierda fue abrumadora —recordemos la quema de una efigie del poeta frente a la embajada de Estados Unidos—. Sin embargo, la visión de Paz hizo eco entre los colaboradores de la revista. Principalmente, en los casos de Gabriel Zaid y Enrique Krauze. Con el tiempo, este ataque a la política exterior de López Portillo tendría un fuerte impacto en la opinión pública, y contribuiría, sin lugar a dudas, a la percepción del sexenio como un periodo antidemocrático y cercano al jacobinismo del bloque soviético.

En el campo del multilateralismo, la bandera más importante del sexenio fue la propuesta de un plan global de energía ante la Asamblea General de la ONU. Junto a este documento, la cancillería mexicana promovió la creación de un Instituto Internacional de Energía. A diferencia de Echeverría, López Portillo se preocupó por cerrar las brechas que dividían a los países desarrollados del Tercer Mundo. Por ello, en el centro de su estrategia energética se encontraba un nuevo modelo de colaboración entre los productores y consumidores.

---

<sup>172</sup> “Los actos del régimen sandinista muestran su voluntad de instalar en Nicaragua una dictadura burocrático-militar según el modelo de La Habana[...] Los escritores que publican manifiestos a favor del régimen sandinista, ¿se han hecho esta pregunta? ¿Por qué aprueban la implantación en Nicaragua de un sistema que les parecería intolerable en su propio país?[...] Sólo si defendemos la democracia estaremos en posibilidad de preservar la paz. La libertad no está antes de la paz pero tampoco está después: son insolubles. Separarlas es ceder al chantaje totalitario y, al fin, perder una y otra”. Octavio Paz, “El diálogo y el ruido”, *Vuelta*, 1984, núm. 96, pp. 6 y 7.

Otro ejemplo, quizá determinante, de su agenda de colaboración fue la Reunión Internacional sobre Cooperación y Desarrollo, que tuvo lugar en octubre de 1981 en la ciudad de Cancún. Este intento de reanudar el diálogo norte-sur convocó a 22 primeros mandatarios y entregó a México, más adelante, la presidencia del Grupo de los 77, que en ese momento gozaba aun de gran importancia.<sup>173</sup>

Este último impulso para hacer del Nuevo Orden Económico Internacional una realidad, se topó de frente con un Estados Unidos y un Reino Unido que se proponían terminar de tajo con la discusión en torno al desarrollo cuanto antes, para poder avanzar en sus reformas del sistema económico global. Ronald Reagan, desde su llegada a la presidencia, se había propuesto desplazar el tema de la cooperación Norte-Sur de la agenda internacional, utilizando estrategias agresivas basadas en la introducción de la liberalización económica como preocupación principal para el desarrollo, así como en esfuerzos directos que buscaban disolver a los países del Sur como bloque de negociación.<sup>174</sup>

Si bien para 1981 la estrategia de Reagan había fracasado, y el diálogo Norte-Sur —así como el multilateralismo— seguía ocupando un lugar importante en la agenda internacional (el tema logró imponerse en la cumbre económica de Ottawa—, el fracaso de Cancún fue, finalmente, el resultado de sus esfuerzos. A partir de ese momento, el problema del desarrollo y las ideas surgidas del NOEI perdieron relevancia y el Sur se comenzó a fracturar. Una vez desatada la crisis de la deuda latinoamericana, en 1982, todo esfuerzo o presión diplomática hacia el Grupo B desaparecería prácticamente por completo.<sup>175</sup>

---

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>174</sup> Steven G. Livingston, “The Politics of International Agenda-Setting: Reagan and North-South Relations”, *International Studies Quarterly*, 1992, núm. 3, pp. 317-319.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p. 322.

Este desmembramiento va a tener consecuencias importantes para el sistema político mexicano. Sin la posibilidad de recurrir al tercermundismo en búsqueda de apoyo y justificación, durante los periodos posteriores a 1982 la política exterior dejará de servir para fortalecer el vínculo entre el Estado, sus responsabilidades sociales y las mayorías. Por el contrario, será una herramienta esencial para acercarse al empresariado y, lentamente, encontrar nuevas fuentes de legitimación en el libre mercado y la competencia como origen de la riqueza.

Durante el sexenio, destaca también la participación de México en el Consejo de Seguridad, bajo la representación de Porfirio Muñoz Ledo. La administración hace uso, asimismo, de la experiencia y prestigio personal del embajador Alfonso García Robles para involucrarse en el sistema de Naciones Unidas durante este nuevo periodo de activismo diplomático.

Al llegar 1982, el petróleo, que había sido un factor fundamental en el impulso a la política exterior mexicana y había permitido diversificar las relaciones comerciales más allá de Estados Unidos, comenzó a perder su peso. El Departamento del Tesoro concedió un rescate, a cambio de un compromiso de venta de 40 millones de barriles de crudo al año. Una vez desatada la crisis de la deuda, la Reserva Federal norteamericana se convirtió, prácticamente, en el único interlocutor de la Secretaría de Hacienda. Washington recupera su lugar como objetivo central de la diplomacia mexicana.<sup>176</sup>

Una vez resumidos los factores “objetivos” del contexto en el que se produjo el discurso de López Portillo, debemos prestar atención a los factores “ subjetivos”, en cuanto conformados por actores y sus distintas propuestas intelectuales. Algunos de ellos, incluso, actuando estratégicamente para oponer al pensamiento oficial sus ideas sobre la economía, la política y el modelo de desarrollo a seguir.

---

<sup>176</sup> Carlos Rico, *op. cit.*, p. 117.



## LOS INTELLECTUALES, LA ACADEMIA Y EL SURGIMIENTO DE UN PROYECTO OPOSITOR

En el plano intelectual, el sexenio de 1976 resulta extremadamente interesante puesto que, por primera vez, se presentan en su versión más completa las dos opciones de desarrollo que van a enfrentarse hacia el final del periodo. En mi opinión, sólo podemos encontrar las raíces de la actual discusión pública, y su característica bipolaridad, en la disputa que llevó al ala liberal del Partido al poder a partir de 1982. A pesar de que, hoy en día, se hacen pocas referencias a cualquier acontecimiento previo a la transición —como si hubiera un gran agujero en nuestra historia entre la salida de Cárdenas de la presidencia y el año 2000—, el debate entorno al papel del Estado, el bienestar y los fundamentos de la sociedad política tiene poco sentido si hacemos a un lado la década de 1980. Si bien los actores que vamos a estudiar a continuación no son, propiamente dicho, intelectuales de carrera; sí jugaron un papel decisivo en la discusión de las ideas durante estos años de incertidumbre.

Rolando Cordera y Carlos Tello, quizá mejor que nadie, resumieron en 1981 la encrucijada que enfrentaron López Portillo y su gabinete tras el fracaso de la política económica basada en la exportación petrolera y la intensa participación del aparato gubernamental en el crecimiento de la producción. Ven el origen de la debacle en el nacimiento, en 1975, del Consejo Coordinador Empresarial (CCE). A pesar de que este grupo de empresarios ya se había pronunciado durante el gobierno de Echeverría, conforme la situación económica empeora abandonan su posición defensiva, para perseguir una estrategia más violenta. Debemos destacar, sin embargo, que este cambio no es meramente estratégico. Además de adoptar una estrategia

de confrontación, la iniciativa privada cambia el planteamiento parcial, conciliador, por una nueva visión totalizadora sobre el presente y futuro de la sociedad mexicana.<sup>177</sup>

Este nuevo programa retórico se alimenta de la falta de credibilidad de las instituciones públicas, de la progresiva desarticulación de la lucha obrera —replegada ahora a la defensa de intereses gremiales, sobre los de clase—, de la debilidad de la organización campesina para la defensa de la tierra y de la discordancia al interior de la élite administrativa. También por primera vez, el CCE moviliza sus recursos para influir en la sucesión presidencial. En octubre de 1980, el presidente del Centro Patronal de Jalisco se pronuncia al respecto frente a su auditorio.

La actitud socializante del anterior sexenio se vuelve a hacer patente cuando el gobierno va teniendo una participación creciente en la producción de bienes y servicios y se amenaza con incrementarla[...] se nos pretende llevar [por un camino que] ayer fue socialista-comunista y hoy socialdemócrata, ambos totalitarios.<sup>178</sup>

Un mes más tarde, el Banco Nacional de México (Banamex) y el Instituto Tecnológico de Monterrey organizaban el “Encuentro 80”, en donde se asentaron algunos de los principios fundamentales de esta nueva doctrina.

El mecanismo de precios es el mejor instrumento para asignar las inversiones, seleccionar las compras de mercancías, tecnología y sistemas de producción, además de que permite producir y distribuir con mayor eficacia para la sociedad en su conjunto y no sólo para la empresa.<sup>179</sup>

En su declaración, aseguraron también que el sistema fiscal jamás podrá dar un ingreso digno a la población, y llamaron a las autoridades a moderar el incremento en el ejercicio para 1981.

---

<sup>177</sup> Rolando Cordera y Carlos Tello, *México: la disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo Veintiuno, 2018, p. 96.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>179</sup> *Loc. cit.*

Cordera y Tello reconocen que, como siempre, los empresarios, usando argumentos supuestamente técnicos, hacen política.

Sin duda, el aparato de representación obrera atravesaba un momento difícil. Ello, sin embargo, no impidió que surgiera una reacción a esta nueva corriente de pensamiento empresarial, en el seno del Congreso del Trabajo. Ya desde 1979, sus líderes veían la importancia de formar un frente común con el Estado para oponerse a los intereses minoritarios del poder económico, que intentaban someter al poder público. En un manifiesto a la nación, de octubre del mismo año, los legisladores del sector llaman al pueblo mexicano a cerrar el paso a las fuerzas hegemónicas de la oposición, y a defender el proyecto democrático, nacionalista y popular de la Revolución Mexicana. En su despliegado, demandan la consumación de la reforma agraria y la aplicación de una reforma económica que transforme radicalmente las desigualdades estructurales.

Que el Estado ejerza su derecho a imponerle a la propiedad las modalidades que dicte el interés público, que se cuente con la activa participación de los trabajadores en la conducción de la economía y que se invierta la tendencia de acumulación del capital a favor de los trabajadores del campo y de la ciudad y del Estado.<sup>180</sup>

Bajo este impulso obrero, meses más tarde, llegaría incluso a hablarse en el Congreso de la Unión de la necesidad de nacionalizar las industrias alimenticia y farmacéutica. Este tipo de declaraciones, cada vez más comunes conforme se acercaba 1982, no deben tomarse a la ligera o descartarse como simples muestras de entusiasmo populista. Cordera y Tello demuestran inequívocamente que este programa cuenta con una larga trayectoria histórica y refleja, además, complejas relaciones políticas y sociales aún vigentes.

---

<sup>180</sup> *Ibid.*, p. 101.

En resumen, el empresariado responde a las demandas populares de intervención del Estado con la necesidad de sujetar al aparato público al servicio del capital por medio del paradigma regulatorio; frente a la demanda de gasto público, austeridad; frente a la ampliación de la empresa pública, la defensa de la propiedad privada; frente a la reforma fiscal, las amenazas de detener la inversión.

La disputa por la nación que de manera cotidiana, en diferentes terrenos y con desigual intensidad han empezado a librar las diferentes clases sociales —y sus organizaciones— gira en torno a la definición del contenido y el rumbo del desarrollo nacional. Ante los planteamientos discrepantes y encontrados no parece haber posibilidad de mantenerse indiferente[...] El liberalismo —o la indiferencia—, sobre todo en épocas particularmente críticas, además de ser una muy pobre fórmula de solución a los problemas asociados a la crisis, favorece a la clase social mejor organizada y con mayor fuerza para hacer prevalecer su punto de vista (en la actualidad, y durante la crisis, han sido los intereses del capital financiero industrial los que han prevalecido sobre los de los trabajadores, incluso los de aquellos que están organizados), debilita al Estado y está en franca oposición con la tradición política de los regímenes de la Revolución mexicana. Por lo demás, es claro que la disputa en torno al futuro de la nación se lleva a cabo todos los días, y que en todos ellos se producen resultados que de una u otra forma condicionan las definiciones y realidades del mañana.<sup>181</sup>

Entre los académicos, los temas que cobran relevancia durante el periodo son principalmente la relación con Estados Unidos, el predominio del Estado como inversionista y motor del desarrollo financiero, el papel de la empresa pública en la economía e, indudablemente, el petróleo y la deuda externa. Por otro lado, no podemos olvidar los análisis sobre los resultados

---

<sup>181</sup> *Ibid.*, p. 106 y 107.

de la reforma político electoral de 1977 y sobre la crisis centroamericana. El tercermundismo, además, sigue presente en el vocabulario de politólogos, economistas e internacionalistas.

Manuel Camacho Solís, por otro lado, frente a la inusitada carga fiscal del Estado, se pregunta qué tan lejos debería llegar el Estado al momento de asumir la producción de bienes y servicios. Propone un conjunto de criterios valorativos para informar el debate en torno a la incorporación o desincorporación de empresas públicas. Se debe hacer un balance de los recursos financieros, las capacidades administrativas y la integración de las empresas paraestatales para poder evaluar su viabilidad dentro de la política de desarrollo. Se deben vincular, también, con los objetivos nacionales y analizar la rentabilidad de su operación. Una vez que ha enfatizado la necesidad del debate sobre las empresas públicas, rechaza que se utilice cualquier ideología para justificar el modelo existente.<sup>182</sup>

El profesor Rafael Segovia presenta los resultados de la reforma de 1977 con su artículo sobre las elecciones intermedias de 1979. Ve en el aumento del abstencionismo una buena señal, pues refleja la mayor dificultad de recurrir a prácticas ilegítimas para inflar el voto. La vigilancia de todos los partidos y la publicidad de la documentación electoral deben permitir, en el futuro, construir un nuevo padrón para depurar todas las irregularidades que deforman la voluntad ciudadana. El PRI pierde casi el 20% de sus votantes y el PAN gana 10% en relación a 1976. En los estados y municipios donde el Partido Comunista tiene un buen desempeño, le resta votos de protesta al PAN. Su electorado se concentra, como es de esperarse, en el Distrito Federal, el Estado de México, Chihuahua y Guerrero.<sup>183</sup>

---

<sup>182</sup> Manuel Camacho, "Empresas públicas y objetivos nacionales", *Foro internacional*, 1979, núm. 77, pp. 159-168.

<sup>183</sup> Rafael Segovia, "Las elecciones federales de 1979", *Foro internacional*, 1980, núm. 79, pp. 397-410.

Por último, Jorge Alberto Lozoya traduce las preocupaciones del presidente López Portillo al estudiar el diálogo norte-sur y el auge del multilateralismo.<sup>184</sup> Al igual que Rosario Green y Claude Heller, hace un recuento del surgimiento y evolución del tercermundismo y del Movimiento de No Alineados, y observa con un detenimiento y precisión extraordinarios el balance de poder entre países desarrollados y en vías de desarrollo, y los retos a los que se enfrenta el Sur global para mantener viva su alternativa política y económica.<sup>185</sup>

Este breve repaso de textos no pretende, de ninguna forma, ser exhaustivo. Sin embargo, sí se propone mostrar cuáles eran los temas recurrentes entre los académicos durante este periodo. Ejemplifica, también, la pluralidad de ideas que surgió a finales de 1970 y a inicios de la década de 1980. Al mismo tiempo, los programas tanto del sector empresarial como obrero, expuestos más arriba, dejan ver su influencia en la agenda de los investigadores. Me gusta pensar que no hay caso más ilustrativo de estas dos distintas visiones que se configuraron entre los científicos sociales mexicanos que los artículos de Miguel Álvarez Uriarte y Francisco Zapata, ambos publicados en el número 87 de *Foro internacional*, en marzo de 1982. Mientras que uno utiliza datos macroeconómicos provistos por Banamex para criticar la politización de la toma de decisiones en materia económica —“¿desarrollo compartido o economía ficción?”—, el otro trata de aportar nuevas fuentes bibliográficas para el estudio del sindicalismo latinoamericano.<sup>186</sup> Además de reflejar una divergencia en las prioridades, en medio de un momento de, estas posturas reflejan dos formas radicalmente diferentes —y quizá incompatibles— de comprender las relaciones humanas.

---

<sup>184</sup> Jorge Alberto Lozoya, “El diálogo Norte-Sur y la diplomacia multilateral”, *Foro internacional*, 1981, núm. 84, pp. 428-442.

<sup>185</sup> Rosario Green y Claude Heller, “Surgimiento y proyección del Tercer Mundo: de Bandung a los ochenta”, *Foro internacional*, 1980, núm. 82, pp. 161-193.

<sup>186</sup> Miguel Álvarez Uriarte, “La política económica y la economía politizada de México”, *Foro internacional*, 1982, núm. 87, pp. 247-267. Y Francisco Zapata, “Bibliografía sobre el sindicalismo en América Latina”, *Foro internacional*, 1982, núm. 87, pp. 320-345.

No quiero concluir esta sección sin antes mencionar la publicación, en 1986, de los cuatro tomos de la serie *Transitions from Authoritarian Rule*, coordinada por Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead. Esta colección reunió ideas y artículos comisionados por el programa latinoamericano del Centro Woodrow Wilson en Washington, D.C., entre 1979 y 1984. El proyecto, además de juntar a algunos de los latinoamericanistas más importantes del momento, fue considerado durante años un texto fundacional en el estudio de los procesos de democratización. Representó, a su vez, el primer análisis sistemático de las experiencias de transición desde regímenes autoritarios en un gran número de países, de distintas regiones del mundo. En resumen, la premisa central es la siguiente: la democracia sólo puede resultar del disenso, no de la unidad política. Es la materialización de un conjunto diverso de intereses e ideales encontrados. Una vez que los ciudadanos aprenden a tolerar los compromisos, y que el tránsito ha concluido, entonces pueden abandonar la desconfianza ante las propuestas e ideas del otro.<sup>187</sup>

La aparición de las *transiciones a la democracia* dentro de la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales marcó el inicio de un nuevo paradigma en el estudio del Tercer Mundo. Contar con un vocabulario y un marco analítico comunes permitió a los promotores de la liberalización política y económica defender su visión normativa de la convivencia social mediante un discurso científico.

#### CAMBIOS EN EL SECTOR CULTURAL

El sexenio de López Portillo estuvo marcado por grandes cambios en las formas de producción cultural. El nacimiento de la revista *Proceso*, en noviembre de 1976, merece especial atención por sus implicaciones para el periodismo mexicano. En 1978, Vicente Leñero denuncia en *Los*

---

<sup>187</sup> *Ibid.*, p. 72.

*periodistas* el golpe orquestado por Luis Echeverría contra el periódico *Excelsior*—en ese entonces uno de los medios informativos más importantes en América Latina—, por sus críticas constantes a funcionarios y decisiones de su gobierno. Entre los colaboradores más combativos del diario destacaban personajes como Octavio Paz, Gastón García Cantú, Heberto Castillo, Froylán López Narváez y Enrique Maza. Otros nombres que aparecían con frecuencia en las columnas de opinión eran los de Carlos Pereyra, Pablo Latapí, Ricardo Garibay, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Salvador Elizondo, Antonio Delhumeau, Ignacio Solares y Samuel del Villar.

La embestida de Echeverría comenzó con la ocupación, por un grupo de ejidatarios paracaidistas, de la urbanización que la cooperativa *Excelsior* había construido en Paseos de Taxqueña. Acto seguido, disfrazó de pugna interna sus esfuerzos para llevar a un grupo, dirigido por Regino Díaz Redondo, al poder dentro del periódico. Para afirmar el golpe, la facción oficialista, con la complicidad de la prensa capitalina, enmarcó al movimiento 8 de Julio dentro de una lucha de clases que enfrentaba a “la indiada” contra la élite intelectual del diario, que monopolizaba la toma de decisiones para perseguir una línea editorial antirrevolucionaria y contraria a los intereses de la nación. Aquellos que vivieron para presenciarlo, podrán recordar que los reginistas se caracterizaban por vestir grandes sombreros de paja en las asambleas.

El grupo editorial que dejó las filas de *Excelsior* se propuso ofrecer al público un nuevo espacio de periodismo crítico para responder a la intromisión de Echeverría. En el transcurso de los próximos meses, sortearon los obstáculos impuestos por el Ejecutivo para dar forma a la nueva revista (v. gr. la negativa de PIPSA, monopolio estatal, de proveer a la imprenta de Guillermo Mendizábal del papel necesario para la publicación). Días antes del lanzamiento del primer número de *Proceso*, Julio Scherer, Miguel Ángel Granados Chapa y el mismo Vicente Leñero, se entrevistaron con José López Portillo, en calidad de presidente electo. Desde los



primeros disturbios al interior de la cooperativa, meses atrás, el candidato presidencial había prestado especial atención al conflicto. En el encuentro, ofreció todo su apoyo y una absoluta libertad al nuevo semanario a partir del 1 de diciembre. Leñero recoge una anécdota de ese día que, además de singular, ilustra la evidente ruptura de López Portillo con la política de Echeverría. Narra que, tras haber escuchado las amenazas que el grupo editorial había recibido de manos de Francisco Javier Alejo, Secretario del Patrimonio Nacional, y de Mario Mora Palencia, Secretario de Gobernación, el futuro mandatario se levantó de su asiento, caminó hasta su escritorio y sacó una Walther P38 de un cajón para obsequiársela a Scherer.<sup>188</sup>

Una vez en el poder, López Portillo y Reyes Heróles, al frente de Gobernación, ofrecieron al grupo intervenir en el caso *Excelsior* para devolver a Scherer la dirección general del periódico y expulsar a los agitadores. Exploraron también la posibilidad de otorgarles financiamiento para poder editar un nuevo diario de circulación nacional. Sin embargo, un artículo publicado en *The New York Times* de la mano de Alan Riding, viejo aliado de la causa, sugirió a la prensa internacional que el nuevo gobierno estaba presionando a Scherer para no dejarlo con otra alternativa más que aceptar de nuevo el nombramiento. Estos rumores bastaron para que la presidencia se alejara de la mesa de negociación, y abandonara su intervención en el conflicto, de forma permanente.

La participación de López Portillo en la coyuntura de *Excelsior* me parece extremadamente importante por dos razones. En primer lugar, porque se trataba de un esfuerzo, desde el Estado, por promover el periodismo independiente. Esta necesidad de divergencia en la prensa nacional podía responder a necesidades de legitimación, hacia el exterior y al interior, del nuevo equipo en el gobierno, tras los excesos de la administración saliente; o, ligado también

---

<sup>188</sup> Vicente Leñero, *Los periodistas*, México, Joaquín Mortíz, 1986, p. 310.

a lo anterior, a la voluntad de López Portillo de permitir la manifestación de las ideas de la izquierda y de la derecha en la discusión pública.

En segundo lugar, y de sumo interés para nuestro análisis, me atrevo a decir que fue un intento clave por romper con el régimen de Echeverría y librarse de su influencia. Ya desde 1972, el gobierno de Echeverría se había dedicado a adquirir publicaciones periódicas con la intención de poner bajo la rectoría del Estado la producción del contenido informativo. La compra de la cadena García Valseca por SOMEX entregó al Ejecutivo el control sobre 37 periódicos, incluido *El Sol de México*. En mayo de 1976, el Gobierno de la República controlaba el 55% de las acciones de *El Universal*.<sup>189</sup>

En julio de 1976, en una reunión del MNOAL previa a la V Conferencia Cumbre de Colombo, en Nueva Delhi, Echeverría propuso la creación la Agencia de Noticias del Tercer Mundo, con sede en México, con el objetivo de terminar con el monopolio de las agencias occidentales de información, vehículo del colonialismo cultural.<sup>190</sup> Días más tarde, la propuesta volvería a enarbolarse en la Conferencia de San José de Costa Rica, auspiciada por la UNESCO para promover el proyecto del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), componente fundamental del NOEI. La iniciativa de Echeverría, a pesar de contar con el respaldo de la gran mayoría de miembros del Movimiento, nunca vio la luz.

Esta agenda informativa internacional demuestra que Echeverría, además de tratar de extender su influencia más allá de su periodo presidencial utilizando medios nacionales, buscaba posicionarse como un actor clave en este *pool* de agencias tercermundistas. Su proyecto era

---

<sup>189</sup> Las autoridades estadounidenses siguieron de cerca la participación de Echeverría en la industria periodística. Véase “Echeverría decidió el destino de ‘Excelsior’, ‘El Universal’ y ‘El Sol de México’: EU”, *Proceso*, 11 de abril de 2013. El artículo, sin embargo, presenta un error al afirmar que EMSA adquirió *El Sol de México* y sus filiales, en lugar de SOMEX. Cf. Fátima Fernández, “Prensa y poder en México”, *Estudios políticos*, 1975, núm. 2, pp. 29-63. Y el propio Vicente Leñero, *op. cit.*, p. 122.

<sup>190</sup> Domingo del Pino, “Los países no alineados del Tercer Mundo, a la conquista de los circuitos informales”, *El país*, 28 de julio de 1976 (sec. Tribuna).

ambicioso y buscaba garantizar la continuidad del discurso echeverrista en los programas de desarrollo nacionales y en los foros del Sur Global. Por lo demás, la visión de Echeverría sobre el papel de la prensa era radicalmente distinta a la del grupo de Scherer o a la de López Portillo: consideraba a los medios informativos como una herramienta en la lucha contra el imperialismo de los países desarrollados y como una fuente de unidad nacional alrededor de la causa revolucionaria. En otras palabras, la colaboración del periodismo con el programa del gobierno y del Partido resultaba fundamental para la soberanía mexicana.

En febrero de 1977, Julio Scherer y Vicente Leñero visitaron a Echeverría, por última vez, en su oficina del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. Los reclamos del expresidente al director de *Proceso*, como los presenta Leñero en su crónica, dejan entrever con claridad esa misma concepción organicista de la labor periodística, así como sus matices ideológicos.

Ustedes siempre fueron muy buenos para atacar al gobierno, eso sí, y yo se los aguanté ¿por qué no?, pero nunca se atrevieron de veras con las transnacionales, ¿te acuerdas que te lo dije?, nunca con los empresarios[...] Nunca le dijeron nada a Espinosa Iglesias. Y ahí está tu odio otra vez: preguntando quién compró la cadena García Valseca. También estoy enterado. ¿Qué querías?, ¿qué se la dejara al grupo Monterrey?, ellos iban a comprarla[...]<sup>191</sup>

Esas expresiones, ciertamente, son herencia de gobiernos anteriores y se enmarcan dentro de la tradición revolucionaria. A modo de ejemplo, recordemos cuando Gustavo Díaz Ordaz, en su oficina de Los Pinos, llamó a Julio Scherer para hablar sobre algunos puntos de vista expuestos en el periódico que le parecían inadecuados. Ante el escrutinio del mandatario, Scherer trató de presentar una defensa de la pluralidad de opiniones. El desenlace del evento parece predecible,

---

<sup>191</sup> Vicente Leñero, *op. cit.*, p. 326.

con el presidente gritando al editor “¡Hasta cuándo dejará usted de traicionar a este país!”<sup>192</sup> De manera parecida, en numerosas ocasiones acusó Porfirio Muñoz Ledo, entonces presidente del Partido, a los columnistas de *Excelsior* de alentar a los representantes de la derecha con su actitud profundamente reaccionaria, o a los jóvenes que tuvieron la oportunidad de servir dentro de una estrategia de regeneración generacional de defraudar la confianza que en ellos depositaron el partido y el pueblo.<sup>193</sup>

Carlos Fuentes, en *El Sol de México*, siempre leal a su postura, acusaba al grupo de Scherer de cubrir al presidente Echeverría de ignominia a tan sólo unos meses de terminar su sexenio, manchando la obra de todo su gobierno: “una vez más, los enemigos, abundantes y poderosos de Echeverría, han aprovechado una situación particular —la crisis interna de *Excelsior*— para sumarse en un esfuerzo final, oportuno por tardío, de desacreditar una política que les daña.”<sup>194</sup>

Manuel Becerra Acosta, antiguo colaborador de Scherer, decide separarse del grupo para crear, en noviembre de 1977, un nuevo periódico bajo el nombre de *unomásuno*. A los antiguos trabajadores de *Excelsior* se suman periodistas de provincia y perseguidos políticos de centro y Sudamérica —marxistas, comunistas, feministas y teólogos de la liberación— para formar su planta editorial. El *uno* fue el primer periódico en México que interrumpió la larga tradición de confinar las opiniones de los colaboradores a la página editorial, para esparcirlas a lo largo del diario, divididas en secciones: política, economía, internacional y cultura.<sup>195</sup> Excluye, también por vez primera, la sección de sociales de sus páginas y se ocupa con amplitud de los asuntos universitarios y de las ideas de la izquierda. Ejemplo de esta orientación política fue la cobertura, previo a cualquier otro diario, de la aparición del Frente Democrático Nacional al interior del

---

<sup>192</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>193</sup> *Ibid.*, p. 82 y 85.

<sup>194</sup> *Ibid.*, p. 271.

<sup>195</sup> Eduardo R. Huchim, “Tiempos del unomásuno”, *Revista de la Universidad de México*, 2011, núm. 84, p.

PRI. Su suplemento cultural, *Sábado*, corrió a cargo de Fernando Benítez —con la experiencia previa de *México en la cultura*, suplemento de *Novedades*; y *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*—, y de los escritores Huberto Batis y Cristina Pacheco.<sup>196</sup>

Además de *Proceso* y *unomásuno*, la revista *Vuelta* ocupó un lugar importante durante el sexenio. Heredera de *Plural*, editada por *Excelsior* entre octubre de 1971 y julio de 1976, agrupó a comentaristas como Gabriel Zaid, Enrique Krauze, Adolfo Castañón, Guillermo Sheridan, Alejandro Rossi y José de la Colina. Ambas representaron, bajo la dirección de Octavio Paz, un punto de encuentro para una generación de pensadores liberales, en oposición al régimen del Partido, sus políticas económicas y su visión del desarrollo.

En 1993, Paz hablaba de *Vuelta* como una revista primordialmente literaria y artística, pero atenta a los asuntos públicos. Hace un recuento de la crítica que animó a los colaboradores de la revista, y que se desplegó en varias direcciones: contra el excesivo presidencialismo y la hegemonía del Partido estatal; contra el sistema totalitario soviético y sus satélites, así como el chino; contra las dictaduras militares latinoamericana; y contra la política de las democracias liberales.<sup>197</sup>

Sin cerrar los ojos ante sus fallas terribles, las sociedades democráticas de Occidente poseen instituciones libres. Lo mismo puede decirse, con salvedades conocidas, de las imperfectas democracias de otros sitios[...] Debemos defender esas instituciones y defender los gérmenes de libertad que contienen, no anularlos. Ésta fue la orientación de *Plural* y hoy es la de *Vuelta*. La crítica del sistema mexicano fue difícil pero no provocó las polémicas, los denuestos y las injurias con que se contestó a nuestra denuncia del

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>197</sup> Octavio Paz, *Itinerario*, México, FCE, 1993, p. 110.

totalitarismo soviético. No es extraño: muchos intelectuales mexicanos, desde hace más de medio siglo, han padecido una intoxicación ideológica. Algunos todavía no se curan.<sup>198</sup>

Ligada también a la crisis de *Excelsior* surge, en 1978, la revista *Nexos*. Bajo la dirección de Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín y Julio Frenk, el primer número buscaba difundir el trabajo de la academia para incidir en la discusión pública. Las reseñas —entendidas como una forma de ensayo crítico—, ocuparon un lugar muy importante dentro de los primeros números de la revista.<sup>199</sup> Gradualmente, se prestó mayor atención a las opiniones de los colaboradores. *Nexos* sirvió siempre como un espacio privilegiado entre los estudiosos de las ciencias sociales, la historia y la literatura, marcado por su rigor académico. Para la redacción del primer número, Florescano acudió a antropólogos, filósofos, sociólogos, economistas, demógrafos y físicos como Guillermo Bonfil Batalla, Pablo González Casanova, Lorenzo Meyer, Luis Villoro, Antonio Alatorre o Cinna Lomnitz.<sup>200</sup>

La aparición de estas cuatro alternativas periodísticas, todas ellas herederas del *Excelsior* de Julio Scherer, resulta aún más interesante cuando tomamos en cuenta sus formas de organización. Mientras que *Excelsior* estaba constituida como una cooperativa de trabajadores, sus sucesoras tomaron la forma de empresas privadas. Recordemos que, desde la aparición en 1938, durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, de la Ley General de Sociedades Cooperativas, la cooperativa fue un elemento esencial dentro de la composición del sistema corporativo revolucionario.

La toma de decisiones al interior de las unidades productivas, que involucraba por igual a todos los cooperativistas, se llevaba a cabo en grandes asambleas generales. Este sistema de

---

<sup>198</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>199</sup> Luciano Concheiro *et al.*, *Las décadas de Nexos*, t. 1: 1978-1997. *Memoria del Director Enrique Florescano*, Luis Miguel Aguilar, México, FCE, 2018, p. 19.

<sup>200</sup> *Ibid.*, p. 21.

organización del trabajo, desde luego, abría la puerta a prácticas que otorgaban un gran control de la política de las cooperativas a las autoridades del Partido y del gobierno. La manipulación del voto, las negociaciones extramuros e, incluso, la presencia de grupos porriles dentro de las asambleas (muchas veces violentos) enviados por Gobernación o por algún sector del PRI, eran la regla, más que la excepción.

El predominio de las nuevas empresas privadas entre los nuevos medios informativos representó una ruptura con la administración corporativa de la producción periodística, así como de sus lazos de solidaridad con el Estado. Por supuesto, este alejamiento fue gradual: durante gran parte del sexenio de López Portillo, los ingresos por publicidad estatal permitieron, en mayor o menor medida, el sustento del periodismo independiente. Sin embargo, hacia 1982, conforme las críticas a su política económica aumentaron, el presidente orquestó un gran boicot publicitario contra *Proceso*. Cuestionado por su falta de apoyo a la prensa, en una comida dedicada al Día Mundial de la Libertad de Prensa, en junio de 1982, respondió con el famoso “no te pago para que me pegues”.

¿Una empresa mercantil organizada tiene derecho a que el Estado le dé publicidad para que sistemáticamente se le oponga? Esta es, señores, una relación perversa, una relación morbosa, una relación sadomasoquista que se aproxima a muchas perversiones que no menciono aquí por respeto a la audiencia: ‘te pago para que me pegues’. ¡Pues no, señores! Es legítimo y razonable que si el Estado da publicidad y la paga, es para alcanzar un propósito en la sociedad civil que formaliza políticamente y a la cual debe servir: publicidad para que su acción, para que sus propósitos, para que sus principios, obtengan reconocimiento, justificación o le den prestigio: para eso paga la publicidad. Pero cuando paga publicidad y obtiene sistemáticamente un efecto contrario estamos en presencia de una constante opositora que se justifica plenamente en el caso de los partidos políticos,

pero que en empresas mercantiles que quieren ganar dinero con la venta de su opinión, con la venta de su difusión, tenemos que hacer reflexiones y distingos.<sup>201</sup>

Es en este contexto académico y cultural que López Portillo va a articular su mensaje, respondiendo muchas veces a aquellos críticos de su administración. Aunque la mayor parte del tiempo el diálogo no sea frontal, la aparición gradual de un bloque liberal entre los intelectuales —y en general de la crítica, ya sea desde la derecha o desde la izquierda— va a condicionar terminantemente la respuesta del Ejecutivo, en especial durante sus últimos años de gobierno.

Comenzaremos ahora con el análisis de los textos. Nos abocamos a la lectura de dos novelas tempranas de López Portillo, puesto que en ellas expone, de manera explícita, algunas de sus ideas éticas y políticas centrales. También, para ilustrar la importancia de las imágenes del mundo precolombino dentro del imaginario personal del mandatario. Estas imágenes aparecerán, de forma recurrente, dentro de su expresión oral y escrita, cargadas de significados, o como analogías de la vida pública contemporánea.

#### EL PRESIDENTE COMO LITERATO

A casi cuarenta años de su gobierno, José López Portillo es recordado por el dramatismo que inundaba sus discursos. Para comprender la literariedad de su presencia pública, debemos comenzar este análisis con sus dos novelas breves, la primera de ellas publicada en 1965, a sus 45 años.

Su producción literaria comienza con *Quetzalcóatl*, una interpretación personal de la trágica leyenda tolteca. Detrás del relato, sencillo pero cuidadosamente escrito, se observa el profundo interés de López Portillo por la cultura prehispánica, así como su lectura recurrente y

---

<sup>201</sup> Carlos Marín, “La relación entre el gobierno y los medios de comunicación, en debate”, *Proceso*, 14 de junio de 1982, p. 18.



apasionada de Fray Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada, los códices Borgia y Chimalpopoca, y la obra de su propio padre, José López-Portillo y Weber, conocido por su historia de la conquista de Guadalajara y Jalisco.

La imagen de Ehécatl-Quetzalcóatl, y su espejo opuesto, Tezcatlipoca, ha ocupado un lugar importante en el imaginario mexicano desde la Colonia. En el contexto de la crisis del proyecto revolucionario, sin embargo, se convierte en una analogía útil del desarrollo, con todos sus vicios y virtudes. La vida del hombre-deidad, que llevó la civilización a Tula, estuvo marcada por la contradicción entre la grandeza del pueblo tolteca y la culpa frente al abuso de los débiles por los poderosos. El mismo López Portillo se encarga de enfatizar el conflicto redistributivo en su narración: “No me asusta el dolor, Topiltzin, me duele la injusticia”.<sup>202</sup> Debemos reconocer, sin embargo, que esta incursión en el pasado prehispánico conlleva un riesgo de manipulación historiográfica. Equiparar al Estado revolucionario, o al gobierno particular de un mandatario como coyuntura crítica, con la figura mítica del hombre-Dios puede ser visto como un intento por construir una figura mítica alrededor de la acción pública, que se justifica ante todo como designio divino. El hombre que encarna a la nación mexicana, con su historia ancestral, no puede equivocarse. Todo aquel que se oponga a su autoridad es, por ende, un *malinchista*, un traidor a la patria o un egoísta ensimismado.

Al igual que Echeverría, con quien compartió una cercana amistad desde la infancia, López Portillo encontraba una de sus mayores preocupaciones en el estancamiento de la Revolución Mexicana, y en el gradual abandono de sus principales promesas. El riesgo que corría el Partido y su gobierno era convertirse en una maquinaria obsoleta, incapaz de dialogar con las mayorías. Al voltear a ver las prioridades del régimen, no podía más que pensar lo mismo que Quetzalcóatl, frente a la gran pirámide que el pueblo tolteca construía en su honor: “¡Es un

---

<sup>202</sup> José López Portillo, *Quetzalcóatl*, México, Manuel Porrúa, 1975, p. 68.

horrible monumento a mi soberbia, construido con el dolor y la sangre de los miserables y los vencidos!”<sup>203</sup>

Por otro lado, la lectura de *Don Q*, escrita en 1967 y publicada en 1976, durante su campaña presidencial, nos ayuda a entender el trasfondo de su discurso político. Habiendo leído a personajes como Unamuno, Goethe, Platón o Aristóteles, quienes moldearon su pensamiento, López Portillo desarrolla una íntima reflexión metafísica. Entre las ideas expuestas en las 151 páginas que componen el manuscrito, las más interesantes para nosotros son aquellas relacionadas con el pensamiento y la escritura. A través de Don Q, el misterioso personaje que da voz a sus preocupaciones, López Portillo expone su teoría esférica del *Logos*: el pensamiento sólo alcanza su plenitud una vez que hemos comprendido la totalidad de su relato y lo visualizamos de manera simultánea. Para comunicar el pensamiento, el escritor reduce la totalidad, encerrada en su mente, a momentos circunstanciados e irreducibles.<sup>204</sup> La literatura, desde esta perspectiva, es el inverso del Logos: recrea la existencia global en una serie sucesiva de momentos artificiales. En otras palabras, la literatura es “la trascendencia al revés”.<sup>205</sup>

Esta exposición nos resulta interesante, puesto que podemos pensar que el mismo mandatario se condujo bajo este *ethos* discursivo para crear su imagen pública. Aun al expresarse sobre problemas concretos y delimitados, su intervención siempre se orientaba hacia un objetivo mayor y más amplio: el combate contra la pobreza y la desigualdad. Es decir, todas las dimensiones de su actuar como Ejecutivo se encontraban incrustadas en una visión universal, cuyo eje articulador era la realización última de la Revolución. Por ello, recurría a veces a argumentos poco rigurosos o, incluso, inconexos, al justificar sus decisiones. Es como si, de antemano, cualquier determinación estuviera sustentada, a priori, en un fin último, razón de ser

---

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>204</sup> José López Portillo, *Don Q*, México, PRI, 1976, p. 31.

<sup>205</sup> *Ibid.*, p. 32.

de su gobierno. Esta descripción, indudablemente, podría compartirla en lo general cualquier otra forma de jacobinismo revolucionario, aun sin el examen epistemológico explícito que la anima.

#### LOS GRANDES TEMAS DE LA CAMPAÑA

José López Portillo tomó protesta como candidato a la presidencia el 5 de octubre de 1975, en el Palacio de los Deportes. Su discurso inaugural giró en torno a la necesidad de fortalecer la confianza en el régimen revolucionario y en el Partido, la causa del pueblo. Algunos guiños al discurso oficial del presidente Echeverría se hacen presentes desde un inicio, especialmente en el ámbito de la política exterior.

Estamos y estaremos contra toda forma de sumisión, abuso, desigualdad o injusticia en cualquiera de sus manifestaciones. Por eso nuestra causa es la del tercer mundo, entendida su acción no sólo como defensa a la agresión sino como la conseguida participación en el destino del mundo en el que formamos mayoría.<sup>206</sup>

Tras hacer un breve recorrido de los orígenes burgueses del sistema democrático, ve en la Revolución Mexicana la primera revolución social del siglo. A diferencia de la fórmula liberal del siglo diecinueve, con su énfasis en la división de los poderes y la sumisión de la vida en común a un estado de derecho, la Constitución de 1917 buscó ir más allá en el camino de la democracia.

Aspiramos a mucho más que a un sistema político o un régimen jurídico. Queremos un estilo de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo. No un simple equilibrio de oportunidades iguales para quienes sabemos que no

---

<sup>206</sup> José López Portillo, *Memorias de campaña*, t. 1: *1a. Etapa: Querétaro, Guanajuato, Jalisco, Colima, Nayarit*, México, PRI, s. a., p. 9 (en adelante, *Memorias de campaña*, t. 1).

lo son, sino de seguridades sociales que tenemos que resolver en favor de los desiguales.<sup>207</sup>

Enumera después los derechos que deben ser preservados y satisfechos por los gobiernos manados de la Revolución: el derecho al trabajo y a la capacitación, la justicia social, la libertad de expresión y de información y la participación política. Esta lista, al priorizar de tal forma los derechos políticos de la ciudadanía, hace constancia de la herencia de 1968 y 1971. También sirve de punto de partida, en lo sucesivo, para reconocer la necesidad de cambio.

En 1975 la Revolución Mexicana es norma, realización y proyecto. También, en ocasiones, desviación e insuficiencia[...] Estructurar el cambio, constituye la máxima responsabilidad de la voluntad humana: influir en el futuro como progreso y no como regreso. Mantener en lo estructural lo que vale; desechar sin contemplaciones lo que no sirve y estorba.<sup>208</sup>

Antes de presentar su Plan Básico para el gobierno 1976-1982, habla de la importancia de la planificación, introduciendo algunas de las ideas que lo llevaron a la dirección de la Comisión de la Administración Pública durante el gobierno de Díaz Ordaz; semilla de su gran reforma administrativa.

Para ello la razón humana prevé, planea y programa. Racionalizar el destino es privilegio del ser humano. Normarlo; pasar del ser al deber ser para insertar fines humanos en la naturaleza, incluso la propia naturaleza social del hombre. Es así como la política se convierte en el más alto propósito de la cultura humana[...] Sobre el Plan y sus líneas de política ordenaremos el acto de gobierno en el tiempo y en el espacio, estableciendo las prioridades y resolviendo las carencias que las urgencias del país demanden.<sup>209</sup>

---

<sup>207</sup> *Loc. cit.*

<sup>208</sup> *Memorias de campaña, t. 1*, p. 11.

<sup>209</sup> *Loc. cit.*

Responde a los críticos de Echeverría, al decir que su régimen no es de transición, sino que su política es permanente y, en el caso de su política exterior, trasciende la importancia nacional y que, en conjunto con la obra de los mejores hombres del partido, da contenido a su programa.

Cárdenas, en su tiempo, y Echeverría en estos años, alertaron al pueblo y con su apoyo rompieron estructuras anquilosadas y crearon nuevas. El letargo encubría el privilegio.

Mirábamos sin ver. No volveremos a perder el camino. A ello me comprometo.<sup>210</sup>

Sus grandes objetivos se articulan a partir de la aplicación integral de la declaración de México 1975 sobre la igualdad de la mujer y su contribución al desarrollo y la paz. Hombres y mujeres, en común esfuerzo, serán los actores encargados del perfeccionamiento de México. Los pasos a seguir tienen como objetivo garantizar que la producción económica se supedita al bienestar de las mayorías. En la alianza para la producción se materializa sus aspiración más importante: sentar las bases para un desarrollo más justo. “Por ello debe recibir atención principal el vigorizamiento de la capacidad nacional para alimentar, vestir y dar habitación a las grandes mayorías populares”.<sup>211</sup>

El compromiso como militante del partido de la Revolución Mexicana y como su candidato a la Presidencia de la República, está contenido directamente con las clases trabajadoras y particularmente con los campesinos, por ser ellos quienes han llevado la más pesada carga en toda la historia del México independiente. Obreros y campesinos constituyen el objeto y propósito de la justicia propuesta por la revolución y plasmada en los artículo 27 y 123 de la Constitución.<sup>212</sup>

No siendo suficiente su compromiso total con las clases populares, en busca de legitimidad adicional recurre a sus propias raíces en la clase media.

---

<sup>210</sup> *Memorias de campaña, t. 1*, p. 12.

<sup>211</sup> *Memorias de campaña, t. 1*, p. 13.

<sup>212</sup> *Memorias de campaña, t. 1*, p. 15.

De origen soy clase media. Hijo de un militar modesto, empleado público, e intelectual. Fui educado en las escuelas de la revolución. Supe de penurias y de la necesidad de cubrir apariencias. Mi madre alargaba milagrosamente el salario de los dos empleos de mi padre. Pertenezco a una generación que, cuando tuvo que manifestar en la calle, fue a favor de la expropiación petrolera. Así se entiende mi vocación revolucionaria.<sup>213</sup>

Este párrafo ilustra cuáles eran las características más valoradas en los políticos revolucionarios: su modestia, su cercanía con la gente y su conocimiento del esfuerzo que, día a día, llevan a cabo para garantizar su subsistencia. Del pueblo emana la soberanía nacional y sólo el pueblo tiene un auténtico derecho de gobernarse; el hombre común, que ha llegado a su posición mediante el esfuerzo y el compromiso con el Partido y sus líderes históricos, es el único sensible a las necesidades de las mayorías. López Portillo enfatiza también que las clases medias son creación de la revolución; la Revolución Mexicana ha engendrado a su futuro representante, y a ella se debe. En lugar de utilizar el éxito y la riqueza personales como argumentos a favor de su capacidad para guiar la economía nacional, el revolucionario trata de ocultarlas casi con vergüenza. A final de cuentas, el empresario y el burgués han sido el enemigo constante, obstáculo en la consecución de las grandes metas nacionales. Además de servir a este propósito, la revaloración y enaltecimiento de las clases medias responde a un intento por incorporar a la población joven, universitaria y urbana al proyecto del Partido; por presentarlos como un producto y elemento fundamental dentro del pacto corporativo, no como un opositor latente.

Concluye su discurso de manera contundente: “El sistema económico de México está definido en la Constitución. Las atribuciones y responsabilidades del Estado son indeclinables y no están sujetas a negociación”.<sup>214</sup> Abdicar frente al sector privado y empresarial no sólo

---

<sup>213</sup> *Loc. cit.*

<sup>214</sup> *Memorias de campaña, t. 1*, p. 16.

significaría traicionar los valores que defiende el Partido, sino transgredir el orden jurídico existente, surgido de la voluntad popular; razón de ser misma del Estado.

Valdría la pena detenerse en dos momentos más de la campaña. El primero de ellos, que ha sido ampliamente reproducido, ocurrió en diciembre de 1975, frente a un grupo de miembros de la iniciativa privada en el Club de Golf Puebla. La reprimenda fue sutil pero severa: “Aquí, en Puebla, hay sitios en donde la gente muere de hambre; en este Estado, señores, hay cientos de mujeres embarazadas que declinan su vitalidad por subalimentación”.<sup>215</sup> Recurre entonces a la doctrina social de la iglesia, en un estado profundamente conservador, para hacer un llamado a la acción: “La única manera que tenemos para establecer una seguridad permanente, no es pidiendo que detrás de cada sistema de producción esté la fuerza armada para protegerla, sino haciendo un sincero, auténtico esfuerzo de justicia, para que nuestra gente, esa gente que se está muriendo de hambre viva en condiciones más humanas”.<sup>216</sup> La polémica no se hizo esperar y el mensaje tuvo un impacto inmediato. Esta no sería la única vez, sin embargo, que López Portillo pondría en juego el principio de laicidad del Estado.

No estoy hablando de doctrinas exóticas sino de realidades que podemos ver tan sólo con recorrer la periferia de las ciudades, a donde la miseria del campo arroja a millones de compatriotas; salgamos al campo para ver cómo viven los campesinos de nuestro país. Muchas veces se nos olvida que son seres humanos; muchas veces se nos olvida que tienen hijos, como nosotros, y muchas veces les negamos el trato que pediríamos para los nuestros[...] ¿Cómo nos gustaría que trataran a nuestros hijos si fuéramos campesinos, si no tuviéramos un pedazo de carne ni una vez al año? Pues, señores, la regla de oro de la convivencia humana consiste en tratar a los demás como nos gustaría

---

<sup>215</sup> José López Portillo, *Memorias de campaña*, t. 3: *3a. Etapa: Tlaxcala, Puebla, Oaxaca, Chiapas*, México, PRI, s. a., p. 51 (en adelante, *Memorias de campaña*, t. 3).

<sup>216</sup> *Loc. cit.*

ser tratados, y no exigir de otro lo que uno no está dispuesto a dar; y esto no lo dijo Marx, lo dijo Cristo.<sup>217</sup>

El segundo capítulo de la campaña que mencionamos tuvo lugar el 6 de abril de 1976, en el Teatro Victoria de la capital de Tamaulipas. En este caso, el candidato se refirió a la Ley de Asentamientos Humanos, enviada al Congreso por el presidente Echeverría. Cabe aclarar que, dentro del proceso legislativo, tanto Echeverría como Porfirio Muñoz Ledo, presidente del partido, llevaron a cabo una amplia campaña informativa entre los distintos sectores del PRI. En esta ocasión, frente a la asamblea estatal de la CNOP, López Portillo habló del problema que planteaba la migración a las ciudades y el crecimiento generalizado de la población urbana. El propósito principal de la iniciativa era generar las condiciones para que, en el futuro, todos los colonos irregulares pudieran adquirir títulos de propiedad y tener acceso a servicios básicos. En segunda instancia, la Ley se proponía evitar la especulación y el acaparamiento de la tierra.

Yo les pregunto a ustedes si es justo que una sociedad, que crece y necesita terrenos, al crecer y demandar terrenos haga más ricos a quienes los tienen sin que ellos trabajen, tan sólo porque la sociedad crece y hay más demandas de tierra[...] De ninguna manera puedo entender que, quien carece de todo mérito, aprovechando el crecimiento de nuestra sociedad, se haga rico y, lo que es peor, a costa de los más pobres de los mexicanos.<sup>218</sup>

Una vez más, introduce la cuestión de la tierra y la vivienda en su visión del trabajo como derecho fundamental, alrededor del cual se mueven todas las necesidades del individuo. Además, hace explícita su desconfianza de los grandes propietarios para, después, hacerlos responsables de la crisis humanitaria.

---

<sup>217</sup> *Memorias de campaña, t. 3*, p. 52.

<sup>218</sup> Luis Echeverría *et al.*, *Unidos en lo esencial*, México, PRI, 1976, p. 41 (en adelante, *Unidos*).



Si vivimos en un pretendido régimen de justicia social, en el que nos tenemos que comprometer a darles a los mexicanos, por el hecho de ser mexicanos, aquello que necesitan para un mínimo de vida digna, tenemos que darles trabajo y, a través de su trabajo, habitación para sus hijos, alimento para sus familias, posibilidades de vestirse dignamente, de no tener frío. Posibilidades de distraerse sanamente. Darles oportunidad de risa y de gozo. Y cómo puede una gente gozar y reír si no tiene techo[...] Creo que la disyuntiva es clarísima: entre los que tanto tienen y quieren más, y los que nada tienen y quieren un techo, estamos por los que quieren un techo.<sup>219</sup>

Mucho hemos dicho que, durante los primeros años de su sexenio, López Portillo mantuvo una política de cordialidad con el empresariado para tratar de recuperar la confianza en el gobierno que la crisis de 1976 y el acelerado gasto público de la administración de Echeverría habían deteriorado. Sin embargo, la campaña no estuvo exenta de señalamientos y acusaciones frontales.

La buena fe democrática fue contestada por un grupúsculo de industriales que fueron a buscar paraguas para protegerse a Monterrey[...] Y no sé si más ridículos que perversos, o más perversos que ridículos, en gesto de Ku Kux Klan [*sic*], escondiéndose de las miradas de todos, dando saltos y señas como polkos contemporáneos, fueron ahí a realizar actos de manipuleo de la opinión pública para mal informarla[...] Meterse en capuchas, negar nombre y rostro, buscar protección de una ciudad progresista para mandar una campaña tan perversa, como la de ir a tocar las puertas por medio de sus agentes y decirles, a los pequeños propietarios de casa-habitación: yo vengo del gobierno, les vengo a quitar su cuarto porque la Ley de Asentamientos Humanos me da posibilidad de meterme aquí[...] Maniobras tan burdas, tan ridículas, como ésta, fueron capaces de iniciar este grupo de polkos kukuxklandes modernos. Por eso yo los condeno. No estoy

---

<sup>219</sup> *Unidos*, p. 42.

con ellos. Estoy con las mayorías del pueblo de México y repito, no porque sus opiniones sean distintas. Cada quien tiene derecho a su opinión y, en un régimen democrático como el nuestro, todos tienen oportunidad de demostrar que tienen la razón. Pero no la tiene quien está simplemente pensando en sus intereses, quien tiene muchas propiedades, aunque sepa que es injusto que las detente porque está explotando a mucha gente.<sup>220</sup>

Me permito reproducir la cita anterior, en su amplia extensión, por una simple razón. Estoy convencido de que, en este ataque contra los terratenientes, independientemente del asunto particular que le dio origen, hay un atisbo de la misma racionalidad que llevó a Echeverría, y a sus antecesores, a enfrentarse con el periodismo independiente: la prensa debe ser libre; sí. Pero nunca neutral. Debe tomar el partido de la Revolución o enfrentarse a la ignominia. Los industriales, al igual que cualquier mexicano, tienen derecho a expresar su opinión libremente. Pero mientras su opinión esté asentada en el interés personal, mientras siga siendo un obstáculo a las metas comunes, no podrá gozar nunca de legitimidad.

Antes de concluir con esta primera etapa, me gustaría dejar en claro la dimensión que ambos presidentes, y el liderazgo del partido, otorgaron al problema de la tierra y a la Ley de Asentamientos Humanos, recurriendo a una expresión de Porfirio Muñoz Ledo: “Si bien la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados favorece la expansión económica de México porque propicia una relación equitativa entre las naciones, no es menos cierto que representa la prolongación internacional del Artículo 27 constitucional”.<sup>221</sup> De esa forma, veían en el precepto constitucional un principio de universal aplicación. El mismo título que Echeverría eligió para su defensa de la iniciativa, “Unidos en lo esencial”, y que seguiría utilizando como motivo, convierte al reparto de la propiedad en un tema central del pacto social.

---

<sup>220</sup> *Unidos*, pp. 43 y 44.

<sup>221</sup> *Unidos*, p. 55.

## EL PENSAMIENTO OFICIAL

Unos meses después de hacerse cargo de la presidencia, López Portillo publicó un *Manual de la filosofía política del presidente*, con la idea de poner al alcance de todos los trabajadores del Estado los preceptos básicos que deberían guiar la acción gubernamental durante su sexenio. Su estructura sigue el esquema de la sectorización administrativa. Comienza con la reforma agraria, igualando la agricultura con el agrarismo.

Es fundamental entender que la agricultura en México es un todo continuo, es una sola cosa con el agrarismo. Agricultura y agrarismo son expresiones de un solo propósito: trabajo, justicia para distribuir la riqueza que el campo genera con el trabajo de los mexicanos. En la medida en que se deforma la agricultura porque no se cumple con el agrarismo, México tiene problemas.<sup>222</sup>

Va más allá cuando dice que la reforma agraria es México, es la razón de ser del Estado y su destino. Continúa reafirmando la función social de la propiedad: “La tierra es de quienes la trabajan y se labora para producir”.<sup>223</sup> Introduce también la idea de la congruencia entre todas las acciones dirigidas a solucionar el problema del campo y la importancia de un esfuerzo totalizador dentro de cada sector y, en última instancia, dentro de la acción estatal en su conjunto.

La única forma de incrementar la productividad del campo y mejorar las condiciones de vida de los minifundistas es por medio de la colectivización. La conjunción de fuerzas y de propósitos que da lugar al ejido es la forma en que el campesino puede progresar y aprovechar la tierra a plenitud. El reparto ha llegado al tope en algunas regiones; el siguiente paso es la

---

<sup>222</sup> José López Portillo, *Manual de la filosofía política del presidente*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1977, p. 19 (en adelante, *Manual*).

<sup>223</sup> *Manual*, p. 20.

reintegración de las unidades de producción. Al denunciar a los caciques locales como fuerzas de la reacción, hace un llamado a la unidad del pueblo con el Ejecutivo.

Si el pueblo y los titulares del poder público se unen en la lucha contra los cacicazgos y asumen frente a ellos una conducta que no deje lugar a dudas, quedarán destruidas las falacias en que se apoyan, en gran parte, estas viejas y viciadas estructuras de dominación. Este impulso centralizador trata, a la vez, de reducir la influencia de las autoridades locales que, en conjunto con los terratenientes, aplican la ley buscando obtener el mayor beneficio. Es el Partido, y su gobierno, el que representa legítimamente la voluntad popular, y sus normas y planes de gobierno deben llegar a todo el territorio nacional por igual. En gran medida, los poderes fácticos locales han impedido alcanzar los objetivos comunes.

Al pasar al sector industrial, critica la forma en que se promovió la industrialización a cualquier precio, transfiriendo recursos del campo, de la gente más desprotegida a la economía urbana. Aún más interesante nos resulta su crítica al consumismo: la estructura de la producción y de las importaciones se determinó a partir de las necesidades de una clase privilegiada. “Y toda la planta industrial empezó a producir para nosotros, para la clase alta”.<sup>224</sup> En este caso, a diferencia de los anteriores que hemos mencionado, el presidente se reconoce a sí mismo como parte de las élites. Para explicarnos este cambio discursivo, debemos tomar en cuenta el lugar en el que se manifiesta, así como el público al que va dirigido: la sede de Diesel Nacional (DINA) en Ciudad Sahagún, en reunión de trabajo con altos funcionarios.

López Portillo se apropia, con fluidez, tanto de la categoría de miembro de la clase media sencilla, como de la clase alta mexicana, tratando de acercarse emotivamente al público. Al hacerlo, su mensaje es el siguiente: conozco tus preocupaciones y puedo colocarme empáticamente en tu lugar. De allí se infiere que, cualquier solicitud que haga el Ejecutivo a sus

---

<sup>224</sup> *Manual*, p. 44.

bases, al empresariado o a su planta administrativa, es razonable en tanto que ha sido formulada con plena conciencia de los costos que puede significar para el interlocutor. Tomando como ejemplo su visita a DINA, el presidente instruye a sus mejores funcionarios para hacer un sacrificio, abandonar sus intereses de clase y redirigir todos sus esfuerzos a la consecución de los planes nacionales, en beneficio de las clases populares.

En otras secciones del manual, López Portillo recurre al término descolonización para referirse a la nacionalización de industrias, puestas al servicio de la patria. A pesar de alejarse del uso tradicional de la palabra, la usa con éxito para sugerir, por oposición, la presencia vigente de un colonialismo interno.<sup>225</sup> Encontramos un ejemplo útil en su defensa de N de M.

El proceso de descolonización que caracteriza a nuestra historia independiente, escribió una página gloriosa al rescatar para el beneficio nacional a los Ferrocarriles Nacionales de México, que ahora administrados, conducidos por ustedes los trabajadores, realizan fundamental función en nuestra realidad nacional.<sup>226</sup>

Dejando atrás las consideraciones económicas, debemos analizar sus reflexiones en torno a la seguridad social y el sector salud. El presidente reconoce que el régimen atraviesa un periodo de crisis y de adaptación. No duda en garantizar que “la Revolución Mexicana posee dinamismo suficiente para superar nuestros conflictos, sin deterioro de la seguridad social, la eficiencia y la justicia”.<sup>227</sup>

La esencia misma de la dignidad humana es el derecho a disfrutar las oportunidades de la vida y no tan sólo las que satisfacen necesidades primordiales; el propósito fundamental de su gobierno es crear una sociedad donde la riqueza se distribuya con

---

<sup>225</sup> La idea del “colonialismo interno” es tomada de Pablo González Casanova. Presentada por primera vez, con todos sus elementos, en *La democracia en México*, de 1965; alcanza su máximo grado de desarrollo conceptual en la *Sociología de la explotación*, de 1969.

<sup>226</sup> *Manual*, p. 87.

<sup>227</sup> *Manual*, p. 117.

justicia[...] La esencia misma de la justicia social aporta a cada quien según su capacidad para que cada quién reciba lo que necesita.<sup>228</sup>

Parte de estos preceptos para formular una nueva visión de la profesión médica, que conciba a la salud como un derecho universal del ser humano.

En la medida en que consideramos, al ir profundizando en la obligación humana, que la salud es un derecho universal del hombre, tenemos que modificar la concepción de una profesión originalmente concebida y conformada en una sociedad individualista y liberal en la que el profesional servía a quien le pagaba. Esto es, la profesión médica vivía de curar enfermedades. Esta era la concepción liberal de la medicina profesional. Se vivía de la enfermedad, no de la salud.<sup>229</sup>

Defiende así la existencia de dos concepciones radicalmente opuestas: la medicina liberal y la medicina social. La medicina social, además, es la expresión del régimen revolucionario, que vincula la salud con el derecho al trabajo y con las posiciones gremiales. Así, “el derecho a la salud se convierte en un derecho del trabajo y, en consecuencia, aparece como una modalidad de la justicia distributiva”.<sup>230</sup> Esta conceptualización de la salud, admite, es limitada, a pesar del gran paso que representó. Por ello, se hace necesaria la conciencia crítica para transitar hacia una concepción totalizadora de la salud y la seguridad: “no sólo un derecho del trabajo sino un derecho a la vida, un derecho elemental que debe corresponder al hombre en una sociedad organizada.”<sup>231</sup> Esta sutil ruptura con la tradición corporativa de las instituciones de seguridad social no es menor; es posible que este sea uno de los primeros impulsos hacia la universalización de la protección social en México.

---

<sup>228</sup> *Loc. cit.*

<sup>229</sup> *Manual*, p. 118.

<sup>230</sup> *Manual*, p. 119

<sup>231</sup> *Loc. cit.*

Aparecen en esta sección algunos otros elementos de una política social moderna; elementos que, hoy en día, se encuentran en el centro del debate público. Por ejemplo, la búsqueda de una “justa distribución de las cargas sociales”,<sup>232</sup> reconociendo que una solución sistémica no puede depender del sacrificio de una parte de la sociedad —las madres de familia y las enfermeras, o los maestros y médicos con una excepcional vocación de servicio—.

El día en que cada mexicano, en materia de salud, tome de la sociedad lo que necesita con independencia de lo que aporte, estaremos viviendo auténticamente en un cuerpo social en el que la justicia social es una realidad; mientras tanto tendrá que ser un imperativo permanente, un propósito firme de quienes nos pensamos, nos creemos y queremos actuar como revolucionarios y, a la vez, será un dolor y una vergüenza.<sup>233</sup> A pesar de que la expansión de la protección social pareciera entrar en conflicto con la organización corporativa del régimen, podemos entenderlo como un intento por incorporar a los crecientes grupos de la sociedad excluidos de las instituciones tradicionales. Claramente, esta coexistencia de esquemas contributivos y universales es el origen de muchas contradicciones que aún hacen del sector una de las áreas de política pública más complejas y difíciles.

En el ámbito educativo, destaco su deliberación sobre el compromiso social de las universidades con los grandes problemas nacionales. Su visión del profesionista dista mucho de la concepción liberal anglosajona. Previene a los estudiantes que, no conformes con su compromiso autocrítico de formar parte de una élite, creen que, una vez acreditado el servicio social, regresan a la sociedad lo que recibieron.

---

<sup>232</sup> *Manual*, p. 122.

<sup>233</sup> *Manual*, p. 125.

A la sociedad no se le paga con el servicio social nada más; se le paga con la proyección vocacional de una profesión que le hace falta a la sociedad. Por eso yo estoy empeñado no sólo en que el profesional haga su servicio social sino que entienda la función profesional como una constante entrega, salvados sus derechos de sobrevivencia digna, a la sociedad que lo tiene permanentemente obligado.<sup>234</sup>

Es necesario proveer un canal de comunicación fluido para la coparticipación de los universitarios con el Estado. Hay que crear un vínculo inquebrantable Universidad-pueblo y Universidad-sociedad.

Es notoria la desatención de la dimensión macroeconómica. Los principios rectores de la política monetaria, por ejemplo, no figuran sino hasta las últimas páginas del texto, junto a las consideraciones de política exterior. A pesar de que nos encontramos ante un documento de carácter ideológico, no técnico, el papel secundario que ocupa el compromiso con la reestructuración económica demuestra, en conjunto con lo ya expuesto, que, una vez más, el programa global de gobierno está sujeto a la justicia social como valor central del régimen, del Partido y de su Constitución. La acción pública se organiza y estructura alrededor del bienestar, articulado en el caso de López Portillo en el derecho al trabajo. Frente a la crisis de confianza, el Estado responde incrementando los beneficios del pacto social y distribuyéndolos entre más sectores de la población, que antes quedaban excluidos; reconcentrando el poder en el Ejecutivo; y radicalizando la oposición entre lo común y lo privado, reafirmando así la necesidad innegable de su permanencia.

A lo largo del sexenio, la Secretaría de Programación y Presupuesto publicó la serie *Cuadernos de filosofía política*, compuesta por 48 números. En ellos, se reúnen declaraciones del presidente, hechas desde el inicio de su campaña como candidato a la presidencia hasta el final

---

<sup>234</sup> *Manual*, p. 169.



de su mandato, que dan testimonio de las constantes en su pensamiento. En la tercera entrega, dedicada a la política petrolera, se habla de la responsabilidad histórica de racionalizar el uso de los hidrocarburos. Inclusive, se dedica un apartado entero a desarrollar la idea de la administración de la abundancia, frase a la que se recurre burdamente, sin entrar en detalles, para ejemplificar un supuesto optimismo desmedido e ingenuo, detrás de la crisis de 1982.

Es importante que vayamos abriendo el campo de nuestra conciencia a lo que está ocurriendo en nuestro país: primero Petróleos Mexicanos, y después todo el país tienen que empezar a prepararse para administrar, ya no sólo problemas y miserias, sino para administrar —si lo sabemos hacer— la abundancia. No suponer que porque tenemos petróleo, y mucho —y seguramente más del que muchos se imaginan—, hagamos de este recurso el único factor para resolver nuestra crisis. Mal haríamos si convirtiéramos el petróleo en el factótum del desarrollo, cuando el país ha adquirido una diversificación suficiente para poder avanzar conjuntamente en varias áreas.<sup>235</sup>

Si bien su preocupación gira, principalmente, alrededor del carácter escaso y no renovable del crudo; hay también consciencia clara de los riesgos que implicaría depender del petróleo, a costa de la política de diversificación comercial. Plantea también la disyuntiva entre beneficiar las generaciones actuales o a las futuras: ¿el excedente petrolero puede, íntegramente, utilizarse para disminuir la precariedad y la pobreza? ¿Debe dirigirse en su totalidad al pago de la deuda? La respuesta, a la que debe llegarse por medio de la discusión informada y de consideraciones técnicas, es la cuestión central de la administración de la abundancia.

Ese es el problema tal vez más importante de las decisiones planeadas. ¿Por quién vamos a planear? ¿Para los que ahora se mueren de hambre o para los que no queremos que se mueran de hambre? Ese es el problema más serio que una política de planeación, que la

---

<sup>235</sup> José López Portillo, *Política petrolera*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1978, p. 33.

política, política por excelencia, debe confrontar. Y ese es el compromiso que nosotros debemos cumplir y admitir aquí, frente a este optimista pero responsable panorama de abundancia.<sup>236</sup>

A pesar de eso, siempre le quedó claro que, la proporción del excedente petrolero que no se dedicara al pago de la deuda, debía servir para profundizar los avances de la justicia social. A tal grado asociaba la producción de Pemex con la política social que propuso, ya desde 1977, la creación de un Fondo Nacional del Empleo, “que se nutrirá con lo que estamos extrayendo del subsuelo nacional”.<sup>237</sup> El fin último del aumento en las exportaciones petroleras sería contribuir a una política de industrialización, enfocada en la creación de empleos permanentes.

El periodo de López Portillo es, quizá, uno de los más documentados. Si profundizáramos en los innumerables discursos que pronunció durante sus visitas a los estados, correríamos el riesgo de caer en la repetición excesiva. En términos generales, las ideas expuestas durante su campaña presidencial y en los documentos de filosofía política definen el resto de su sexenio. Es posible que, a posteriori, se hayan exagerado las discrepancias dentro de su visión de gobierno, con el propósito de trazar una línea divisoria pre y post 1978. Debemos cuestionarnos también el supuesto rompimiento con las políticas de Echeverría durante los primeros años de su mandato. A pesar de haber hecho un esfuerzo consciente para reducir la influencia de su antecesor sobre su gobierno, fue un referente continuo en la búsqueda por trazar continuidad entre sus proyectos de desarrollo. Podemos citar, a manera de ejemplo, el discurso del mandatario en la clausura del II Congreso Nacional de los Pueblos Indignas, en febrero de 1977.

La primera reunión fue convocada por un hombre cuyo nombre aquí no se ha pronunciado, y tenemos que ser congruentes con nuestra historia, debemos ser

---

<sup>236</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>237</sup> *Ibid.*, p. 35.

congruentes con nuestra voluntad. Ese nombre, que debe ser pronunciado y aplaudido, es el de Luis Echeverría. Fue él quien propició la primera reunión; a mí, en Querétaro, me tocó cosechar sus frutos.<sup>238</sup>

Por último, no podemos dejar de lado su intervención en la quinta y última Reunión de la República, celebrada en Guadalajara, Jalisco, el 5 de febrero de 1982. En presencia de los gobernadores, y en un contexto económico cada vez más delicado, López Portillo hace un llamado para evitar la fuga de capitales, así como el consumo suntuoso de bienes extranjeros, incluyendo la compra de propiedades en Estados Unidos.

Es legítimo, la ley no lo prohíbe, la generosidad de nuestras libertades lo permite; pero reflexionen los que lo han hecho: su fortuna se ha generado con el trabajo de todos los mexicanos, muy frecuentemente al amparo de una legislación que mexicaniza. Y ¿por qué existe?... Porque se supone que los mexicanos se van a solidarizar con México y con los mexicanos[...] actuemos como mexicanos, no como extranjeros vergonzantes... Estamos dándole ritmo al valor de nuestra moneda con el desliz, con los aranceles, con las licencias y con los estímulos y fomento a las exportaciones. Ésa es la estructura que conviene al país... la que me he comprometido a defender como perro.<sup>239</sup>

#### ACTIVISMO HACIA EL EXTERIOR

En el ámbito internacional, hay tres momentos clave que no podemos perder de vista: la visita de Jimmy Carter a México, la presentación del Plan Mundial de energía ante la Asamblea General de la ONU y la Reunión Internacional sobre Cooperación y Desarrollo de Cancún. El encuentro

---

<sup>238</sup> José López Portillo, *México: Texto íntegro de los discursos del presidente José López Portillo en los estados, diciembre 1976-diciembre 1981*, México, PRI, 1982, p. 237 (en adelante, *Discursos*).

<sup>239</sup> José López Portillo, *Mis tiempos: biografía y testimonio político*, t. 2, México, Fernández editores, 1988, p. 1168.

entre ambos mandatarios ha sido considerado un momento crucial dentro de nuestras relaciones bilaterales, especialmente en el contexto de las negociaciones de compra-venta de gas. La economía de los energéticos representa una oportunidad para los países exportadores de reafirmar su autonomía y acelerar su proceso de desarrollo. En la recepción de López Portillo se manifiestan, también, las tensiones que caracterizaron al periodo.

En tres mil kilómetros de frontera somos la muestra más representativa de la relación Norte-Sur, confluencia de dos civilizaciones en expansión, antes separadas por el desierto, hoy compleja y estrechamente vinculadas por conurbaciones e intercambios[...] Hoy Estados Unidos reajusta su poderío e influencia en un mundo irracional que se niega a ordenar sus intereses y violencias conforme a derechos y obligaciones; un mundo en el que las maniqueas geometrías políticas dificultan el desarrollo y hacen angustioso el subdesarrollo, al tiempo que las hegemonías económicas desnacionalizadas, sin responsabilidades sociales y sin metrópoli, se lo reparten, ganándole la carrera a los Estados soberanos. Y hoy, en ese mismo mundo, México por primera vez en su historia, tiene la oportunidad, a partir de un recurso no renovable y la autodeterminación financiera que le significa, de resolverse como la nación libre, segura y justa en que soñaron sus próceres, regida por las normas de una Revolución hecha Gobierno y empeñada en vivir en una paz nutrida por el respeto al derecho ajeno.<sup>240</sup>

La propuesta de México, de adopción de un Plan Mundial de Energía, que pusiera orden al intercambio de energéticos entre los países en vías de desarrollo y los desarrollados planteaba la necesidad ineludible de distribuir los costos y las responsabilidades de la producción entre todos los países, así como de los beneficios del progreso científico y tecnológico.

---

<sup>240</sup> José López Portillo, *Discursos del presidente José López Portillo*, México, Sociedad Mexicana de Ingenieros, 1979, pp. 8 y 9.

Paradójicamente, los avances del saber y del quehacer, a veces se deshumanizan y no siempre implican civilización. Aparecen zonas o grupos donde lo simple se convierte en vital y aún los poderosos corren el riesgo de convertirse en países en vías de subdesarrollo. La energía nos permite ya desplazarnos a velocidades superiores a la del sonido e informarnos a la velocidad de la luz. Así hemos acortado las distancias y acelerado el tiempo: pero también, para muchos hombres contemporáneos, hemos detenido el tiempo histórico y dilatado las distancias sociales.<sup>241</sup>

Los productores de petróleo, organizados, y tras revalorizar por primera vez sus materias primas, deben negarse a discutir tan sólo de precios petroleros. El debate debe llevar al surgimiento de un nuevo orden económico internacional. Los precios de los hidrocarburos no pueden aislarse de las obligaciones sociales y la solidaridad política que debe regir el comercio entre las naciones.

Disponemos ya de normas y disposiciones de carácter económico, generalmente aceptadas por los estados. A partir de ellas, como contenido concreto, será posible diseñar la estrategia totalizadora de un desarrollo común, equilibrado, que se exprese jurídicamente, en base a derecho internacional. Si desde Breton Woods se ordenó moneda y reconstrucción, ahora podríamos, en este foro, ya plenamente instituido, reordenar energía y resurgimiento.<sup>242</sup>

Hacia el final del sexenio, López Portillo hablaría una vez más frente a la Asamblea General. En esta ocasión, en plena crisis de la deuda, denuncia a los países desarrollados que han cerrado el canal del financiamiento a los productores, haciendo caso omiso de sus responsabilidades compartidas: “la reducción de las disponibilidades de crédito para los países en desarrollo tiene serias consecuencias no sólo para ellos sino para la producción y el empleo de los países

---

<sup>241</sup> José López Portillo, *Plan Mundial de Energía: proposición ante las Naciones Unidas*, México, Presidencia, 1979, p. 12.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p. 25.

industriales”.<sup>243</sup> Arremete también contra especuladores e inversionistas, quienes descapitalizan a países enteros y causan daños irreparables.

Es paradoja que mueve a reflexión, el hecho de que ahora critiquen el crecimiento de muchos países del sur quienes les prestaron con ese fin, y ahora regatean el crédito para continuarlo, cuando sólo el crecimiento nos permitirá pagarles y comprarles[...] Los países en desarrollo no queremos ser avasallados. No podemos paralizar nuestras economías, ni hundir a nuestros pueblos en una mayor miseria para pagar una deuda cuyo servicio se triplicó sin nuestra participación ni responsabilidad y cuyas condiciones nos son impuestas[...] Quiero ser enfático: los países del sur no hemos pecado contra la economía mundial. Nuestros esfuerzos para crecer, para vencer hambre, enfermedad, ignorancia y dependencia no han causado la crisis internacional. Más cerca de su origen está la decisión armamentista, vencer la fuerza con la fuerza, arrastrando a ese ilógico propósito, directa o indirectamente, a todas las economías.<sup>244</sup>

Finalmente, hablar de Cancún es hablar de uno de los encuentros más importantes en la historia del tercermundismo. No deja de ser irónico que, al mismo tiempo, haya marcado su final. Con ayuda del gobierno de Austria, López Portillo convocó a 22 jefes de Estado y de gobierno; 11 de ellos pertenecientes a países desarrollados, y 11 a países del Sur global. El gran objetivo de la cumbre correspondía a la expansión de los principios trazados en el Plan Mundial de Energía: el financiamiento compartido de los países pobres y ricos como único camino para el desarrollo. El llamado espíritu de Cancún fue adoptado con entusiasmo por países de distintas regiones y tamaños. Algunas de las propuestas más importantes del encuentro fueron la creación de un programa a largo plazo para erradicar el hambre con vistas al año 2000, la creación de un fondo

---

<sup>243</sup> José López Portillo, *Histórica jornada internacional: el presidente de México José López Portillo habla al mundo*, México, Presidencia, 1982, p. 14.

<sup>244</sup> *Ibid.*, p. 15.

alimentario dentro del FMI, el flujo de fuerza de trabajo desde los países desarrollados hacia los países en vías de desarrollo y la creación de una filial energética del Banco Mundial. En respuesta, Estados Unidos le dio la espalda a toda posibilidad de cooperación para el desarrollo. En suma, aun cuando las negociaciones comenzadas en Cancún nunca llegaron a los organismos y foros oficiales de las Naciones Unidas, su propósito era uno: “entender nuestra realidad contemporánea como problema compartido”.<sup>245</sup>

#### JOSÉ LÓPEZ PORTILLO INFORMA A LA NACIÓN

Del primer informe de gobierno recuperamos algunos puntos que complementan las ideas exploradas hasta este momento. En el espacio dedicado al campo, López Portillo reconoce los límites de la Reforma Agraria. Hay jornaleros que, probablemente, no puedan convertirse en propietarios de la tierra en un futuro cercano. A ellos, hay que protegerlos, en su lugar, por medio de la organización campesina y de la ley, garantizando condiciones laborales dignas y justas. Será deber del Estado equilibrar la relación entre jornaleros, y pequeños propietarios y comuneros, ahora en calidad de patrones. “No hay alternativa: o atendemos a nuestros campesinos, o no hay justicia, ni progreso, ni expectativas sanas para la nación”.<sup>246</sup>

Más adelante, al hablar sobre los hidrocarburos, nos encontramos con una de las expresiones más representativas de su gestión: “En la época actual los países pueden dividirse entre los que tienen y los que no tienen petróleo. Nosotros lo tenemos”.<sup>247</sup> Desde 1977, López Portillo predice el ascenso de México como potencia exportadora de petróleo.

---

<sup>245</sup> *Discursos*, p. 405.

<sup>246</sup> José López Portillo, *Informes presidenciales*, México, Cámara de Diputados, 2015, p. 23 (en adelante, *Informes*).

<sup>247</sup> *Informes*, p. 24.

Incluimos la industrialización de los hidrocarburos como parte esencial de la infraestructura de energéticos. Vamos a duplicar la capacidad de refinación y transporte y vamos a más que triplicar el tonelaje de petroquímicos. Esto requiere de una inversión de tal orden, que contando solamente con su consumo interno, no sería posible trazar ningún plan sensato para efectuarlo, por lo que tenemos que proyectarnos al mercado extranjero.<sup>248</sup>

Hay un cambio, que no debemos perder de vista, en el uso de los aranceles. La tradicional política de sustitución de importaciones, dice López Portillo, debe ser sustituida, paulatinamente, por un proceso de liberación comercial. Se destina, inclusive, un fondo especial de financiamiento a la promoción de las importaciones. Su principal preocupación es el precio de los bienes de consumo básico para las familias. Los impuestos a los productos extranjeros han puesto un gran peso sobre los consumidores más vulnerables.

La nueva política comercial está orientada a hacer de nuestro país un sólido exportador y un racional importador. Sólo con una política comercial integrada a los objetivos del desarrollo nacional, podremos corregir la carestía. Pero insisto: no será de la noche a la mañana, estamos haciendo todo lo posible, aunque reconozco que todavía es bien poco para aliviar las angustias de las amas de casa.<sup>249</sup>

Si comparamos el tono utilizado en 1977, con el del año próximo, podemos observar un cambio pleno en las expectativas del Ejecutivo. La recuperación económica, claro está, marcha a un ritmo acelerado y sus beneficios deberían reflejarse, pronto, en la vida cotidiana.

La descentralización del sector público es otra de las preocupaciones de López Portillo: llevar los organismos al “lugar en donde deben estar y a donde se deben”.<sup>250</sup> Este proceso se

---

<sup>248</sup> *Loc. cit.*

<sup>249</sup> *Informes*, p. 31.

<sup>250</sup> *Informes*, p. 34.



acompaña por la regionalización de la atención médica, fortaleciendo los servicios de salud pública en los estados e incrementando los recursos hospitalarios en las capitales.<sup>251</sup> Intenta, también, deshacerse de los intermediarios que dificultan la llegada de la ayuda gubernamental a las zonas más marginadas del estado de Guerrero, por medio de un Plan de la Montaña: “Hemos reunido en un sistema de coordinación, todos los recursos que en teoría a ello se dedicaban, para en la práctica hacérselos llegar”.<sup>252</sup>

Menciona también el problema migratorio y defiende el derecho de toda persona a buscar trabajo y bienestar. Reconoce sin vacilar la responsabilidad del Estado en el problema, cuando no es capaz de garantizar a todos educación y oportunidades por igual. La solución no está en la política policial, sino en la inversión pública para combatir las carencias estructurales.

Deseamos que en nuestra patria los mexicanos puedan lograr su máxima realización personal y social. No obstante varios miles de trabajadores mexicanos se ven atraídos a cruzar nuestras fronteras careciendo de la documentación respectiva, en busca de ajenos horizontes. Representan en parte el efecto de nuestro desempleo. Reitero que no son delincuentes; que la posible violación de leyes migratorias no genera el contraderecho de infringir leyes laborales y menos los derechos humanos[...] Hemos puesto todo nuestro empeño en ir a las causas y atemperar los efectos del problema.<sup>253</sup>

Antes de concluir, haciendo un examen crítico de las dificultades a las que se enfrenta el proyecto de la Revolución Mexicana, asume la responsabilidad sobre la permanencia de las instituciones y los objetivos revolucionarios. Para ello, traza como objetivo de su sexenio darle un nuevo contenido al pacto social, acorde a la realidad cambiante, que logre incorporar la diversidad de intereses e incorporar a los nuevos actores políticos y sociales.

---

<sup>251</sup> *Informes*, p. 35.

<sup>252</sup> *Informes*, p. 37.

<sup>253</sup> *Informes*, p. 42.

Ninguna sociedad puede sustraerse a sus propias contradicciones y a las que de fuera vienen. Pueden negarse por miopía, terquedad o ilusión y entonces deviene el retroceso y la involución. Deben primero entenderse y después dominarse, para resolverlas dialécticamente ya como anulación revolucionaria, ya como integración evolutiva de sus propios término[...] Ahora depende de nuestro talento y perseverancia, disipar los problemas antes de que devengan en aberrantes dilemas.<sup>254</sup>

Más adelante nos ocuparemos del periodo posterior a 1982 y de los cambios radicales que lo acompañaron. Sin embargo, podemos decir que la crisis con que cerró el sexenio significó el rotundo fracaso de este propósito. No sin razón diría, años después, en una entrevista para *Proceso*, considerarse “el último presidente de la Revolución”.<sup>255</sup> El mismo motivo se asoma en el segundo informe de gobierno y los sucesivos, cada vez con mayor violencia.

Otro tema recurrente, y que me gustaría destacar, son los programas creados a partir de las investigaciones de Coplamar. En 1980, durante el cuarto informe, se habla de la creación de CONSAUPO-COPLAMAR, programa de almacenes regionales de abastecimiento para zonas marginadas, parte esencial de la “acción totalizadora de justicia social”.<sup>256</sup> Se ofreció también, mediante las unidades rurales IMSS-COPLAMAR, atención a campesinos de localidades que carecían de atención médica.<sup>257</sup>

Fortaleceremos cada vez más los programas que beneficia a los marginados, mediante el sistema de coordinación COPLAMAR, que este año logró orientar, de los diversos sectores, más de 22 mil millones de pesos a los propósitos precisados en el cuerpo de

---

<sup>254</sup> *Informes*, pp. 44 y 45.

<sup>255</sup> “Así lo considero. Fui el último presidente de la Revolución, por lo menos en el esquema estatista que buscaba la solución de los problemas con una economía mixta. Hicimos el máximo esfuerzo para lograrlo con ese esquema y fracasamos. Y frente al fracaso no hay argumentos”. Elías Chávez, “López Portillo habla de todo: fui el último presidente de la revolución”, *Proceso*, 9 de noviembre de 1992, p. 1.

<sup>256</sup> *Informes*, p. 184.

<sup>257</sup> *Informes*, p. 205.

este Informe. El próximo año se aumentarán sustancialmente. Es voluntad y acción de justicia social irreversible; causa final de la Revolución.<sup>258</sup>

Antes de cerrar con el capítulo de López Portillo, no podemos dejar de escudriñar su sexto y último informe de gobierno, tan presente en el imaginario popular como infame. Me atrevo a decir que es uno de los textos políticos más importantes del siglo veinte, pues atestigua el catastrófico y abrupto final de un modelo, surgido en 1917. Para analizar el sentido y la intención detrás del discurso, utilizaré el concepto de *liminalidad*, desarrollado por Victor Turner. A partir del estudio antropológico de los *ritos de paso*, descubre que en aquellos momentos en los que los individuos o los grupos sociales experimentan cambios drásticos en sus condiciones culturales, la estructura de significados, expectativas, clasificaciones y jerarquías se disuelve. Las costumbres y las normas éticas, que constriñen el comportamiento de los miembros de la tribu, adquieren cierto grado de ambigüedad: el estado previo y el que habrá de sucederlo se hacen presentes simultáneamente.

Este espacio, que es un *aquí y allá*, o un “momento dentro y fuera del tiempo”, en sus propias palabras, permite que el vínculo social básico, que da origen a la comunidad como un conjunto, ocupe el lugar de los vínculos fragmentados y diferenciados que permiten la existencia de las clases o las castas.<sup>259</sup> En este limbo, los opuestos se vuelven mutuamente dependientes e indispensables, y los débiles se elevan para alcanzar la dignidad del fuerte. El jefe de la tribu, antes respetado sobre los demás, se somete a la autoridad única de la colectividad en su totalidad: la *communitas*.<sup>260</sup> La espontaneidad y la inmediatez de la *communitas*, como cabría esperar, no puede mantenerse por periodos largos de tiempo. La *communitas* misma, mediante un proceso

---

<sup>258</sup> *Informes*, p. 215.

<sup>259</sup> Victor Turner, *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*, Nueva York, Cornell University Press, 1977, p. 96.

<sup>260</sup> *Ibid.*, p. 103.

paulatino, desarrolla una estructura en donde la relación libre entre individuos adquiere, una vez más, normas que gobiernan la interacción social.<sup>261</sup>

El caso del cataclismo económico que enfrentó la administración de López Portillo en su último año de gobierno se ajusta a la definición del espacio liminal. Atrapado entre la tradición ancestral del régimen revolucionario, y la naciente ideología del libre mercado y de la democracia pluralista, López Portillo se dirige al pueblo de México el primero de septiembre de 1982 en un intento por recuperar la autoridad del Estado y ordenar simbólicamente la transición hacia el modelo de desarrollo neoliberal. No sería correcto, de ninguna manera, asumir que el presidente, como actor histórico y contextualmente situado, tuviese plena consciencia de estar inmerso en un proceso dialéctico de cambio. De cualquier forma, tenía una idea de la relevancia del momento histórico y actuó en consecuencia. Ahora bien; en una sociedad tan compleja como lo era el México de finales de siglo, no podríamos decir, de ninguna forma, que las jerarquías de clase hayan desaparecido, o que las lealtades fragmentadas dado paso a la expresión de la *communitas* en sentido propio. Sin embargo, el poder presidencial se tambaleó frente a la influencia de los grupos económicos predominantes, perdió la centralidad en el control del proyecto-nación y la tentativa del Ejecutivo por acercarse e identificarse con el pueblo alcanzó su punto culminante.

La decisión abrupta de nacionalizar la banca y afrontar directamente a los inversionistas por medio del control de cambios nos recuerda también a un tipo particular de liminalidad que Turner llama la *communitas apocalíptica*. Las manifestaciones febriles y proféticas acompañan siempre a la *communitas* de la catástrofe inminente, con el drama del alma individual y religiosa

---

<sup>261</sup> *Ibid.*, p. 132.

que la acompaña.<sup>262</sup> El tono teatral en el informe, sin lugar a dudas, se hace patente desde los primeros párrafos.

Pronto terminará el mandato que me otorgó el pueblo y el término definitivo de mi vida pública a la que entregué toda mi voluntad y buena fe, en afán de servir, de ser útil en la comprometida función de tomar decisiones ejecutivas frente a alternativas en ocasiones dramáticas, ocurridas en tiempos difíciles, ante las cuales no pueden optarse por un imposible bien, sino por un viable mal menor. El recuento de lo cumplido y su claro oscuro, aquí lo haré. El balance último de nuestra gestión será obra de la historia. La angustia ante ella, mi preocupación más íntima; pero al fin de cuentas poco importa el destino, la imagen o el prestigio individual de un hombre y la suerte que la posteridad le depare. Lo que importa es que se salve nuestro patrimonio común de instituciones y esperanzas.<sup>263</sup>

No resulta casual, por supuesto, que mientras Turner encuentra en la muerte y el nacimiento dos de los símbolos más recurrentes de la liminalidad, López Portillo comience hablando del final de su vida pública —metáfora del final de un largo periodo histórico—. Una vez que comienza a hablar del panorama económico, es cuando recurre de lleno a frases y recursos emotivos, y trata de presentarse con franqueza frente al público. Abre este apartado reafirmando: “No vengo aquí a vender paraísos perdidos, ni a buscar indulgencias históricas”.<sup>264</sup>

A las preguntas limpias de la gente sencilla; a los gritos de los que hace poco aplaudían; a los reproches de quienes no quieren recoger varas y hace poco tiraban cohetes; a los que quieren seguir lucrando con el riesgo del país amparándose en la desconfianza; a los monólogos de los pontífices críticos. A los que se rajaron. A las dudas de los amigos. A

---

<sup>262</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>263</sup> *Informes*, p. 287.

<sup>264</sup> *Informes*, p. 298.

las condenas de los enemigos, gratuitos porque desde el poder no dañé, ni a nadie ofendí. Y sobre todo a la gente buena de nuestro pueblo que todavía aplaude y sonríe cuando pasa el Presidente.<sup>265</sup>

Es a este último grupo a quien se dirige, en última instancia, al justificar sus decisiones. Debemos observar con atención la forma en que, en contraposición al argumento generalizado, considera el libre mercado como antitético a la apertura política y democrática.

Es cierto, aquella opción alternativa “fácil” que hubiera seguido la línea de menor resistencia a los intereses de poderosos y reaccionarios y que ha sido adoptada por otros países, tal vez habría moderado algunos de los desequilibrios financieros que hoy en día enfrenta México. En contrapartida, difícil hubiera sido la apertura política consagrada en la reciente contienda electoral; la elevación del nivel de vida material y cultural de la población basada en la expansión rápida del empleo; los avances logrados en el establecimiento de una estructura capaz de generar un crecimiento de largo plazo, que nos garantizará el futuro, una vez superadas las actuales restricciones financieras, y el merecido respeto que se ha ganado México con su acción solidaria y constructiva a nivel internacional.<sup>266</sup>

Para culpar a los flujos de capital y a la especulación cambiaria de la crisis, utiliza el símbolo de La Malinche que, aun siendo extremadamente común en el habla mexicana, no deja de remitirnos al proceso de colonización, y de concebir a un pequeño grupo de traidores que velan por sus intereses personales, en oposición a una unidad imaginaria encarnada en la nación. Las actividades financieras adquieren un cariz de sabotaje. Acudimos, entonces, a un apocalipsis muy

---

<sup>265</sup> *Loc. cit.*

<sup>266</sup> *Informes*, p. 304.

particular, provocado por la codicia desmedida de unos cuantos; similar al oscuro destino del pueblo Tolteca: “Como lo he dicho, soy responsable del timón, pero no de la tormenta”.<sup>267</sup>

De afuera, y aun de adentro porque convenía a la oportunidad hacer negocios con nuestro auge, motivando nuestra inseguridad y desconfianza, se empezó a especular con nuestro peso, a partir de análisis parciales exagerados, amañados y aun perversos de nuestros problemas económicos, similares a los de todo el mundo; pero subrayados para lograr el efecto especulativo o incluso desestabilizador. De afuera venía la noticia, luego era cierta, se resignaba Doña Malinche. Adentro lo confirmaba la insidia del rumor. De igual modo sugestivas campañas publicitarias anunciaban atractivas inversiones en inmuebles urbanos y rústicos en el “otro lado”, que daban seguridad a la inversión y satisfacción a la ambición.<sup>268</sup>

Valdría la pena invitar al lector a pensar en las implicaciones de la presencia del término *el otro lado* dentro de la oración. Quizá, López Portillo trata de decirnos que hay una clase privilegiada que prefiere sacrificar nuestro presente a cambio de la promesa de un futuro —la vida extraterrena— en Estados Unidos. El término hace referencia, de forma más general, a la existencia de un paraíso al otro lado de la frontera, mientras los demás nos quedamos en el infierno. Retomando a Fuentes, y la discusión teológica que presenta en *Terra nostra*, probablemente denuncia al grupo de financieros que prefiere dejar al cielo lo que es del cielo, y a la tierra lo que es de la tierra (el sufrimiento); aun pudiendo construir, mediante la voluntad humana, el cielo en nuestra tierra.

En párrafos subsecuentes, el presidente recurre otra vez a figuras históricas de nuestro pasado y, sorprendentemente, las usa para dotar de una base casi jurídica al régimen de

---

<sup>267</sup> *Informes*, p. 325.

<sup>268</sup> *Informes*, p. 326.

mexicanización de la economía —y la aun más radical nacionalización bancaria—: “por eso a la Nación corresponde tanto la propiedad originaria como los recursos sustanciales del país. Por eso, porque somos mexicanos, el Estado nacional es rector de la economía”.<sup>269</sup> Al hacerlo está, de alguna manera, excluyendo de la Nación a aquellos que han traicionado a la sociedad mexicana y a aquellos que pugnan por la privatización y liberalización de la economía.

Con valor y coraje a veces; otras con vacilación, cobardía o hasta traición; con avances y retrocesos, desde el fondo de nuestra historia; con los desgarres y tentaciones de nuestra geografía y su vecindad; con nuestras fuerzas paradigmáticas y contradictorias, estamos aprendiendo a ser mexicanos; desde las dudas intelectuales del trágico Moctezuma y su fatalismo, compartido por la generosa apertura a lo otro que se entraña en la Malinche; con la osada concepción viril de la vida, como gozosa aventura, de Cortés; con la sacrificada dignidad juvenil del rescate de lo propio que nos entrega Cuauhtémoc, todo, todo ello, en cada circunstancia, nos va haciendo mexicanos[...]

La especulación y el rentismo se traducen en una multiplicación de la riqueza de unos pocos sin producir nada, y proviene necesariamente del simple despojo de los que producen. Para responder a ellas he expedido en consecuencia dos decretos: uno que nacionaliza los bancos privados del país, y otro que establece el control generalizado de cambios. Es ahora o nunca. Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear.<sup>270</sup>

La interpretación de Eade y Sallnow puede resultarnos más útil para comprender esta confrontación. A diferencia de Turner, ven en los espacios liminales un espacio de conflicto entre discursos, significados y normas. La idea de una *communitas* armónica no puede aplicarse

---

<sup>269</sup> *Informes*, p. 334.

<sup>270</sup> *Informes*, pp. 336 y 339.



a todos los casos.<sup>271</sup> Durante este momento de incertidumbre, López Portillo trata de imponerse, restando legitimidad a sus adversarios en la última defensa del régimen: “Estarán ahí las mismas personas que los atienden. Su dinero estará garantizado. No va a pasar nada. Lo único que vamos a cambiar es de dueño. Los que nos traicionaron”.<sup>272</sup>

El informe concluye apelando directamente a las clases populares, quienes ocuparon el papel central como actor histórico a lo largo del sexenio: “A los desposeídos y marginados, a los que hace seis años les pedí un perdón que he venido arrastrando como responsabilidad personal, les digo que hice todo lo que pude para organizar a la sociedad y corregir el rezago; que avanzamos; que si por algo tengo tristeza es por no haber acertado a hacerlo mejor”.<sup>273</sup>

Concluido así el periodo de dos presidentes que compartieron una preocupación común por la injusticia, la pobreza y la desigualdad —y que ha sido llamado por historiadores y estudiosos de lo público “el segundo populismo mexicano”—, las formas de expresión y de comunicación política que lo acompañó se agota. En el capítulo siguiente, describiremos a detalle la racionalidad que llegó a ocupar su lugar, y que marcó el inicio de una nueva etapa de la historia de nuestro país. Derrotado el programa nacionalista, se configuró un nuevo conjunto de ideas y de relaciones, monopolizando el pensamiento y la interpretación de los fenómenos sociales durante tres décadas, e imponiéndose, al igual que su predecesor, como un discurso totalizador en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

---

<sup>271</sup> John Eade y Michael Sallnow, “Introducción” en *Contesting the Sacred: The Anthropology of Christian Pilgrimage*, Oregon, Wipf and Stock, 2013, p. xii.

<sup>272</sup> *Informes*, p. 340

<sup>273</sup> *Informes*, p. 345. En su discurso de toma de posesión como Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, el primero de diciembre de 1976, López Portillo se dirige a ellos: “si algo pudiera pedirles, sería perdón por no haber acertado todavía a sacarlos de su postración, pero les expreso que todo el país tiene conciencia y vergüenza del rezago y que precisamente por eso nos aliamos para conquistar por el derecho la justicia”. José López Portillo, *Discurso de toma de posesión*, s. p. i., p. 24.

### CAPÍTULO 3. MIGUEL DE LA MADRID: ENTRE LA TRADICIÓN Y EL CAMBIO

En la recta final de nuestro análisis, estudiaremos el periodo comprendido entre 1982 y 1988, bajo la presidencia de Miguel de la Madrid, y las complejas tensiones entre la tradición revolucionaria del partido oficial, heredada de la Constitución de 1917, del cardenismo, del alemanismo y del periodo populista, y la necesidad de reajuste económico y cambio político que demandaban las nuevas circunstancias.

Para ello, resumo brevemente el proceso político que se desencadenó a partir de la decisión expropiatoria, así como la forma en la que los empresarios se organizaron para incidir sobre el nuevo gobierno. Después, me centro en los aspectos meramente económicos y financieros del sexenio, junto con la evolución de la deuda externa. Por último, hago un esbozo de los principales actores y medios dentro de la producción cultural del periodo, presentando las ideas principales que orientaron el debate entre la izquierda estatista, la derecha liberal y quienes se encontraban en un punto medio. En esta ocasión, decidí prescindir de los textos académicos, pues de otra forma correría el riesgo de caer en la redundancia. Tanto funcionarios públicos como intelectuales se apropiaron de argumentos técnicos, y la distancia entre ellos y los profesores universitarios se acortó como nunca antes. Compartieron, además, las mismas preocupaciones, que se traducen en algunos temas principales: los empresarios y el Estado tras la nacionalización, el reordenamiento económico y la deuda, y la desincorporación de entidades paraestatales. Una vez presentado el contexto político, económico y cultural, hago una lectura crítica y cuidadosa de los textos de De la Madrid, divididos, al igual que en los capítulos anteriores, en folletos o textos panfletarios, e informes de gobierno.

A este periodo lo caracterizan tres fenómenos principales. El primero es la reacción antiautoritaria de Acción Nacional y de los grandes empresarios organizados alrededor del Consejo Coordinador Empresarial; la contracción en el gasto social y las dificultades del PRI para movilizar el apoyo de sus bases y encontrar principios ideológicos que sirvieran de justificación a la reforma del Estado. Durante este sexenio, muchos de los logros alcanzados entre 1970 y 1982 se revirtieron, y la pobreza aumentó de manera importante.

El segundo fenómeno que marco al gobierno de De la Madrid es el proceso de reinterpretación de la historia que abanderan los liberales bajo influencia de Octavio Paz y Enrique Krause. Frente a una izquierda nacionalista en plena retirada, el grupo de *Vuelta* logra construir una visión del Estado como obstáculo al desarrollo. Juárez, Lerdo de Tejada y Madero resurgen como héroes en el panteón de la democracia mexicana, y la preponderancia del Estado revolucionario se equipara a la dictadura porfirista. Los términos antes usados por el discurso oficial van a sufrir una resemantización que va a invertir su connotación a ojos del público, y expresiones como “pueblo” o “clases populares” van a ser sustituidas por “los mexicanos” y “los ciudadanos”.

Por último, el bienestar y la justicia social van a desaparecer de la retórica oficial como valores que fundamentaban la acción pública. Van a tomar su lugar la economía, la eficiencia y la eficacia, así como la reducción de la deuda y de la inflación. La Revolución Mexicana deja de ser sinónimo de un conjunto de ideas preestablecidas y basadas en el contenido social de la Constitución de 1917: la Revolución es lo que el Partido requiere de acuerdo a las circunstancias particulares del momento histórico. Lo único que puede brindar estabilidad y permanencia al programa revolucionario es el institucionalismo.

La nacionalización bancaria de 1982 tuvo como consecuencia la transformación radical de las instituciones del régimen revolucionario, de la retórica y de su relación con las clases que componían a la sociedad mexicana. Si bien José López Portillo, al decretar la expropiación de la banca, tenía la intención de renovar al Estado, para profundizar su influencia sobre el desarrollo económico del país; el resultado fue el opuesto y supuso la desarticulación de los pactos que unían al sistema político con el sector empresarial (y con las crecientes clases medias) —y que ya se tambaleaban desde la crisis de 1976—.

A partir del 1º de septiembre, los empresarios crearon espacios de disidencia, lanzaron una estrategia de movilización en “defensa de la democracia” y se convirtieron en una fuerza política organizada, dentro del proyecto del Partido Acción Nacional.<sup>274</sup> En otras palabras, al radicalizar el contenido revolucionario del discurso presidencial, López Portillo suscitó la polarización del espacio público: se habían roto las reglas del juego. Esto, por otro lado, se puede leer también como una erosión de la ideología “institucionalizada” y, por tanto, como el origen de la incertidumbre y de la pérdida de legitimidad de la autoridad presidencial.<sup>275</sup>

La oposición se manifestó desde el Consejo Coordinador Empresarial, la Confederación Patronal de la República Mexicana, la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio y la Asociación de Bancos de México; a través de la intensa participación mediática de sus respectivos líderes Manuel Clouthier, José María Basagoiti, Emilio Goicochea y Carlos Abedrop.<sup>276</sup> El mismo Espinosa Yglesias, antiguo propietario de Bancomer, sostuvo largas conversaciones con el presidente electo, Miguel de la Madrid, con la confianza de que, una vez en la presidencia, revertiría la estatización del sector financiero y devolvería los bancos a sus propietarios.

---

<sup>274</sup> Soledad Loaeza, *Las consecuencias políticas de la expropiación bancaria*, México, El Colegio de México, 2008, p. 80.

<sup>275</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>276</sup> Véase a Carlos Elizondo Mayer-Serra, *La importancia de las reglas. Gobierno y empresario después de la nacionalización bancaria*, México, FCE, 2001, pp. 175-193.

La reacción antiautoritaria se articuló también alrededor del Partido Acción Nacional. La nacionalización de 1982 marcó una ruptura definitiva en la estrategia pasiva del PAN, que durante gran parte del siglo veinte se definió como un actor averso al riesgo. A partir de ese momento, el partido de oposición se preocupó por agrupar a pequeños y medianos empresarios del norte del país, para tener una participación política efectiva. El objetivo no era sólo presionar al gobierno, sino asumirlo tarde o temprano. A esta nueva generación de militantes, junto con su estilo agresivo, se ha denominado el *neopanismo*.<sup>277</sup>

Entre 1983 y 1988, los candidatos de Acción Nacional predicaron el colapso inminente del PRI, hicieron llamados a la acción popular para corregir la manipulación de resultados electorales e, incluso, llegaron a afirmar que, de ser necesario, estaban dispuestos a romper la legalidad. En palabras de Soledad Loaeza: “la protesta y los conflictos electorales fueron un problema cotidiano a partir de 1983. En defensa del voto los panistas organizaron marchas, caravanas automovilísticas, huelgas de hambre y actos de resistencia civil”.<sup>278</sup> La sociedad organizada, a la que ahora se enfrentaba el partido oficial, era muy diferente a la que tuvieron que enfrentar sus antecesores.

Para hacer frente a este contexto de alta competitividad electoral, Miguel de la Madrid envió en 1986 una reforma política al Congreso, que reemplazaba a la LOPPE por un nuevo Código Federal Electoral. La reforma de 1986, entre otras cosas, elevó el número de curules en la Cámara a 500 —número que conserva hoy en día—, creó cinco circunscripciones plurinominales y fijó un límite de 70% a la representación del partido mayoritario en el Congreso. Es el origen, además, del Tribunal de lo Contencioso Electoral como institución especializada.

---

<sup>277</sup> Soledad Loaeza, “La incertidumbre en la prolongada transición mexicana: el Partido Acción Nacional y la aversión al riesgo”, en Reynaldo Ortega (coord.), *Caminos a la democracia*, México, El Colegio de México, 2001, p. 165.

<sup>278</sup> *Ibid.*, p. 166.

En esta ocasión, el objetivo del Ejecutivo no era estimular la participación de la oposición en las contiendas electorales, sino responder a los llamados del PAN a solventar las irregularidades que caracterizaban a las jornadas electorales. Los reclamos y las movilizaciones anti sistémicas, como lo fue el Foro Nacional por el Sufragio Efectivo, iban en ascenso y comenzaban a poner en riesgo la gobernabilidad.<sup>279</sup>

Esta nueva forma de hacer política, que caracteriza al periodo posterior a 1982, encuentra su máxima expresión al finalizar el sexenio de De la Madrid, durante la campaña presidencial de Manuel Clouthier. Miembros de organizaciones civiles se hicieron cargo de la organización, llegando incluso a desplazar a la dirigencia nacional del partido. En conjunto con Cuauhtémoc Cárdenas y Rosario Ibarra de Piedra, Clouthier denunció las violaciones en el proceso electoral del 6 de julio de 1988, provocando una de las crisis electorales más importantes de la historia reciente. Este episodio, además de ser precursor directo de la transición, pone en evidencia el éxito con el que la oposición —bajo el liderazgo del PAN y el Frente Democrático Nacional— logró agrupar las demandas de la ciudadanía, ahora en busca de un canal para ingresar a la esfera política.

Durante los últimos meses de su mandato, López Portillo, gracias a la mediación de la Secretaría de Hacienda de Jesús Silva Herzog, suscribió acuerdos de estabilización con el FMI. Al llegar al gobierno, Miguel de la Madrid tuvo poco espacio de maniobra y asumió el compromiso de llevar a cabo reformas estructurales para adelgazar el sector público, desincorporar empresas paraestatales, reducir todo tipo de subsidios y, en términos generales, liberalizar los mercados.

A diferencia de sus antecesores, que se preocuparon por formar gabinetes diversos en cuanto al origen y la orientación de sus integrantes, el equipo de De la Madrid estuvo

---

<sup>279</sup> Jean-François Prud'homme, *op. cit.*, p. 86.

conformado, en su mayoría, por funcionarios con una larga trayectoria en el sector público. Al menos la mitad de ellos tenía entre 16 y 25 años de carrera previa.<sup>280</sup> Todos ellos, además, combinaron su formación con cargos en el Partido. Cinco de ellos, incluso, ocuparon antes puestos de elección popular. Sin embargo, existe una limitación importante: la gran mayoría de ellos fue formada en el sector financiero. Llama la atención que este conjunto de secretarios es el resultado del periodo de auge económico del desarrollo estabilizador.

Estas políticas contractivas, sobra decir, ponían en entredicho los principios sobre los que se fundaba el Estado revolucionario. La administración no pudo disponer de los recursos ideológicos tradicionales que permitieron movilizar el apoyo de las mayorías para implementar los planes de gobierno durante décadas. Esta contradicción redujo la capacidad del liderazgo del partido para mantener la cohesión entre sus diversos sectores. La inconformidad frente a la fórmula aplicada a raíz de las recomendaciones de los organismos internacionales es el origen de la escisión que llevó a la aparición del Frente Democrático Nacional, con Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo a la cabeza.

La realidad se impuso sobre el propósito del presidente de restaurar el sistema político anterior a 1982; la negociación y el compromiso, que hacían posible la gobernabilidad, cambiaron de términos y de actores. Al desaparecer la autonomía de la que gozaba el aparato gubernamental como pilar del régimen revolucionario, la debilidad del Estado se convirtió en una característica común a todos los gobiernos que se sucedieron en adelante.

A pesar de la voluntad de De la Madrid por acercarse de nuevo al empresariado, decidió seguir adelante con la administración de una banca bajo el control directo del Estado. En todo caso, se enfrentaba a una restricción constitucional: el Congreso había reformado el artículo 28

---

<sup>280</sup> Rogelio Hernández, "Los hombres del presidente De la Madrid", *Foro internacional*, 1987, núm. 109, p. 7.

para hacer de la banca una actividad reservada al sector público. Enfrentarse a la reforma hubiera significado para el Ejecutivo enfrentarse a congresistas federales y estatales, así como a las élites del Partido que lo habían respaldado durante la candidatura.

Si bien la definición de De la Madrid respecto a los bancos decepcionó a los líderes empresariales, la nueva retórica del gobierno se preocupó por ganar de nuevo, poco a poco, la confianza en el gobierno que se había perdido. Para ello, el Ejecutivo propuso redefinir la función del Estado en la economía, por medio de un cambio a los artículos 16, 25, 26, 27, 28 y 73 constitucionales. Mientras que la intención de las reformas era, por un lado, dejar en claro las nuevas reglas que regirían las relaciones entre el gobierno y empresarios; por otro lado buscaban responder a una demanda de largo plazo de la izquierda por incluir un “capítulo económico” en la Constitución. Al final, la redacción fue mal recibida tanto por los sectores más progresistas del PRI como por los empresarios más radicales. Respondía, en gran medida, a las demandas que la CTM por fortalecer las instituciones rectoras de la propiedad.

Los sindicatos más combativos vieron en los cambios introducidos por el presidente una expansión del derecho de propiedad mexicano, en detrimento de la intervención del Estado. Los empresarios más aguerridos, por su parte, veían con gran desconfianza la “rectoría del Estado”, motivo central de la iniciativa. Denunciaban también que la iniciativa atentaba contra la igualdad, pues privilegiaba al llamado “sector social” en la aplicación de la ley. Emilio Goicochea, presidente de la Concanaco, encabezó el rechazo a la iniciativa.<sup>281</sup> Al final, las reformas fueron aprobadas e incorporadas al texto constitucional. Para apaciguar a las organizaciones empresariales, De la Madrid las incluyó activamente en la formulación de un Plan Nacional de Desarrollo 1982-1986 que se alejó diametralmente del gobierno de López Portillo.

---

<sup>281</sup> *Ibid.*, p. 208.



Este proceso gradual de negociación permitió que el PAN se convirtiera en un verdadero interlocutor del partido en el poder. Es por esta razón que Carlos Elizondo Mayer-Serra ve en las elecciones de Chihuahua de 1983 el inicio del largo proceso que llevó a Vicente Fox a la presidencia en el año 2000.<sup>282</sup> El mismo Abedrop, desde su experiencia al frente de la ABM, traza una línea entre el surgimiento de la organización empresarial, con la llegada de Acción Nacional al poder, casi veinte años después: “Muchos empresarios se convirtieron de líderes empresariales en líderes políticos. Los tres meses que pasaron entre la expropiación y la salida de López Portillo de la Presidencia fueron los 90 días que gestaron el cambio del año 2000”.<sup>283</sup>

Antes de concluir con esta sección me gustaría hacer una observación. Además de la ruptura con el sector empresarial y con las clases medias urbanas, que siguió inmediatamente al decreto de expropiación bancaria, hay otro fenómeno (con un peso igual o mayor en el desarrollo del México de finales del siglo veinte) que convendría analizar, y que se ha dejado de lado en los análisis clásicos del periodo de liberalización política y económica: la desarticulación de los vínculos entre el Estado —materializado en las centrales del Partido y en las instituciones de protección social— y las clases populares. A partir del desmantelamiento del régimen corporativo —fragmentado, sí; pero de gran alcance—, los sectores obrero, campesino y popular fueron relegados del pacto. La transición democrática logró incorporar, con mediano éxito, a los sectores comerciales y universitarios a la toma de decisiones, con el alto costo de vaciar de contenido sustantivo la participación política del resto de la población.

A este abandono del corporativismo siguió la precarización de las condiciones de vida de los trabajadores, la desaparición de la organización sindical como forma de agrupar los

---

<sup>282</sup> Carlos Elizondo Mayer-Serra, “La expropiación bancaria veinte años después”, en Gustavo A. del Ángel-Mobarak, Carlos Bazdreh Parada y Francisco Suárez Dávila (comps.), *Cuando el Estado se hizo banquero: consecuencias de la nacionalización bancaria en México*, México, FCE, 2005, p. 135.

<sup>283</sup> Carlos Abedrop, “La expropiación bancaria. Testimonio”, en Gustavo A. del Ángel-Mobarak, Carlos Bazdreh Parada y Francisco Suárez Dávila (comps.), *op. cit.*, p. 140.

intereses obreros, la exclusión de millones de la salud y la seguridad social, el fin del reparto agrario y, en suma, el quiebre de los canales de comunicación mediante los cuales el sistema representativo recibía, procesaba y respondía a las demandas de las clases populares. Los recursos básicos del régimen revolucionario, que daban lugar a un orden social determinado, desaparecieron. Las fuentes de legitimidad del aparato político se redujeron al campo electoral, y la producción, antes racionada por el sector público, pasa a manos del mercado. Podríamos aventurarnos a ver en esta ruptura las raíces del desencanto generalizado con la democracia electoral y con el sistema de partidos en años recientes.

#### CRISIS ECONÓMICA Y RECUPERACIÓN

La ejecución del Programa Inmediato de Recuperación Económica (PIRE) a partir de 1983, de mano del FMI, tuvo un éxito reducido. La tasa inflacionaria no se redujo en la magnitud esperada y, para 1985, se había estancado. En el fondo, el diseño del ajuste macroeconómico había subestimado el efecto de incrementar los precios de los bienes públicos y devaluar de la moneda sobre la economía. Esta estrategia, sumada a la contracción del gasto, tuvo un efecto estanflación sobre el producto interno bruto.<sup>284</sup> Este primer periodo del gobierno de De la Madrid termina con una crisis de la balanza de pagos a mediados de 1985. A partir de ese año, la estabilización económica fue complementada con un programa de liberalización comercial, en consonancia con la entrada de México al GATT en 1986. Se redujeron los requerimientos de permisos previos y se exentó de ellos a la gran mayoría de las importaciones. No hace falta insistir en que esta estrategia basada en la liberalización marca el inicio de un nuevo modelo de desarrollo para el país.

---

<sup>284</sup> Nora Lustig, *op. cit.*, p. 59.

En 1986 una caída en el precio del petróleo llevó a la administración a solicitar desembolsos de emergencia al FMI y al Banco Mundial por casi 700 millones de dólares. Para enfrentar la reducción en la entrada de divisas, el Banco de México aumentó sus reservas internacionales para depreciar el peso y así privilegiar la posición de México como exportador de materias primas y bienes de consumo final. En este contexto, México se convirtió en el caso piloto del Plan Baker, nombrado tras el secretario del Tesoro norteamericano que propuso, frente a la asamblea general del FMI de 1985 en Seúl, entregar dinero fresco a las economías del Tercer Mundo para ayudarlas a hacer frente a sus obligaciones de deuda. Se reestructuraron la deuda pública y privada a un periodo de 20 años, con 7 años de gracia.<sup>285</sup>

A pesar de los esfuerzos por sobrevaluar el peso, hacia 1987 la inflación seguía su rumbo. Como consecuencia, en octubre de ese año, la bolsa de valores se derrumbó tras un ataque especulativo. Para detener el alza en el nivel de precios, la administración lanzó el Pacto de Solidaridad Económica (PASE); quizá el programa más importante del sexenio. El Pacto fue firmado por el gobierno y representantes de los trabajadores, productores agrícolas y sector empresarial. Tenía como objetivo reducir la inflación a un 2% mensual al finalizar el año siguiente. En los hechos, funcionó como una especie de congelamiento de precios y salarios, acordado entre las autoridades financieras y los sectores productivos.<sup>286</sup> Esta política de control del ingreso ayudó a reducir la demanda agregada, y se complementó con una acelerada liberalización comercial y la desincorporación de empresas públicas.

El Pacto logró detener la inflación y estabilizar las expectativas sobre los precios. También tuvo éxito al recuperar, en buen medida, la confianza del capital privado, gracias a su fuerte componente liberalizador. Sin embargo, el gobierno de De la Madrid no lograría recuperar

---

<sup>285</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>286</sup> *Ibid.*, p. 74.

el ritmo de crecimiento económico previo a la crisis de 1982. Carlos Salinas de Gortari, a partir de 1988, se dedicaría a aumentar el producto interno bruto con el Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE), heredero del PASE. En 1990, Salinas anunciaría la privatización de los bancos y la negociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. De acuerdo a Pedro Aspe, secretario de Hacienda y Crédito Público entre 1988 y 1994, de las 1155 empresas que formaban parte del sector paraestatal mexicano, 905 empresas menores fueron desincorporadas durante el sexenio 1982; mientras que 310, incluyendo las más grandes —como Telmex, Sidermex, Aeroméxico, Mexicana de aviación y la banca— fueron privatizadas entre 1988 y 1992.<sup>287</sup>

Finalmente, no debemos dejar de lado los costos sociales que significó el periodo de recuperación económica y liberalización del mercado. Entre 1982 y 1988 los salarios reales cayeron alrededor de 50%. Hubo un proceso moderado de desindustrialización, un movimiento de los deciles más bajos de ingreso hacia el sector informal y un aumento en el trabajo sin remuneración en el hogar. Se redujo significativamente el gasto público en educación y en salud. Las unidades médicas, las camas y los médicos disponibles experimentaron un importante deterioro entre 1983 y 1988. Disminuyó también el gasto en el sistema CONASUPO y el costo de la canasta básica alimentaria aumentó de un 30% a un 50% del salario mínimo hacia 1986. La reducción en los subsidios alimentarios generalizados no fue complementada con programas focalizados, por lo cual incrementó la proporción de familias en situación de pobreza.

---

<sup>287</sup> Aspe ofrece una visión panorámica de la privatización de las empresas paraestatales y los pasos a seguir: propuesta ante la Comisión Intersecretarial de Gasto y Financiamiento, aprobación, lineamientos de venta, evaluación financiera para definir un precio mínimo, evaluación de ofertas, cierre de venta y preparación de libro blanco con todos los documentos que dejan testimonio del proceso. Habla también de las liquidaciones de los trabajadores y de la inversión previa en las empresas públicas para incrementar su valor en el mercado. Pedro Aspe Armella, “Reflexiones en torno a la experiencia mexicana de privatización”, en *El camino mexicano de la transformación económica*, México, FCE, 1993, p. 158.

A partir de ello, hubo un aumento en la mortalidad infantil y preescolar causada por deficiencias nutricionales, así como en la incidencia de la desnutrición infantil y del crecimiento fetal lento. En las zonas rurales, por otro lado, la tasa de deserción escolar en la educación básica aumentó en 3 puntos porcentuales para 1988. En términos generales, empeoró la calidad de vida de las familias, tanto en zonas urbanas como rurales, y aumentaron las horas de trabajo.<sup>288</sup>

#### ESTATISMO Y LIBERALISMO: LA REINTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA

La producción cultural a partir de 1982 se concentra en espacios como *Vuelta* y *Nexos*. Es, en gran medida, a partir de estos textos que se construyó, paulatinamente, nuestra comprensión retrospectiva de la época marcada por los gobiernos de Luis Echeverría y de José López Portillo. Buena parte de la narrativa y las representaciones en torno al *antiguo régimen* que prevalecen hasta nuestros días se nutren de este periodo.

En sus números 58 y 59, de octubre y noviembre de 1982, la revista *Nexos* publicó un conjunto de ensayos que trataban de analizar y dar sentido a los acontecimientos del 1° de septiembre. Héctor Aguilar Camín se ocupó de condensar este debate y seleccionar los artículos más interesantes, en un pequeño volumen que apenas supera las cien páginas. El denominador común es una suerte de optimismo frente a la ruptura con la tradición revolucionaria que situó al Estado como protector y garante de la naciente clase capitalista mexicana. Antes de la expropiación no había futuro más que en la reiterada fórmula implantada por el alemanismo.

Carlos Monsiváis enlista a las figuras clave del añejo modelo de desarrollo: Aarón Sáenz, Miguel Alemán, Carlos Hank González, la familia Garza Sada, la familia Legorreta, los Azcárraga, Espinosa Yglesias, Bruno Pagliai (TAMSA), Carlos Trouyet, Aníbal de Iturbide (COMERMEX), Bernardo Quintana (CMIC), Antonio Ortiz Mena y Paulino Rivera Torres. Fue a este conjunto

---

<sup>288</sup>Nora Lustig, *op. cit.*, pp. 87-124.

de empresarios y funcionarios que utilizaron al régimen como guía para su crecimiento a quienes Monsiváis dirige su crítica; es a ellos a quienes despoja la nacionalización de la banca, obligándolos a retirarse de escena, junto con la parte medular de la utopía capitalista mexicana, las fortunas impunes y las operaciones que no respondían a nadie: “no cantemos victoria pero apresuremos los recuerdos funerarios”.<sup>289</sup>

José Manuel Quijano, por otro lado, ve en el crecimiento desmedido del poder del sector financiero a partir de la década de 1970 un riesgo para la acción pública. Al recurrir el gobierno al endeudamiento con la banca privada, se vio inmerso en un circuito internacional de flujo de capitales, con claros tintes especulativos. Es en este contexto que el Estado mexicano trata de retomar el control sobre el desarrollo económico, oponiéndose al mismo tiempo al programa desindustrializador del FMI. De esta forma, el control sobre el sistema financiero se convierte en una “defensa a partir de la cual un proyecto nacional regula sus relaciones con el exterior y con el capital extranjero instalado en el mercado doméstico”.<sup>290</sup>

Argumentando desde la economía, Jaime Ros defiende frente a Miguel Mancera, director del Banco de México, la política de control cambiario. Enfatiza también que la racionalización del flujo de capitales permitiría reducir las tasas de interés, fomentar el crédito para la vivienda social y fijar la paridad cambiaria, deteniendo así la inflación. Elogia además el sistema de cambios con doble paridad (diferenciada para las exportaciones e importaciones); pues permite mejorar la competitividad de las exportaciones sin encarecer los bienes y servicios importados. En suma, el control de cambios es la única salida posible a la crisis, y el futuro económico de México dependerá de que la administración sea capaz de resistir las presiones del FMI.<sup>291</sup>

---

<sup>289</sup> Carlos Monsiváis, “Jardines del recuerdo/Pero eran todos hombres honorables”, en Héctor Aguilar Camín (comp.), *Cuando los banqueros se van*, México, Océano, 1982, p. 40.

<sup>290</sup> José Manuel Quijano, “La banca que fue”, en Héctor Aguilar Camín (comp.), *Cuando los banqueros se van, op. cit.*, p. 69.

<sup>291</sup> Jaime Ros, “La encrucijada del corto plazo”, en Héctor Aguilar Camín (comp.), *Cuando los banqueros se van, op. cit.*, p. 82.

José Blanco, también economista, ve el origen de la nacionalización en una “rebelión de la cúpula empresarial” frente al esfuerzo del presidente Echeverría por responder a la erosión del pacto social que se debía, en gran medida, a la aparición de las clases medias y a la explosión del 68. En 1976, los empresarios trataron de imponer su visión sobre el gasto público como un mecanismo fuera de control, consecuencia de la corrupción al interior de las instituciones, así como una política económica favorable a sus intereses particulares. Si esta rebelión empresarial se repitió a pesar de los logros alcanzados durante el sexenio de López Portillo, fue debido a la permanencia de la organización oligopólica del sector financiero.

A partir de que la política del sector financiero puso en cuestión la capacidad misma de gobernar del Estado, y la soberanía nacional, el presidente no tuvo alternativa más que salvar la estructura productiva por medio del decreto de nacionalización, cambiando definitivamente la política hacia la fracción hegemónica del capital que había caracterizado al programa postrevolucionario. Al remitirse a los principios constitucionales de primacía del interés público sobre los intereses de la clase financiera, el gobierno del Partido revivió la ideología popular que le dio origen y razón de ser, atacando frontalmente los valores del prestigio social que defendían los banqueros, comerciantes e industriales. Esto, dice Blanco, fue posible sólo gracias al impulso de 1968.<sup>292</sup>

La revista *Vuelta*, por su parte, se caracterizó por una retórica más crítica hacia la decisión expropiatoria. En diciembre de 1982, Gabriel Zaid utilizó el término “progreso improductivo” para referirse al despilfarro con el cual el gobierno de López Portillo invirtió en proyectos de infraestructura con rendimientos bajos y a muy largo plazo. Centra su atención en el sector energético, núcleo de la estrategia de desarrollo previa y una de las ramas menos eficientes de la

---

<sup>292</sup> José Blanco, “La expropiación obligada”, en Héctor Aguilar Camín (comp.), *Cuando los banqueros se van*, *op. cit.*, p. 94.

economía. Mientras que su crítica parte de la experiencia del episodio populista, pone en entredicho todo el discurso modernizador que había guiado la intervención del Estado en el proceso de desarrollo. Su propuesta es la siguiente: hay que poner el capital en manos de quienes lo hagan producir más, dirigirlo desde las grandes burocracias públicas y sindicales hacia la “operación en pequeño”. En particular, a los miniproyectos de los municipios más pobres, a las microempresas y a los autoempleados.<sup>293</sup>

Ve el predominio del Estado como uno de los principales obstáculos al desarrollo, pues una parte esencial de la inversión mexicana tiene que pasar por un estrecho: “las ocho horas diarias del Señor Presidente”. En última instancia, caracteriza a López Portillo como un “apostador”; primero por su confianza en la Alianza para la Producción, y luego por su optimismo a partir de 1978. En lugar de encarecer el capital, para obligar a los actores a distribuirlo racionalmente, mantuvo las tasas de interés bajas y los subsidios altos. Lo más preocupante, para Zaid, es que “la gente favorecida con los subsidios no los aprecia en todo lo que cuestan: únicamente en lo que valen, que siempre es mucho menos”.<sup>294</sup>

Y eso mismo puede decir un ciudadano beneficiado con los costosísimos ejes viales, con el agua costosísima que hay que traer hasta la altura de la ciudad de México. Si los subsidios que recibe se le dieran como dinero en efectivo y se le cargaran los costos íntegros de todo, con derecho a comprar o no comprar: es decir, pagar lo que realmente cuesta esta ciudad incosteable o irse con el dinero recibido a una población más barata, donde no haya que subir el agua de tan lejos, ni hagan falta ejes viales, mucha gente se iría o dejaría de venir. No hay que subsidiar el crecimiento incosteable, hay que suprimirlo.<sup>295</sup>

---

<sup>293</sup> Gabriel Zaid, “Más progreso improductivo y un presidente apostador”, *Vuelta*, 1982, núm. 73, p. 9.

<sup>294</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>295</sup> *Ibid.*, p. 14.



Al llegar a la decisión de septiembre, asegura que López Portillo, al verse humillado y ofendido por una multitud que ya no creía en él, respondió con un rebasamiento demagógico todavía mayor (“la apuesta patética de un ego en quiebra”). Su olímpico desdén por las formas legitimadoras del sistema alcanzó un límite nunca antes conocido en la historia del absolutismo presidencial. Nunca se había ostentado el poder presidencial con tanto exhibicionismo.<sup>296</sup> Detrás de esta interpretación centrada en la persona del presidente y en sus rasgos psicológicos, se encuentra el mito de la omnipotencia presidencial. Como adelantamos en la introducción, la generación de pensadores liberales que va, poco a poco, a monopolizar la discusión pública, se encarga de reafirmar la visión trazada por Daniel Cosío Villegas del hiperpresidencialismo mexicano.

Recorre, antes de terminar, a López Velarde, para pugnar por una patria “más humilde, más modesta y menos preciosa”. La cultura del progreso ha prometido bajar el cielo a la tierra, sin embargo, la cultura del gasto excesivo no es sostenible.

Quisiéramos creer que el despilfarro es generalizable: que nuestros privilegios no lo son, sino el camino de la prosperidad general. Que lo que es bueno para la General Motors (Pémex, el grupo Alfa, la Universidad, la CTM, el estado) es bueno para todo el país. La falsa conciencia de la cultura del progreso cree, como diría Marx, que las condiciones especiales de su emancipación son las condiciones generales de todo progreso.<sup>297</sup>

Llama la atención, en el párrafo anterior, que entes tan dispares como Pemex, el grupo empresarial Alfa, la UNAM y la CTM se encuentren a la par. Esto no puede ser más que una trágica consecuencia de considerar toda intervención pública por igual una afronta al bien común y a la razón. A pesar del cariz maltusiano que se asoma entre líneas, Zaid fundamenta su

---

<sup>296</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>297</sup> *Ibid.*, p. 18.

arremetida en la necesidad de comenzar a construir el progreso “desde abajo”, para poder ofrecer a los campesinos un cielo en sus propios términos, y no en los términos irrealizables que impone el gran aparato del Estado. No deja de resultarnos sorprendente que, para este grupo de intelectuales, la pobreza sea un problema que debe ser atacado desde el individuo, más que desde la estructura misma de la sociedad. Si queremos mejorar las condiciones de vida del oprimido, hay que entregarle el dinero suficiente para invertirlo en sus capacidades productivas. Si bien, hoy en día, los preceptos de la economía de libre mercado se han constituido como discurso hegemónico, e impuesto como doctrina fundamental detrás de la formulación de políticas y de diseño institucional; en diciembre de 1982 el lenguaje neoliberal era, en esencia, un lenguaje contestatario, que se oponía a la larga tradición estatista.

Enrique Krauze, por su cuenta, se dedica a desmenuzar el último informe presidencial de López Portillo. Ve en su plan totalizador, basado en el petróleo, un fetichismo de la inversión como fin en sí misma, sin utilizar criterios de productividad o de rentabilidad. El principal problema, dice Krauze, es el destino de la inversión: en lugar de llegar directamente al México pobre, con una oferta pertinente a sus necesidades, el gobierno persiguió la redención futura, simbólica y quizá imposible.<sup>298</sup> Denuncia el “olvido del *otro* México”; el abandono, a partir del alemanismo, de un ideal de país modesto pero equilibrado, a favor de una apuesta equivocada por los burócratas y grandes empresarios. Como Frank Tannenbaum, cree que la solución debe basarse en la base local, parroquial, de las pequeñas comunidades.

A este paradigma, plenamente liberal en sus premisas y en sus conclusiones, Krauze agrega el problema histórico de la corrupción gubernamental. No se limita, de ninguna manera, a hablar de los conocidos abusos de la familia López Portillo; sino que se remonta a los mismos orígenes de la Revolución para identificar, en cada periodo, los innumerables casos de desfalco

---

<sup>298</sup> Enrique Krauze, “El timón y la tormenta”, *Vuelta*, 1982, núm. 71, p. 17.

dentro de las instituciones públicas. Llega incluso a decir que “ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida misma de la Revolución Mexicana”.<sup>299</sup> Llegado a este punto, ha ligado el axioma de la acción estatal corrupta a la idea del progreso improductivo. Pareciera que lo mejor para todos sería que el Estado dejara de entrometerse en los asuntos de la sociedad.

Para Krauze, por tanto, el aspecto más preocupante de la nacionalización bancaria es la ausencia de diques que contengan la irresistible inundación estatal. Más adelante, termina con una comparación entre la Polonia comunista, con su propia administración centralizada y los altos costos que impuso a la vida pública, y el México revolucionario, y hace un llamado a los estatistas mexicanos a reconocer su papel como propagadores de la enfermedad. ¿Cuál es su respuesta a la profunda crisis que plantea la expropiación?: volvernó hacia el pasado para reconstruir nuestra democracia. Dejo a consideración del lector las implicaciones que se desprenden de semejante programa. Existe, sin embargo, una clara contradicción entre la tendencia conservadora de Krauze, que defiende una visión social arraigada en la comunidad cercana, con su defensa del liberalismo. ¿De qué manera concilia la supuesta importancia de los vínculos tradicionales con la atomización que propone la ideología del individuo?: aún queda por verse.

Años más tarde, en 1984, Krauze publicó *Por una democracia sin adjetivos*, posiblemente su artículo más conocido. En sus dos oraciones iniciales se resume el sentir de una generación entera: “El país abriga un agravio insatisfecho. Su origen es la irresponsabilidad con que el gobierno dispuso de la enorme riqueza que pasó por sus manos entre 1977 y 1982”. La crisis pasó de ser el resultado de una serie de malas decisiones económicas y de un modelo de desarrollo anticuado, para simplemente ser consecuencia de la irresponsabilidad, de la soberbia

---

<sup>299</sup> *Ibid.*, p. 19.

o de la plena rapiña. Más adelante, la inmadurez se convierte, entonces, en la antítesis de la democracia. Con el tiempo, esta idea se hizo de un lugar preponderante dentro del imaginario político mexicano; casi como una tautología, o como una expresión más del sentido común: todos nuestros problemas se remontan al populismo demagógico de los 80.

Tras elogiar la experiencia de Juárez y Lerdo de Tejada como verdaderos ejercicios de un gobierno basado en las libertades, a la altura de los países avanzados de Europa, y el breve episodio de Madero, Krauze ve en Alemán el comienzo de un largo periodo durante el cual el “péndulo” que da vida y dinamismo a los sistemas políticos estuvo detenido.

Desde los años cuarenta hasta 1968 México vivió, en lo político, un porfirismo remozado cuyos perfiles son perceptibles todavía en 1984. Las elecciones locales y estatales siguen siendo, en ocasiones, tan fraudulentas —y los candidatos tan ajenos e impopulares— como en tiempos de don Porfirio. La Federación ha estrangulado a los estados y a los municipios en una medida mayor que la del porfiriato. La división de poderes es casi siempre formal, como lo fue entonces. Las libertades no han crecido tanto como quiere la leyenda, salvo en el caso del derecho de huelga, que un Díaz más joven hubiese legitimado de un plumazo. Nuestros diarios son menos profesionales, menos objetivos, menos crítico y, en términos relativos, menos leídos que los diarios de fin de siglo aunque, eso sí, mucho más aburridos. Ni siquiera en política exterior podemos jactarnos: Díaz ayudó también a Nicaragua y buscó en Europa y Japón el contrapeso al *Big Stick* norteamericano. Las palabras de Emilio Rabasa en defensa de la dictadura hubiesen podido describir nuestra democracia adjetivada, nuestra democracia formal.<sup>300</sup>

El párrafo anterior presenta un claro ejemplo del proceso de inversión semántica que sufrieron muchos conceptos políticos durante este periodo. Figuras como Díaz, que anteriormente eran

---

<sup>300</sup> *Ibid.*, p. 6.

categoricamente incompatibles con la Revolución, se vuelven características esenciales para describir al régimen del Partido. El contenido social, evidente en el discurso oficial, desaparece del análisis para así equiparar a las centrales e instituciones del Estado corporativo con la cúpula porfirista cuyo interés fue saquear la nación y privilegiar sus intereses particulares. Mediante esta avanzada intelectual, encabezada por el grupo Vuelta, la Reforma y la gesta de Madero se convierten en los antecedentes directos de la plataforma liberal, mientras que el porfirismo, e incluso la dominación colonial, se vuelven los referentes que anteceden al PRI.

Una vez más, recurrimos a Victor Turner para comprender el fenómeno de la reapropiación del lenguaje en los momentos de cambio. Dentro del espacio de liminalidad que surge a partir de la crisis, los actores luchan por imponer su interpretación de la realidad social. Una vez que un grupo logra imponerse utilizando los recursos que tiene a su alcance, sigue un proceso de re-normalización en donde las nuevas definiciones y valores adquieren el carácter de objetividad. En las revoluciones políticas este proceso es particularmente evidente, y se manifiesta generalmente en la forma del juicio al funcionario del antiguo régimen y a las instituciones del pasado. Aquello que era correcto y que representaba al Estado legítimo se convierte en un abuso o en señal de injusticia y complicidad. Notoriamente, en este caso, el éxito de la resemantización no fue inmediato, pero no cabe duda de que logró imponerse durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, y con el apoyo de las nuevas élites administrativas. Los pensadores liberales, además, no dejan de utilizar figuras familiares al régimen revolucionario, para anclar su discurso renovador a la tradición política y facilitar su incorporación al vocabulario cotidiano. Los mejores ejemplos de este anclaje con la tradición son las figuras de Madero y Alemán; el primero como símbolo compartido, tanto por revolucionarios como por modernizadores, de la democracia, y el segundo como símbolo de la corrupción del proyecto revolucionario y de la necesidad de reformular el modelo del desarrollo.

De todos los casos que hemos revisado, la inversión conceptual más radical se desarrolla en el plano de la justicia social. La intervención del Estado en la economía, la organización obrera, campesina y popular, los sindicatos y la primacía de valores como el bienestar en la toma de decisiones, antes símbolos indudables de la redistribución y del combate a la pobreza, se convierten en los principales obstáculos a una política social verdadera, que pueda mejorar las condiciones directas de vida de las mayorías. No dejemos de lado un hecho; el cambio alcanza tal extremo que el derecho de huelga se convierte prácticamente en un principio porfirista. Se abandona , al mismo tiempo, el uso de términos como “sectores vulnerables” o “clases populares” para enfatizar que la carencia es un problema individual, mediante el uso de expresiones como “los pobres” o “las personas en situación de pobreza”. Se sustituye también el uso de categorías como “el pueblo” o “la nación” por “los mexicanos” y “los ciudadanos”. Esta no sería la última vez en los años recientes, por cierto, que se daría un giro de trescientos sesenta grados al concepto de porfirismo, con el objetivo de desprestigiar al enemigo en la arena electoral.

En este texto, Krauze recurre a Jesús Reyes Heróles para trazar la tradición del liberalismo mexicano. Ve en De la Madrid, también, a un político formado en la tradición constitucional mexicana, con todas las herramientas y la voluntad para encabezar la renovación moral. Será indispensable, para asegurar el cambio, que el Ejecutivo ponga por encima de su poder al Legislativo y al Judicial, por medio de una profunda reforma jurídica. En cuanto al partido, ve en el PRI una liebre, comparado con los partidos únicos del Este, y una tortuga, cuando se contrasta con nuestras necesidades de movilización. Nada ayudaría más a su dirigencia que recuperar el siglo XIX, la herencia liberal y el sentido original de la Independencia.<sup>301</sup> Aquí parece ignorar, por completo, las tensiones irresolubles entre la ideología criolla y el proyecto

---

<sup>301</sup> *Ibid.*, p., 11.

revolucionario. En todo caso, la Independencia, como movimiento político, me parecería más compatible con el momento porfirista por sus tendencias elitistas e ilustradas, así como por su valorización de las jerarquías y de la tradición.

El artículo de Krauze despertó suspicacias desde un inicio. Manuel Camacho Solís se encargó de publicar una de las primeras respuestas a la tesis de Krauze, en la edición de *Vuelta* de mayo de 1984. Reducir la discusión entorno al papel del Estado a una oposición entre *todo* o *nada* es una falacia argumentativa que, por lo demás, se sostiene en recursos literarios. La fortaleza del Estado puede, también, facilitar la democratización de los municipios y fortalecer a los partidos de oposición. Reconoce, después, que si bien el partido en el poder vivió momentos difíciles durante la elección de 1982, la rápida capacidad de adaptación de las organizaciones sociales y la renovación de las relaciones entre los distintos grupos y las instituciones permitieron establecer nuevos equilibrios y procesar los problemas más urgentes.<sup>302</sup> Si la crisis hubiera encontrado un Estado más débil, en lugar de más democracia, el proceso de descomposición política hubiera desembocado en la aparición de fuertes tendencias antidemocráticas. Critica, también, el modelo teórico propuesto por Krauze, que se aleja de la realidad particular de México y se alimenta más bien de la experiencia británica.

El proyecto democrático de la Nación no se ha derivado de prefiguraciones doctrinarias, sino que ha resultado de los valores que se han defendido y de los acuerdos de las fuerzas sociales y políticas en los momentos decisivos de la historia de México. Nuestra democracia parte más de los pactos constitucionales que de las comparaciones externas o las derivaciones de doctrina[...] Ahí radican las características sociales de nuestro proceso social y político. Es en las luchas de la Revolución Mexicana por la Nación, la democracia política y los derechos sociales, donde se fue configurando un proyecto

---

<sup>302</sup> Manuel Camacho, "La batalla democrática", *Vuelta*, 1984, núm. 90, p. 42.

propio con orígenes en el liberalismo político del Siglo XIX. Un liberalismo que, ya en 1948, llevó a Ponciano Arriaga a afirmar que el único Estado legítimo sería el promotor del bienestar colectivo.<sup>303</sup>

La democracia, entonces, es un producto concreto de la realidad histórica, política y social; no un tipo ideal desvinculado de su contexto. No puede desligarse, además, del avance en los niveles de vida, el acceso a la educación y mayor igualdad social. No es un fin en sí mismo, por el contrario, “la democratización, reconociendo como punto de partida al sistema político vigente, debe ser parte de un proyecto integral , que recupere nuestra herencia histórica, nuestra complejidad social y nuestro pluralismo político”.<sup>304</sup>

Resulta apresurado anticipar la inviabilidad de las instituciones políticas del régimen que, consideradas como expresión de fuerzas sociales reales, tradiciones y acuerdos básicos, han acreditado su eficacia política.<sup>305</sup>

Termina condenando cualquier intento de sustituir la política por meros actos administrativos. Lo importante es construir los mecanismos para que la orientación y el ritmo del crecimiento se defina en conjunto por las distintas fuerzas políticas, y con la participación de toda la sociedad. No tiene sentido pretender que es posible evadir el compromiso y la negociación.

Este ideario alcanzará su momento culminante ocho años más tarde, el 4 de marzo de 1992, día en que Salinas de Gortari propuso, frente a los miembros más destacados del Partido, el *liberalismo social* como sustento de la renovación de la ideología revolucionaria. En su discurso, Salinas comparte el rechazo al estatismo absorbente, pero advierte los peligros del neoliberalismo excluyente. La respuesta es, entonces, rescatar el liberalismo con contenido social que animó los procesos históricos que dieron origen a la nación. Sus elementos constitutivos son el respeto a

---

<sup>303</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>304</sup> *Loc. cit.*

<sup>305</sup> *Ibid.*, p. 44.



la soberanía —el crecimiento en las relaciones económicas no debe incluir procesos de integración o subordinación política—; el Estado solidario, que sea capaz de regular y revertir los excesos del mercado; la justicia social, sin caer en el paternalismo que cancela las decisiones de las personas y de las comunidades; las libertades, a partir de recuperar el valor moral del individuo y combinarlo con el de la comunidad; la democracia, promoviendo la determinación y la autonomía de los diferentes grupos; la educación (federalizada); libertad para el campo y para el ejido, que están sujetos a las decisiones de las burocracias; y calidad de vida, mediante la alimentación, vivienda y salud como corresponsabilidades de la sociedad en su conjunto.<sup>306</sup>

Finalmente, debemos mencionar la colección de ensayos que Roger Bartra publicó en 1986 bajo el título de *La democracia ausente*. La mayoría de ellos aparecieron en *Nexos*, *La cultura en México* y *unomásuno*. En la primera parte del volumen, Bartra ofrece un mapa de los actores políticos que existen fuera del espacio del Estado y del partido oficial. En primer lugar, identifica cuatro grandes corrientes dentro de la derecha —la derecha católica conservadora, la derecha liberal burguesa, la derecha pequeñoburguesa protofascista y la derecha “revolucionaria” carrancista (encarnada en Gustavo Díaz Ordaz)— que, hasta 1982, habían sido incapaces de crear un proyecto único y habían sobrevivido ocupando diferentes posiciones dentro y fuera de los gobiernos revolucionarios, y de las burocracias públicas y privadas.<sup>307</sup>

En segundo lugar, se ocupa de analizar ampliamente el problema de la izquierda mexicana, dividida a su vez en tres grupos: el izquierdismo, el reformismo y el comunismo. Mientras que el izquierdismo se ha conformado a partir de la sucesiva incorporación de las demandas sociales a su programa (especialmente del movimiento de 1968), el reformismo se alimenta de una socialdemocracia prosoviética, como lo hizo el periodo cardenista. El

---

<sup>306</sup> Carlos Salinas de Gortari, *Liberalismo social: nuestro camino*, México, PRI, 1992.

<sup>307</sup> Roger Bartra, *La democracia ausente*, México, Debolsillo, 2017, p. 57.

comunismo mexicano, por su parte, crece a partir de las reformas electorales y adopta una postura democrática que rechaza al socialismo real como modelo.<sup>308</sup>

La expropiación de 1982 tuvo efectos dispares para las corrientes políticas de derecha y de izquierda. La afronta a los grupos empresariales y a las clases medias capitalizadas facilitó una respuesta coherente desde la derecha que, lentamente, encontró la forma de constituirse como alternativa organizada al oficialismo. Además, la adquisición misma de la banca por parte del Estado otorgó una particular importancia a las tecnocracias financieras que operaban al interior del Estado, y que entraron en diálogo, a partir del sexenio de De la Madrid, con los opositores al régimen. El caso de la izquierda es más complejo, pues tras manifestar su entusiasmo ante la nacionalización —como el cumplimiento de una promesa de la Revolución y una concesión a sus demandas más radicales—, quedó encapsulada dentro del espacio estatal, en oposición al creciente poderío del mercado.

Los líderes socialistas y obreros apelaron, sin llevar a cabo un ejercicio crítico, por una expansión acelerada del Estado nacionalista. Es aquí cuando Bartra hace un llamado a la reflexión: toda medida estatizadora debe ser comprendida en el marco de la situación concreta y de la correlación de fuerzas que prevalece al interior del Estado mexicano. En vista de la colonización en curso de las instituciones revolucionarias por parte de las camarillas tecnocráticas, así como de su tendencia hacia la derechización y el autoritarismo, los peligros de la estatolatría en el seno del obrerismo se hacen evidentes. El único camino que puede seguir la izquierda es el de la apertura y la competencia política.

En realidad, toda acción estatizadora sólo podrá adquirir un carácter democrático en la medida en que se base en la autonomía e independencia del movimiento popular que la impulse. Más que estatizar a la sociedad, a partir del aparato estatal que conocemos, es

---

<sup>308</sup> *Ibid.*, p. 112.

necesario socializar al Estado: ocuparlo, invadirlo, tomarlo desde los bastiones de la sociedad civil.<sup>309</sup>

En el fondo, lo que Bartra denuncia es el miedo ancestral a las urnas entre la izquierda mexicana. Un miedo que parte, claro está, de la ortodoxia marxista, o del “purismo”, como lo llama él mismo.

Es urgente abandonar las viejas ideas que nos habían inducido a pensar que la democracia “formal”, el feminismo, el sindicalismo extendido incluso a las capas no proletarias, las luchas de los homosexuales, las nuevas formas de cultura popular (tachadas de “marginales”) o las discusiones sobre la crisis del mundo socialista son *instrumentos ilusorios* que usa la clase dominante para salir de la crisis y desviar la atención de las fuerzas populares hacia aspectos “subalternos” de la lucha. Las coyunturas electorales son importantes no porque no hay más alternativas: es necesario reconocer que ellas representan y abren el camino a un variado ramillete de nuevas alternativas de lucha.<sup>310</sup>

Es así como, durante estos años, se discuten y se redefinen, también, los medios y los objetivos de la lucha social y de los movimientos de izquierda. Bartra refuta la tesis liberal de Reyes Heróles, Octavio Paz y Enrique Krauze, rechazando la idea de un verdadero entrelazamiento entre el liberalismo y la democracia en la historia y la cultura política mexicanas. La reforma de 1977 contribuyó a alejar al Partido del pueblo y, por lo tanto, a su caída. En el caso de Paz, incluso, ve un discurso profundamente contradictorio que, a final de cuentas, no logra ser plenamente anticomunista ni reaccionario.<sup>311</sup>

Es así como, durante el periodo de Miguel de la Madrid, la opinión pública y la producción cultural se organizó, principalmente, alrededor de estos círculos intelectuales. Como

---

<sup>309</sup> *Ibid.*, p. 148.

<sup>310</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>311</sup> *Ibid.*, p. 172-173.

lo demuestran los ejemplos provistos, el grupo de *Nexos* adoptó una postura mucho más cercana a la izquierda y al proyecto revolucionario, y vio con entusiasmo la decisión expropiatoria; al menos, por las posibilidades que se abrían tras cuatro décadas de estancamiento. Mientras tanto, el círculo más cercano a Enrique Krauze y a *Vuelta* comenzó a proponer una visión radicalmente distinta, en directa oposición a las ideas del partido oficial. Con el tiempo, y con la ayuda de la nueva cúpula política, representada por Carlos Salinas de Gortari, este segundo grupo lograría imponer su interpretación histórica y económica.

#### REIMAGINANDO LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Como candidato a la presidencia de la República, Miguel de la Madrid recopiló en 1981 las ideas centrales de su pensamiento político. No resulta menor que, al referirse al modelo de país que perseguirá los próximos años, inicie reafirmando que la igualdad, la justicia social y la libertad son los grandes valores que orientan su proyecto de gobierno. De alguna forma, en ellos se manifiesta la tensión que definirá a su periodo, entre la continuidad —usando como fuente de legitimidad frente al Partido y a sus bases el contenido social de la Revolución, dígase la igualdad y la justicia social— y el cambio, materializado en la defensa de las libertades, necesario para recuperar la confianza de las clases medias y empresariales. Esta tensión se intensifica en el caso de la apertura económica y el nacionalismo, con las presiones, por un lado, de la cúpula conservadora del Partido, y por el otro, de los organismos internacionales como el FMI y el Banco Mundial.

La conciencia que deriva de ser una generación educada en los principios filosóficos de la Revolución Mexicana que planteó con renovado vigor el proyecto nacional. Construir una sociedad independiente en lo político y en lo económico; construir una sociedad de hombres libres, con libertades individuales, pero también con conciencia, en donde los

mexicanos afirmemos nuestro derecho, nuestra titularidad sobre los recursos naturales que tiene nuestra tierra, nuestro subsuelo, nuestros mares.<sup>312</sup>

Aun cuando este ideario fue escrito antes de la nacionalización bancaria de 1982, se observa ya una transformación radical en el lenguaje político. El ejemplo más claro, quizá, es la resignificación del proceso revolucionario mexicano para incluir, de forma explícita, referencias a la importancia del liberalismo decimonónico en la conformación de los ideales nacionales y de la Constitución de 1917.

El proyecto de la Revolución Mexicana armoniza el esquema democrático con libertades individuales y políticas, que aportó el liberalismo mexicano, con las aspiraciones de justicia social y nacionalismo económico y cultural del siglo XX[...] Quienes miran a la Revolución sólo en su instante explosivo, concluyen que ya no es, o que se ha envejecido, como si la obra ya realizada no fuera parte de ella o las metas que se propone no fuesen su programa original, enriquecido por la práctica. En el tiempo político, la Revolución Mexicana no pierde la perspectiva; sabe que la historia la refrenda y que el futuro la requiere.<sup>313</sup>

La Revolución Mexicana, en otras palabras, no es un conjunto preestablecido de ideas y de políticas, como se había considerado hasta ese momento, sino que es lo que el Partido requiera de acuerdo a las circunstancias particulares del momento histórico. El elemento que brinda estabilidad y permanencia al programa revolucionario es, sin lugar a dudas, el institucionalismo. Por medio de esas instituciones se desarrollan, reforman y actualizan los gobiernos de la Revolución. La sentencia es clara: “Revolución que no se institucionaliza, Revolución que no está viviendo un proceso continuo de readaptación y cambio es revolución que puede

---

<sup>312</sup> Miguel de la Madrid, *Pensamiento político*, México, PRI, 1981, p. 14 (en adelante, *Pensamiento*).

<sup>313</sup> *Pensamiento*, p. 17.

condenarse a quedar en un esquema utópico u obsoleto”.<sup>314</sup> No dejemos de prestar atención al uso de las mayúsculas y minúsculas en la última oración.

En el apartado sobre la Constitución, incluso, deja de ver en la ley fundamental el resultado únicamente de la lucha revolucionaria para concebirla como un equilibrio entre los valores de la Independencia, la Reforma (principalmente las garantías individuales), y la Revolución (el mandato de crear las condiciones materiales para hacer efectiva la libertad). En estas palabras se esconde una revisión profunda de la conciencia revolucionaria, pues la Revolución y su búsqueda de bienestar pasan de ser un objetivo en sí mismas para convertirse en un medio para hacer efectivo el régimen de libertades individuales.<sup>315</sup>

Más adelante, al hablar de los niveles mínimos de bienestar que debe garantizar el Estado para las mayorías, recurre a Morelos, con la idea de “moderar opulencia e indigencia, extremos condenados por la Independencia”.<sup>316</sup> Este cambio de horizonte, que reemplaza a Zapata, Villa, Jaramillo o Cárdenas por el momento independentista es congruente con el nuevo discurso liberal que se está gestando entre los intelectuales conservadores. A partir de este momento, y hasta los sexenios de Acción Nacional después de la transición, los “padres de la patria” y los héroes de la Reforma ocuparán un lugar cada vez más importante dentro de los libros de historia oficial.

Hay, al mismo tiempo, un viraje hacia el lenguaje económico, con sus respectivos tecnicismos. Al ocuparse del problema del desarrollo social, lo define como “la capacidad de aprovechar las diferentes potencialidades que tiene una comunidad para llegar a mayores niveles de vida, educación, industrialización o campo”.<sup>317</sup> Desde un principio, se hace presente la

---

<sup>314</sup> *Loc. cit.*

<sup>315</sup> *Pensamiento*, p. 39.

<sup>316</sup> *Pensamiento*, p. 23.

<sup>317</sup> *Pensamiento*, p. 26.

influencia de la escuela de las capacidades individuales y del capital humano; porque “el desarrollo tiene como objetivo final el hombre, darle a los seres humanos la capacidad de desarrollarse a sí mismos, desarrollando todas sus potencialidades”. Llevada a sus últimas consecuencias, esta idea ve a la pobreza como resultado de la poca competitividad o productividad de los trabajadores, más que de una estructura desigual que concentra la riqueza en las manos de unos pocos, como lo era para Echeverría y López Portillo. Las explicaciones que ven a la productividad como una función de la educación del individuo —la conocida fórmula de la *meritocracia*—, constituyen uno de los argumentos centrales del programa neoliberal.

Dejando atrás la discusión sobre el desarrollo, Miguel de la Madrid es el primer presidente en reconocer abiertamente, dentro de su plataforma política, el problema de la corrupción al interior de la administración pública. Dedicó una sección completa a ofrecer soluciones, principalmente por medio de la modernización y racionalización de los sistemas. Esta prédica contra el uso inmoral de los bienes públicos ayuda a confirmar las denuncias desde el sector privado y conservador de la ineficiencia inherente de las burocracias estatales, y a afianzar en la opinión pública una imagen del Estado como un engranaje anticuado que impone sus costos organizativos a la sociedad.

En 1987, se llevó a cabo el Seminario Modernización Económica y Cambio Estructural: Principales Tendencias a Nivel Mundial, organizado por la Secretaría de Programación y Presupuesto; un momento clave en la conformación del pensamiento político y económico reciente. Además del propio presidente De la Madrid, participaron Carlos Salinas de Gortari, entonces al frente de la secretaría, y personajes como Jaime Serra Puche, que serviría como Secretario de Hacienda en el gobierno de Ernesto Zedillo. Sus contribuciones fueron reunidas por el Fondo de Cultura Económica.

En su introducción, Salinas de Gortari ofrece una versión temprana de las ideas que van a guiar, años después, su desempeño al frente del Ejecutivo. Antes que nada, argumenta que los países latinoamericanos deberán buscar en la modernización la clave para sobrevivir a una competencia feroz y enfrentar la nueva división del trabajo.<sup>318</sup> Los Estados deben transformarse para volverse menos pesados pero más fuertes, y poder así cumplir mejor su misión fundamental de defensa de la soberanía nacional.

El cambio demanda un nuevo vocabulario. Los nombres varían pero el mensaje es el mismo: *glasnost* o apertura en la Unión Soviética; *fanshen* o transformación en China; *maekema* en Japón; “privatización” en Gran Bretaña; “integración” en Europa. En México le llamamos *Renovación Nacional*. El cambio tan acelerado que vivimos abarca la economía, la política, aspectos cruciales para la evolución de cada país, y las propias relaciones entre las naciones. Frente a esto, cada país tiene que definir con claridad qué tipo de modernidad desea y cómo puede lograrla. Hoy, como nunca antes, para dominar el cambio de necesita precisión en los objetivos y una forma democrática y vigorosa para realizarlos. Se requiere que modernización y democracia se constituyan en dos caras de un mismo proceso de renovación nacional.<sup>319</sup>

Es en este momento cuando la *modernidad* adquiere muchas de las connotaciones que se le atribuyen dentro del vocabulario político mexicano. Este fragmento sirve, además, para hacer evidente la profunda relación que existió entre las necesidades de cambio al interior del país, y las tendencias globales de apertura política y económica que caracterizan al periodo. Al mismo seminario, acudieron académicos y expertos de todas las regiones, todos agrupados alrededor de la nueva ortodoxia económica y del reformismo. México se incorporó a este proceso prestando

---

<sup>318</sup> Miguel de la Madrid (coaut.), *Cambio estructural en México y en el mundo*, México, FCE, 1987, p. 14.

<sup>319</sup> *Loc. cit.*



atención a la experiencia de los países en desarrollo y replicando sus trayectorias, sin dejar de buscar su armonía con el propio camino del desarrollo nacional.

Jaime Serra Puche recuerda con entusiasmo la preocupación del presidente De la Madrid por la ausencia de coordinación e integración entre los países, en una era de cambio estructural, que pudiera vincular sus esfuerzos hacia el mismo sentido. No hay espacio para los progresos desiguales o para los esquemas retrasados dentro de la creciente interdependencia mundial. Se habló, también, de la necesidad de transitar conjuntamente desde un esquema de intervención directa de los Estados en el mercado, hacia uno de incentivos, que permita poner fin a la costosa producción centralizada y premiar la productividad en la mano de obra. Así, se comparte la idea de una transformación estructural simultánea, que sea útil a los países del tercer mundo para posicionarse en el mercado internacional. No podrían faltar, por supuesto, las prescripciones de desincorporación gradual y selectiva de las empresas paraestatales (que en México, más que gradual y selectiva, se ejecutó con rapidez, para disipar el riesgo de rezagarnos en la carrera de la modernización).<sup>320</sup>

Este caso nos sirve para demostrar que el proceso de reconceptualización del Estado que comienza con Miguel de la Madrid no se limita, de ninguna manera, a su sexenio. A través de una serie de discusiones que se suceden temporalmente, y que están vinculadas semánticamente, construyéndose una sobre otra mediante la agregación sucesiva de sentido, este impulso renovador o modernizador continúa durante los gobiernos de Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. La forma que adquieren los conceptos durante la presidencia de De la Madrid no es final ni definitiva, pero marca el comienzo del cambio, que se radicaliza en contenido hacia el final del siglo veinte. En los años que transcurren entre 1982 y 1988 se plantaron las semillas que

---

<sup>320</sup> *Ibid.*, pp. 207-212.

florecerían con vigor entre 1988 y el año 2000, y que servirían aún a los gobiernos de Acción Nacional como fundamento discursivo. El Estado revolucionario ya no era el mismo.

Finalmente, De la Madrid ofrece un balance de su sexenio en 1988, enarbolando ahora la bandera de la Renovación Nacional. Dentro del informe, salta a la vista una larga lista de medios de comunicación impresos que circulan en México, tanto en el ámbito local y nacional, como prueba del respeto de las libertades de expresión y de pensamiento, que han sido las máximas fundamentales del gobierno federal durante su administración, y que son la base de toda sociedad plural y democrática.<sup>321</sup> Hoy en día, nos parecería trivial hacer un conteo de los medios de comunicación existentes para medir la profundidad del régimen de libertades. Sin embargo, en el contexto de un sistema político restrictivo que había, históricamente, ejercido la tutela sobre la opinión pública, la multiplicación de los espacios de debate significaba un progreso certero en la construcción de una sociedad *moderna*. Recordemos, también, que las primeras voces empresariales que se opusieron al modelo de desarrollo estatizado se reunieron en los periódicos como *Excelsior*, o en su sucesor, *Proceso*. Podemos pensar que este incremento en el acceso a medios de comunicación periodísticos jugó un papel importante en la reeducación política de amplios sectores de la sociedad, moldeando el nuevo sentido común, todavía en su etapa de gestación.

Es significativo, también, que mientras la renovación, la democracia, la descentralización y el desarrollo económico ocupen, respectivamente, los primeros capítulos del libro, el bienestar social se encuentre en penúltimo lugar, sólo antes de la situación de los estados y de la política exterior. Una vez que profundizamos en los contenidos de la sección, podemos constatar que giran, en su mayoría, alrededor de los avances en la modernización de la administración de los servicios. En el caso de la salud, por ejemplo, se exponen los logros alcanzados en materia de

---

<sup>321</sup> Miguel de la Madrid, *El sexenio de la renovación nacional*, Presidencia, 1988, pp. 50-64.

sectorización, reorganización y reestructuración. Se presta mucha atención, de la misma forma, al éxito de la descentralización del sistema, asumiendo un grupo importante de estados la dirección sobre los servicios para la población abierta. A ello, sigue un conjunto abrumador de metas operativas a alcanzar en 1983. Algunos de ellos se miden en número de consultas, ingresos y egresos de los hospitales.<sup>322</sup>

La relación de la política exterior mexicana durante el periodo, como es de esperarse, se limita a enlistar las reuniones y asambleas en las que estuvo presente México, así como en los acuerdos de intercambio comercial que se han firmado con otros países. En su conjunto, ocupa unas 23 páginas.

#### LA CONFIGURACIÓN DE UN NUEVO DISCURSO Y EL CAMBIO EN LAS PRIORIDADES

En los seis informes de gobierno que De la Madrid presentó al Congreso se puede observar la misma metamorfosis desde una narrativa más cercana al periodo populista hacia una radicalización del contenido modernizador y reformista. El 1º de septiembre de 1983, comenzó su discurso reafirmando el papel del nacionalismo revolucionario como valor primordial de su ideología. Sin embargo, configura su interpretación histórica a partir de una continuidad entre la Independencia y la Reforma, a manera de secuencia lógica que culmina en la Revolución: “es la filosofía política que arranca con Hidalgo y Morelos, se reafirma con Juárez y los liberales, se plasma con Madero y Carranza en la Constitución de 1917 y se continúa en los regímenes post revolucionarios”.<sup>323</sup> Debemos enfatizar que el informe de 1983 es la primera vez en que la exégesis liberal aparece de manera explícita. Este hecho arroja algunos indicios sobre la fluctuante relación que existía entre el presidente saliente y el electo que, una vez en el poder,

---

<sup>322</sup>*Ibid.*, pp. 135-141.

<sup>323</sup> Miguel de la Madrid, *Informes presidenciales*, México, Cámara de Diputados, 2016, p. 4 (en adelante, *Informes*).

tendía a alejarse gradualmente de los preceptos anteriores. Lo mismo ocurre, como vimos con anterioridad, en el caso de Echeverría y Gustavo Díaz Ordaz. A pesar de los episodios de tensión que marcaron la campaña de 1970, Luis Echeverría, como candidato, respetó siempre la figura presidencial y censuró sus ideas más radicales.

A diferencia de los textos de campaña, plagados de referencias a la intensa labor de López Portillo en el contexto de la crisis, el informe más bien trata de dejar en claro que, el nuevo gobierno, recibió de manos de la administración anterior una economía desplomada, con grandes retrocesos en la producción, hiperinflación, desempleo creciente y suspensión de pagos a los acreedores internacionales. Es en esta coyuntura que ha dado lo mejor de sí para superar el desequilibrio y sacar al país adelante. Sólo así pueden juzgarse sus logros y fracasos. Este alejamiento, estratégico si se quiere, del Ejecutivo anterior contrasta claramente con la sucesión de 1976. Aún después del 1° de diciembre, López Portillo continuó, a lo largo de todo su sexenio, rindiendo homenajes a Echeverría. Este puede ser otro argumento a favor de reconocer una continuidad fundamental entre ambos periodos.

Si utilizamos las relaciones entre predecesores y sucesores como criterio para analizar periodos de tiempo más largos, vemos que hay continuidad entre 1940-1970 —la época del llamado desarrollo estabilizador—, una ruptura relevante que da lugar al segundo populismo mexicano entre 1970 y 1982 —también conocido como desarrollo compartido—, y otra ruptura que, finalmente, da origen, a partir de 1983, a un modelo coherente de modernización basada en el liberalismo económico. La peculiaridad de este segundo rompimiento, que comienza con Miguel de la Madrid, es su radical oposición, no solamente con el periodo inmediatamente anterior, sino con la tradición que se había consolidado desde 1940, mientras que 1970 constituyó un intento de profundización de los ideales revolucionarios, frente al conservadurismo de Díaz Ordaz.

Por primera vez, también, aparece en el informe de 1983 el problema del narcotráfico y de la seguridad nacional. De la Madrid reconoce en las Fuerzas Armadas la solución a la producción y tráfico de estupefacientes; en particular, por medio del Ejército.<sup>324</sup> Esta preocupación por el control sobre el territorio nacional, no cabe duda, es un reflejo de la importancia que la imagen de México para los inversionistas adquiere durante el sexenio. Para atraer los capitales extranjeros es necesario ofrecer al mundo una visión de estabilidad y *Estado de derecho*, término que comienza a aparecer con frecuencia en los documentos oficiales y en los medios de comunicación.

Lo mismo ocurre en el campo de la política exterior, dentro del cual los esfuerzos diplomáticos van a encaminarse, progresivamente, a consumir alianzas económicas y comerciales. Incluso al retomar el tema de la discusión Norte-Sur, lo hace con vistas a integrar los mercados energéticos, siderúrgicos y de capital entre los Estados latinoamericanos. Este giro hacia la neutralización de la posición de México, en contraste a su militancia anterior, se fundamenta, también, en los principios que han regido el actuar del país durante sus más de 150 años de vida independiente. La cancillería deja de remitirse a 1930, como lo había hecho sin excepción durante más de 50 años, para situar el origen de la tradición diplomática mexicana en un horizonte temporal mucho más amplio, con lo ambiguo pueda llegar a ser y los problemas prácticos que pueda suscitar. Resulta curioso, por otro lado, que De la Madrid, siendo jefe de Estado, se atreva a exigir de su vecino del norte una mayor liberalización y apertura comercial. Critica el ambiente de proteccionismo que dificulta el crecimiento de las exportaciones.

Dentro del segundo informe de gobierno, del 1º de septiembre de 1984, hay una frase que ilustra, de manera muy didáctica, la forma abrupta en la que cambió la política industrial del Estado mexicano, a partir de la crisis y los esfuerzos subsecuentes de estabilización:

---

<sup>324</sup> *Informes*, p. 15.

“Recuperación significa ahora cambio y reordenación”.<sup>325</sup> No se trata ya sólo de detener la inflación y la caída en el empleo inmediatas, sino de replantear el sistema productivo en su totalidad. En pocas palabras, la tarea consiste en abandonar un modelo de desarrollo basado en la intervención del Estado, para transitar hacia una economía competitiva y eficiente, en donde las autoridades ejerzan simplemente su función como reguladoras de las reglas del juego. El siguiente fragmento es sumamente transparente:

Los lineamientos en materia de inversiones extranjeras buscan lograr que ésta complemente el ahorro nacional, fomente exportaciones, aporte recursos tecnológicos, genere empleos y contribuya a la descentralización de las actividades productivas. La aportación de la inversión extranjera deberá seguir siendo complementaria de la nacional; actuaremos para que el ahorro y el talento empresarial de los mexicanos sea el sustento fundamental y mayoritario de la inversión y el crecimiento.<sup>326</sup>

Este plan de reestructuración económica, con la competitividad y la eficiencia como valores cardinales, no puede ejecutarse sin la gran *renovación moral* que lo acompaña, y que va a ser una de las banderas centrales del discurso durante todo el sexenio. Esta renovación consiste, principalmente, en desterrar la corrupción de la administración pública y de las empresas paraestatales. De la Madrid elogia, por ejemplo, al equipo a cargo de la reestructuración al interior de PEMEX, que, al imponer el más alto sentido de honradez y limpieza, ha logrado obtener copiosos ahorros presupuestales y reducir la deuda total de la compañía en casi 300 mil millones de pesos. No podemos descartar la posibilidad de que la recurrencia continua al problema de la corrupción y a los logros del gobierno en turno por aplacar al aparato burocrático mexicano hayan tenido importantes consecuencias sobre la percepción de la ciudadanía alrededor del

---

<sup>325</sup> *Informes*, p. 94.

<sup>326</sup> *Informes*, p. 95.

sector público. En cuanto a política social, se da especial importancia a la protección al empleo y al salario. De salud, vivienda, alimentación, abasto y seguridad social no se habla más que someramente (en el informe de 1985, por ejemplo, estas secciones no superan las dos páginas en su conjunto).

Para el cuarto informe de gobierno, de 1986, la retórica sobre la necesaria y urgente reducción del aparato estatal se presenta con más violencia. De la Madrid presume como uno de los mayores éxitos de su administración la disminución del gasto público, que pasó de representar 31% del PIB en 1981, a sólo 22% en 1986. Es en este contexto, además, cuando se toma la decisión, para mostrar el verdadero esfuerzo fiscal que ha realizado la administración, no considerar los pagos de intereses de la deuda pública al momento de calcular el déficit o superávit fiscal. En 1985, por lo tanto, hubo un superávit correspondiente a 5.8% del PIB. Anuncia también que, para entonces, se habían liquidado, transferido o vendido 205 entidades paraestatales, sin contar las 261 que se encontraban en proceso de desincorporación. En este mismo tenor, el discurso de De la Madrid refleja un cambio importante al abandonar la preocupación por ampliar el acceso a los mercados entre la población, para preocuparse por el precio, la calidad y la variedad de los productos que compran los consumidores. Desde esta perspectiva, no hay política más perniciosa para las familias que la imposición de tarifas a la importación.

En diciembre de 1982, la economía mexicana se encontraba altamente protegida, lo que generaba ineficiencia y abusos en perjuicio del consumidor. El sistema de protección se basaba en el uso extensivo de permisos de importación[...] Al finalizar 1985, el 90% de las fracciones de la Tarifa de Importación quedó exento de restricciones cuantitativas y

permanecen bajo control únicamente los bienes estratégicos, los artículos básicos imprescindibles y los suntuarios.<sup>327</sup>

El ingreso al GATT, por lo tanto, no significa una mengua a la soberanía nacional, sino una oportunidad para poner a prueba la verdadera capacidad de competencia del aparato industrial mexicano, así como para evitar abusos y dispendios. Un vez más, las consideraciones sobre políticas de bienestar queda son relegadas a las últimas páginas del informe, tan sólo por encima de la pesca y ganadería, y el turismo.

Al llegar el último informe de gobierno, en 1988, las escisiones que dieron origen al Frente Democrático Nacional han roto ya con la larga tradición del presidencialismo monolítico. No resulta menor el hecho de que Miguel de la Madrid haya sido interrumpido dos veces durante la sesión; una al inicio del acto solemne, por los diputados Jesús Luján Gutiérrez y Jorge Martínez y Almaraz; y otra muy cercana al final, por el entonces senador Muñoz Ledo. La reacción inmediata e inflexible de la mesa directiva llevó a los legisladores del Partido Popular Socialista, del Mexicano Socialista y del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (junto con Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez) a abandonar el recinto antes de que concluyera la lectura del texto presidencial.

Al llegar al final de su gobierno la condena de los gobiernos anteriores es clara. En 1982, frente a un panorama de inestabilidad e incertidumbre mundial, la administración decide no reconocer los cambios del exterior, perder tiempo y ocasionar un serio problema coyuntural. Al llegar a la presidencia, en medio de esa situación, “me comprometí a actuar con decisión y firmeza para evitar que el país se nos deshiciera entre las manos”.<sup>328</sup> Sin embargo, en esta ocasión,

---

<sup>327</sup> *Informes*, p. 179.

<sup>328</sup> *Informes*, p. 309.



justifica las medidas que se tomaron a partir de la justicia social, que, en última instancia, demuestra seguir siendo el fundamento de la legitimidad del aparato político.

La crisis ha provocado un elevado costo social. No lo niego. Sin embargo no haber actuado, habernos dejado llevar por la inercia y haber intentado mantener un crecimiento artificialmente sostenido era una irresponsabilidad que hubiera acarreado peores consecuencias. El costo de haber hecho esto hubiera sido, en el corto plazo, una inflación más elevada, problemas de desempleo mayores y costos de financiamiento inmanejables, así como conflictos sociales muy graves. En el mediano plazo, nos hubiera significado un grave retraso en un mundo cuya interacción, querámoslo o no, es cada vez mayor[...]

El sacrificio de estos años de austeridad no ha sido en balde. Hoy tenemos una perspectiva distinta: las bases políticas y económicas han sido renovadas.<sup>329</sup>

El ataque de De la Madrid parte de un supuesto básico: existe una dinámica “natural” de la economía que es alterado por el voluntarismo de la retórica justiciera del populismo. A pesar de todo, el contenido social es el fundamento de las reformas modernizadoras. Si es necesario reducir el gasto público, liberalizar los mercados, eliminar los subsidios y desincorporar las empresas paraestatales es para, de esa forma, poder garantizar mejores niveles de vida para la ciudadanía. Este es, posiblemente, el punto clave que me gustaría destacar de este periodo. En otras palabras, el bienestar deja de ser una tarea sustantiva del Estado, y se convierte en el resultado de la operación eficiente de la mano invisible. Garantizar el funcionamiento adecuado de la economía, creando las condiciones mínimas de igualdad de oportunidades y vigilando el cumplimiento de las reglas del juego, se convierte en la función principal de la intervención pública. Esta visión, que justifica la apertura económica con la mejora en las condiciones de vida

---

<sup>329</sup> *Informes*, pp. 312-323.

de la ciudadanía, es el producto de las tensiones que ejercen el aparato político, por un lado, y el sector empresarial y urbano, por otro, sobre el Ejecutivo.

Esta misma ambivalencia va a sobrevivir todavía durante los próximos dos sexenios, en la forma del liberalismo social de Salinas de Gortari, hasta resolverse, finalmente, en los gobiernos panistas con la negación de la tradición revolucionaria en su totalidad. Esto no quiere decir que a partir del año 2000 se haya abandonado el contenido social de la Constitución de 1917, como fuente última de legitimidad del Estado mexicano. Sin embargo, sí cambió sustancialmente su posición en la retórica oficial, junto con su forma concreta.

Es así como el gobierno de Miguel de la Madrid, más que un momento de consolidación de una nueva cultura política, es un periodo de transición; un rito de paso que trata de ordenar los cambios conflictivos que experimenta la sociedad a partir de la década de 1980, y que se venían gestando desde mucho antes. Es una respuesta al trauma de 1982, a la transgresión simbólica (y material) de las reglas que habían regido sobre las relaciones entre las clases. Es cambio, pero también permanencia. Ya no éramos los mismos de antes, pero tampoco lo que llegaríamos a ser. Aunque, en el fondo, nos acercábamos más al futuro. Una vez cuestionados los principios revolucionarios, una vez reimaginados sus orígenes y extendido su vocabulario, el proceso de redefinición de la realidad no puede dar vuelta atrás. Algo se ha perdido para siempre.

De la Madrid concluye con teatralidad: “Es el mexicano un Estado al servicio de una sociedad de hombres libres que quieren vivir en paz, en libertad y con justicia. No volveremos a tolerar la dictadura y jamás aceptaremos un poder totalitario”.<sup>330</sup>

---

<sup>330</sup> *Informes*, p. 361.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

Durante la mayor parte del siglo veinte, el *ethos de la revolución*, que brindaba de coherencia y sentido al proyecto de desarrollo del Estado, permitió la gobernabilidad del país mediante la incorporación de los distintos grupos de la sociedad al pacto político. El bienestar ocupaba el eje central articulador del discurso legitimador del régimen, y dotaba a la acción pública de una dimensión moral. Entre 1970 y 1982 —periodo conocido como el segundo populismo mexicano—, el contenido social de la Revolución Mexicana se radicalizó, trazando una frontera antagónica que separaba al pueblo (conformado por los sectores populares y por empresarios comprometidos con los grandes objetivos nacionales), de sus enemigos. Los más vulnerables y desprotegidos se constituyeron como sujeto histórico protagonista de la narrativa institucional. La salud, los derechos laborales, la seguridad social y la educación, junto con la participación de las mayorías en el sistema democrático bajo un arreglo corporativo, fueron los fines fundamentales de las administraciones de Luis Echeverría y José López Portillo.

El proceso acelerado de endeudamiento, la inflación y la ruptura con el sector privado precedieron a la crisis de 1982, momento culminante —y último aliento— del estatismo mexicano. La nacionalización bancaria es, probablemente, el episodio capital de nuestra historia reciente. Significó una transformación radical de las instituciones, de la retórica oficial y de la relación del Estado con la sociedad. La negociación y el compromiso, que hacían posible la convivencia política, cambiaron de términos y de actores. Los empresarios se organizaron, para convertirse en un factor determinante, y el proceso de liberalización política y económica dismanteló, gradualmente, los vínculos que existían entre el Partido y las clases obrera, campesina y popular. Los recursos del régimen revolucionario que permitían ordenar a la

sociedad de una forma determinada desaparecieron, y la legitimidad del aparato político se redujo a la emisión del voto, dejando la distribución de la producción y del consumo en manos del mercado. Si buscamos el origen del desencanto contemporáneo con la democracia electoral y con el sistema de partidos, no podemos dejar de ver una pista importante en esta desarticulación, desmovilización y exclusión de las masas del proceso de toma de decisiones.

En su *Oportunidades vitales*, Ralf Dahrendorf nos propone las nociones de *opción* y *ligadura*. Las opciones representan la posibilidad del individuo de elegir con libertad los elementos que constituyen su personalidad. Las ligaduras, por el contrario, lo vinculan a una identidad histórica, tradicional y local. La modernidad, precisamente, fue un periodo durante el cual las opciones comenzaron a multiplicarse, hasta reducir al mínimo el espacio de las ligaduras colectivas que unían a la existencia particular con la vida de la comunidad.<sup>331</sup> Bajo estos mismos términos, podemos ver en la desaparición de las grandes ligaduras que otorgaban identidad a los sectores dentro del cuerpo social (raíz manifiesta de la expresión corporativismo), el origen del malestar que conlleva la pérdida de sentido. Después de todo, la felicidad —reconocía Dahrendorf— sólo puede ser resultado del equilibrio entre la libertad y la pertenencia. La historia a partir de 1982 es la historia del desasosiego.

El sexenio de Miguel de la Madrid estuvo marcado por contradicciones y ambivalencias, como todo momento de transición. Insisto en la utilidad de ver este periodo como un ejemplo de liminalidad, durante el cual las normas que habían delimitado el papel de los actores y el conjunto de alternativas posibles a elegir sufrieron una transformación paulatina, abriendo un espacio de incertidumbre que un sector de la élite política y económica aprovechó con éxito para

---

<sup>331</sup> Podemos encontrar ejemplos clásicos en la pertenencia a una religión o a una profesión. Mientras que, durante la Edad Media, la posición en la que se nacía determinaba desde la infancia el credo y la dedicación que debía adoptarse, hoy en día somos mucho más libres para elegir si denominarnos ateos, católicos o cristianos. La misma localización física de nuestras actividades cotidianas se convierte en una decisión más; si ignoramos por un momento las restricciones de carácter económico, podemos mudarnos a otra ciudad o a otro país sin mayor dificultad. Por supuesto, muy pocas personas del pasado tenían la oportunidad de alejarse de su pueblo natal.

construir una nueva mentalidad basada en la competencia y el libre mercado como bases del crecimiento económico y del desarrollo. Las presiones seguían fluyendo desde una élite política apegada a la tradición, y rivalizaban con las demandas del empresariado. A pesar de ello, inició un proceso de reconceptualización del papel del Estado y de construcción de un nuevo lenguaje político, que alcanzaría su punto más álgido durante la administración de Carlos Salinas de Gortari. Se produjo una inversión semántica en el plano de la justicia social: la intervención estatal en la economía, la organización sindical y la primacía de valores como el bienestar o la solidaridad en la toma de decisiones pasaron de ser símbolos de la redistribución y el combate a la pobreza, para convertirse en obstáculos a la mejora de las condiciones de vida concretas de los individuos. La categoría de “el pueblo” es sustituida por “los mexicanos” y “los ciudadanos”. Se abandonan, también, los términos “sectores vulnerables” o “clases populares”, enfatizando que la privación es un problema individual que parte de la falta de capital humano —he aquí la clave del argumento del *mérito* como forma de gobierno y de distribución de los beneficios de vivir en sociedad—.

Como pone en evidencia nuestra propia revisión bibliográfica, la producción cultural alrededor del presidente se empobrece a partir de Miguel de la Madrid. Se suman el abandono de las letras y la literariedad por parte del mismo mandatario, y lo que podríamos llamar un proceso de secularización del poder político para producir, en conjunto, una visión descolorida del periodo, que contrasta con la fecundidad de los años de Echeverría y López Portillo. En resumen, se produce una ruptura simbólica, lingüística, conceptual y epistemológica, que deja obsoletas las fuerzas creativas y poéticas que dotaban al Ejecutivo de una energía vital poco convencional.

Aquello que se consideraba correcto y legítimo se transforma en señal de injusticia y de complicidad. Entre la nueva generación de intelectuales que va a guiar la discusión pública

(principalmente dentro de la revista *Vuelta*) se equipara al PRI y su modelo de desarrollo con el porfirismo, y se reinterpreta la historia nacional para realzar el papel del liberalismo criollo de la Independencia y su herencia en la Constitución de 1917. Por último, se magnifica la tesis del hiperpresidencialismo, dejando de lado la compleja organización de intereses que caracterizaba a la relación entre la presidencia, los estados, los poderes y los grupos disidentes al interior del Partido. La crítica del periodo populista se convierte en la crítica de las características psicológicas del mandatario, rechazando todo un programa económico a partir de la “irresponsabilidad”, la “necedad” o la mezquindad. De esta forma, se evita la confrontación en el plano de las ideas, así como el análisis crítico de las condiciones que provocaron el cataclismo de 1982.

Debo dejar en claro que en ningún momento pretendo dejar al lector con la impresión de que la ruptura fue el resultado de la voluntad de los individuos. Si bien la decisión expropiatoria fue responsabilidad de López Portillo, está enmarcada en un episodio complejo de la historia política de nuestro país, y refleja la crisis que atraviesa el sistema representativo en su totalidad, y su incapacidad para encontrar una salida a través de las instituciones. A pesar de que la reforma electoral de 1977 había abierto la puerta a un número importante de actores que habían sido excluidos del sistema de partidos, no tenía como objetivo la modernización de la propia estructura del PRI. Los intentos por democratizar el partido se enfrentaron al rechazo de los sectores más reaccionarios del PRI —como fue el caso de la CTM—. Si el proyecto del nacionalismo revolucionario se vuelve insostenible, no es sólo por la acción de las fuerzas liberales y conservadoras, sino como consecuencia de la rigidez de los mecanismos del Partido para procesar las distintas demandas que nacen a partir de 1968, con el crecimiento de las clases medias y la organización del sector financiero y empresarial para defender sus intereses. La crítica no surge solamente en la derecha; viene también desde la izquierda y desde la incipiente sociedad civil.

Esta incapacidad de procesar las demandas y el conflicto entre alternativas diferentes se manifiesta al interior mismo del poder Ejecutivo. La crisis de racionalidad con la que concluye el sexenio de López Portillo no es una crisis individual. Por el contrario, es una crisis sistémica que impide a los actores encontrar una solución coherente a la disyuntiva representada por liberales y revolucionarios dentro del gabinete. La decisión expropiatoria en toda su arbitrariedad, la prerrogativa presidencial, no es un rasgo característico del sistema, sino el resultado de su colapso, de la incertidumbre y de la disolución momentánea de las reglas del juego. Por otro lado, la misma capacidad de renovación del liderazgo estaba comprometida, como demuestran las recurrentes crisis de final del sexenio. La estructura tripartita del PRI, y los rituales que la acompañaban, dejó de cumplir con su función primordial: facilitar la rotación de las élites. El drama de López Portillo, es en realidad el drama de un universo entero de instituciones que se habían forjado durante cincuenta años.

La disolución de la mentalidad revolucionaria resulta, también, del agotamiento de los recursos materiales y del modelo de desarrollo estatista. La frase que da título a este ensayo es particularmente ilustrativa: ante la incapacidad del Estado para cumplir con sus funciones sociales, ofrecer servicios a los ciudadanos y garantizar la estabilidad económica —en resumidas cuentas, ante la capacidad del Estado para seguir operando sin un cambio de fondo—, no había argumento alguno que justificara la permanencia de la tradición revolucionaria.

Esta avanzada del neoliberalismo —cuyos argumentos centrales, evidentemente, provienen del exterior y responden a una tendencia global—, se propone, desde el comienzo, imponer una nueva interpretación de la realidad, tan totalizadora como las anteriores. Además de negar indiferenciadamente toda experiencia del pasado (relegándola al lado *incorrecto* de la historia), el uso del lenguaje técnico-científico de la economía neoclásica presupone la existencia de una verdad *objetiva*, que sólo puede ser objetada mediante la razón instrumental. Este idioma

racional no está dispuesto (ni posee las herramientas) para entrar en diálogo con otras formas de argumentación, basadas en valores diferentes a la eficiencia y la productividad, y se vuelve incomprensible e intraducible para las mayorías. El gobierno, en su mayoría, es un mecanismo obsoleto y corrupto. De este momento en adelante, triunfará entre la opinión pública la imagen del Estado como un engranaje anticuado que impone sus costos organizativos a la sociedad.

A pesar de estos cambios en el aparato conceptual del sector público, el contenido social sigue siendo el fundamento del proceso de reforma. Lo que cambia radicalmente es su definición e implicaciones concretas. Mientras que, hasta 1982, la justicia social era una tarea sustantiva del Estado, que se expresaba en su intervención directa en la economía, a partir de Miguel de la Madrid, es el resultado de la operación del libre mercado que, siguiendo su dinámica natural, generará riqueza para todos. El desarrollo, entonces, es consecuencia de la inacción pública, restringida a la simple vigilancia de las reglas del juego. En este contexto, la modernización — fórmula de la liberalización y la apertura— reemplaza al bienestar como significante alrededor del cual se estructuraría el discurso político.

Estos cambios estuvieron acompañados, todo el tiempo, por una ferviente producción literaria y periodística. La empresa intelectual encabezada por Octavio Paz ayuda a explicar, en parte, el éxito rotundo que tuvo, a la larga, esta reinterpretación en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Me atrevo a decir, incluso, que en el tránsito político de Paz se replica el tránsito del país en su conjunto; espejo por excelencia del cambio en el pensamiento de nuestras élites. Aún hoy en día, el ánimo de comentaristas y políticos, y las pocas menciones de cualquier acontecimiento previo a la transición, deja en claro que hay un gran agujero en nuestra historia, que abarca los 60 años que transcurrieron entre el final del cardenismo hasta las elecciones del año 2000. Si quedan lecciones por aprender del largo siglo veinte mexicano, de los errores y aciertos de la Revolución Mexicana, permanecen a la espera de una revaloración y un análisis



crítico que haga a un lado el velo místico que los cubre con la imagen de una antigüedad lejana, primitiva y oscura, de la cual no permanecen más que rastros del despotismo y la putrefacción.

## BIBLIOGRAFÍA

“Echeverría decidió el destino de ‘Excelsior’, ‘El Universal’ y ‘El Sol de México’: EU”, *Proceso*, 11 de abril de 2013.

“El viaje presidencial por tres continentes”, *Comercio exterior*, 1975, núm. 9.

Adler-Lomnitz, Larissa, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler, *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, México, Siglo veintiuno, 2004.

Aguilar Camín, Héctor (comp.), *Cuando los banqueros se van*, México, Océano, 1982.

Allardt, Erick y Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics: Studies in Political Sociology*, Nueva York, The Free Press, 1970.

Álvarez Uriarte, Miguel, “La política económica y la economía politizada de México”, *Foro internacional*, 1982, núm. 87, pp. 247-267.

Aspe Armella, Pedro, *El camino mexicano de la transformación económica*, México, FCE, 1993.

Bartra, Roger, *La democracia ausente*, México, Debolsillo, 2017.

Berger, Mark T., “After the Third World? History, Destiny and the Fate of Third Worldism”, *Third World Quarterly*, 2004, núm. 1, pp. 9-39.

Berger, Peter y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Londres, Penguin, 1991.

Bizberg, Ilán (coord.), *Variedades de capitalismo en América Latina: los casos de México, Brasil, Argentina y Chile*, México, El Colegio de México, 2014.

Bizberg, Ilán y Lorenzo Meyer, *Una historia contemporánea de México*, México, Océano, 2009.

Boltvinik, Julio, “Treinta años de la pobreza en México. Una mirada desde Coplamar”, *Estudios sociológicos*, 2012, núm. extraordinario, pp. 83-110.

- Camacho, Manuel, “Empresas públicas y objetivos nacionales”, *Foro internacional*, 1979, núm. 77, pp. 159-168.
- , “La batalla democrática”, *Vuelta*, 1984, núm. 90, pp. 42-45.
- Cárdenas, Enrique, *La política económica en México, 1950-1994*, México, El Colegio de México, 1996.
- Carpizo, Jorge, *El presidencialismo mexicano*, México, Siglo Veintiuno, 1996.
- Chávez, Elías, “López Portillo habla de todo: fui el último presidente de la revolución”, *Proceso*, 9 de noviembre de 1992.
- Coatsworth, John H., “Los orígenes del autoritarismo moderno en México”, *Foro Internacional*, 1975, núm. 2, pp. 205-232.
- Collier, David (ed.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton, University Press, 1979.
- Concheiro, Luciano *et al.*, *Las décadas de Nexos*, México, FCE, 2018.
- Cordera, Rolando y Carlos Tello, *México: la disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo Veintiuno, 2018.
- Cosío Villegas, Daniel, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974.
- Crozier, Michel y Ehrard Friedberg, *El actor y el sistema: Las restricciones de la acción colectiva*, México, Alianza, 1990.
- Crozier, Michel, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy: On the Governability of Democracies*, Nueva York, University Press, 1975.
- De la Madrid, Miguel, (coaut.), *Cambio estructural en México y en el mundo*, México, FCE, 1987.
- , *El sexenio de la renovación nacional*, Presidencia, 1988.
- , *Informes presidenciales*, México, Cámara de Diputados, 2016.
- , *Pensamiento político*, México, PRI, 1981.

- Del Ángel-Mobarak, Gustavo A., Carlos Bazdrech Parada y Francisco Suárez Dávila (comps.), *Cuando el Estado se hizo banquero: consecuencias de la nacionalización bancaria en México*, México, FCE, 2005.
- Dirección General de Documentación e Informe Presidencial, *México ante el mundo: Textos internacionales del Presidente Luis Echeverría, Diciembre 70/agosto 74*, México, Secretaría de la Presidencia, 1974.
- , *Seis informes de gobierno*, México, Secretaría de la Presidencia, 1976.
- Domingo del Pino, “Los países no alineados del Tercer Mundo, a la conquista de los circuitos informales”, *El país*, 28 de julio de 1976 (sec. Tribuna).
- Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, México, FCE, 1992.
- Eade, John y Michael Sallnow, *Contesting the Sacred: The Anthropology of Christian Pilgrimage*, Oregon, Wipf and Stock, 2013.
- Echeverría, Luis *et al.*, *Unidos en lo esencial*, México, PRI, 1976.
- Echeverría, Luis, *Discurso de toma de protesta como presidente de México*, s.p.i.
- , *Ideario*, México, PRI, 1969.
- , *Pensamiento, doctrina: Discursos campaña electoral 1969-1970*, México, PRI, 1970.
- , *Práxis política*, México, Cultura y Ciencia Política, 1970.
- Elizondo Mayer-Serra, Carlos, *La importancia de las reglas. Gobierno y empresario después de la nacionalización bancaria*, México, FCE, 2001.
- Escalante, Fernando, *Historia mínima del neoliberalismo*, México, El Colegio de México, 2015.
- Espíndola, Juan, *El hombre que lo podía todo, todo, todo: ensayo sobre el mito presidencial en México*, México, El Colegio de México, 2004.
- Fernández, Fátima, “Prensa y poder en México”, *Estudios políticos*, 1975, núm. 2, pp. 29-63.

- González, Fernán E. (ed.), *Hacia la reconstrucción del país. Desarrollo, cultura e instituciones en regiones afectadas por conflicto armado*, Bogotá, Cinep, 2008.
- Fuentes, Carlos, *Obras reunidas*, México, FCE, 2007.
- , *Terra nostra*, México, Planeta, 2002.
- , *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1973.
- Gadamer, Hans-Georg, *Truth and Method*, Londres, Continuum, 2006.
- Gamboa, Xavier, “1977, año de la reconstrucción: reforma política y alianza para la producción en el agro mexicano”, *Estudios políticos*, 1978, núm. 13-14, pp. 97-142.
- Gil Villegas, Francisco, “La crisis de legitimidad en la última etapa del sexenio de José López Portillo”, *Foro internacional*, 1984, núm. 98, pp. 190-201.
- Gosovic, Branislav y John Ruggie, “On the creation of a new international economic order: issue linkage and the Seventh Special Session of the UN Assembly”, *International Organization*, 1976, núm. 2, pp. 309-345.
- Gosovic, Branislav, “The resurgence of South-South cooperation”, *Third World Quarterly*, 2016, núm. 4, pp. 733-743.
- Green, Rosario y Claude Heller, “Surgimiento y proyección del Tercer Mundo: de Bandung a los ochenta”, *Foro internacional*, 1980, núm. 82, pp. 161-193.
- Hernández, Rogelio, “La persistencia de una idea: el nacionalismo revolucionario. Del PRI a López Obrador”, *Foro internacional*, 2020, núm. 2, pp. 501-536.
- , “Los hombres del presidente De la Madrid”, *Foro internacional*, 1987, pp. 5-38.
- , *Formación y trayectoria de los secretarios de Estado en México 1946-1982*, México, FLACSO, 1985.
- , *Historia mínima del Partido Revolucionario Institucional*, México, El Colegio de México, 2016.

- Hirschman, Albert O. (ed.), *Latin American Issues: Essays and Comments*, Nueva York, The Twentieth Century Fund, 1961.
- Huchim, Eduardo R., “Tiempos del unomásuno”, *Revista de la Universidad de México*, 2011, núm. 84, pp. 47-52.
- Katz Gugenheim, Ariela, “El boicot turístico a México. Controversias político-diplomáticas a raíz del voto mexicano en la Resolución 3379 de la ONU”, *Historia mexicana*, 2016, núm. 2, pp. 555-644.
- Krauze, Enrique, “El timón y la tormenta”, *Vuelta*, 1982, núm. 71, pp. 14-22.
- , “Por una democracia sin adjetivos”, *Vuelta*, 1984, 4-13.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 2001.
- Lecturas de política mexicana*, México, El Colegio de México, 1977.
- Leñero, Vicente, *Los periodistas*, México, Joaquín Mortíz, 1986.
- Livingston, Steven G., “The Politics of International Agenda-Setting: Reagan and North-South Relations”, *International Studies Quarterly*, 1992, núm. 3, pp. 317-319.
- Loaeza, Soledad y Claudio Stern, *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, El Colegio de México, 1990.
- Loaeza, Soledad y Jean-François Prud’homme (coords.), *Instituciones y procesos políticos*, México, El Colegio de México, 2010.
- Loaeza, Soledad, *Las consecuencias políticas de la expropiación bancaria*, México, El Colegio de México, 2008.
- Lomnitz, Claudio, “Hacia una antropología de la nacionalidad mexicana”, *Revista mexicana de sociología*, 1993, núm. 2, pp. 169-195.

- , “Ritual, rumor y corrupción en la formación del espacio nacional en México”, *Revista mexicana de sociología*, 1996, núm. 2, pp. 21-52.
- Lomnitz, Claudio, Larissa Adler-Lomnitz e Ilya Adler, “El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en 1988”, *Nueva antropología*, 1990, núm. 38, pp. 45-81.
- López Portillo, José, *Discurso de toma de posesión*, s. p. i.
- , *Discursos del presidente José López Portillo*, México, Sociedad Mexicana de Ingenieros, 1979.
- , *Don Q*, México, PRI, 1976.
- , *Histórica jornada internacional: el presidente de México José López Portillo habla al mundo*, México, Presidencia, 1982.
- , *Informes presidenciales*, México, Cámara de Diputados, 2015.
- , *Manual de la filosofía política del presidente*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1977.
- , *Memorias de campaña*, México, PRI, s. a.
- , *México: Texto íntegro de los discursos del presidente José López Portillo en los estados, diciembre 1976-diciembre 1981*.
- , *Mis tiempos: biografía y testimonio político*, México, Fernández editores, 1988.
- , *Plan Mundial de Energía: proposición ante las Naciones Unidas*, México, Presidencia, 1979.
- , *Política petrolera*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1978.
- , *Quetzalcóatl*, México, Manuel Porrúa, 1975.
- Lotman, Yuri M., *La semiósfera*, Madrid, Cátedra, 1996.
- Lozoya, Jorge Alberto, “El diálogo Norte-Sur y la diplomacia multilateral”, *Foro internacional*, 1981, núm. 84, pp. 428-442.

- <sup>1</sup>Lustig, Nora y Rosario Pérez, “Sistema Alimentario Mexicano: antecedentes, características, estrategias y efectos”, *Problemas del desarrollo*, 1982, núm. 51-52, pp. 247-286.
- , *México: Hacia la reconstrucción de una economía*, México, El Colegio de México, 1994.
- Marín, Carlos, “La relación entre el gobierno y los medios de comunicación, en debate”, *Proceso*, 14 de junio de 1982, pp. 18-20.
- Max Corden y Peter Neary, “Booming Sector and De-Industrialization in a Small Open Economy”, *The Economic Journal*, 1982, núm. 368, pp. 825-848.
- Moreno-Brid, Juan Carlos y Jaime Ros, *Development and Growth in the Mexican Economy: A Historical Perspective*, Oxford, University Press, 2009.
- Mouffe, Chantal, *For a Left Populism*, Londres, Verso, 2018.
- , *On the Political*, Londres, Routledge, 2005.
- Newbery, David y Nicholas Stern (eds.), *The Theory of Taxation for Developing Countries*, Oxford, University Press, 1987.
- O’Donnell, Guillermo, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”, *Revista mexicana de sociología*, 1977, núm. 1, pp. 9-59.
- Ojeda, Mario, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1984.
- Ortega, Reynaldo, (coord.), *Caminos a la democracia*, México, El Colegio de México, 2001.
- Ortiz Mena, Antonio, “Desarrollo estabilizador: Una década de estrategia económica en México”, *El trimestre económico*, 1970, núm. 146, pp. 417-449.
- Pardo, María del Carmen, *La modernización administrativa en México, 1940-2006*, México, El Colegio de México, 2009.
- Parsons, Talcott, *El sistema social*, Madrid, Alianza, 1988.
- Paz, Octavio, “El diálogo y el ruido”, *Vuelta*, 1984, núm. 96, pp. 4-7.
- , *El ogro filantrópico: historia y política 1971-1978*, México, Joaquín Mortiz, 1979.



- , *Itinerario*, México, FCE, 1993.
- , *Obras completas*, México, FCE, 2014.
- , *Postdata*, México, Siglo Veintiuno, 1990.
- Piketty, Thomas, *El capital en el siglo XXI*, México, FCE, 2014.
- Poulantzas, Nicos, *State, Power, Socialism*, Londres, Verso, 2000.
- Prébisch, Raúl, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, FCE, 1971.
- Prud'homme, Jean-François, *Coyunturas y cambio político*, México, El Colegio de México, 2014.
- Reynolds, Clark W., *La economía mexicana: su estructura y crecimiento en el siglo XX*, México, FCE, 1973.
- Rico, Carlos, *Hacia la globalización*, México, El Colegio de México, 2000.
- Rodgers, Daniel T., *Age of Fracture*, Cambridge, Belknap, 2011.
- Romo, Daniel, “El campo petrolero Cantarell y la economía mexicana”, *Problemas del desarrollo*, 2015, núm. 183, pp. 141-164.
- Rousseau, Isabelle, “La prosopografía: ¿un método para el estudio del Estado?”, *Revista mexicana de sociología*, 1990, núm. 3, p. 237-247.
- , *México: ¿una revolución silenciosa? Élités gubernamentales y proyecto de modernización (1970-1955)*, México, El Colegio de México, 2001.
- Salinas de Gortari, Carlos, *Liberalismo social: nuestro camino*, México, PRI, 1992.
- Sánchez, Mariano y Ricardo Becerra (coords.), *Las caras de Jano: Noventa años del Partido Revolucionario Institucional*, México, CIDE, 2019.
- Sartori, Giovanni, “Politics, Ideology, and Belief Systems”, *American Political Science Review*, 1969, núm. 2, pp. 398-411.
- Schleiermacher, Friedrich, *Hermeneutics and Criticism*, Cambridge, University Press, 1998.

- Segovia, Rafael, "Las elecciones federales de 1979", *Foro internacional*, 1980, núm. 79, pp. 397-410.
- , *Lapidaria política*, México, FCE, 1996.
- Turner, Victor, *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*, Nueva York, Cornell University Press, 1977.
- Urquidí, Víctor L., *Otro siglo perdido, las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, El Colegio de México, 2005.
- Weber, Max, *La acción social: Ensayos metodológicos*, Barcelona, Península, 1984.
- Wittgenstein, Ludwig, *Philosophical Investigations*, Oxford, Blackwell, 1999.
- Zaid, Gabriel, "Más progreso improductivo y un presidente apostador", *Vuelta*, 1982, núm. 73, pp. 8-18.
- Zapata, Francisco, "Bibliografía sobre el sindicalismo en América Latina", *Foro internacional*, 1982, núm. 87, pp. 320-345.
- Zedillo, Ernesto, "Mexico's Recent Balance of Payments Experience and Prospects for Growth", *World Development*, 1986, núm. 8, pp. 963-991.